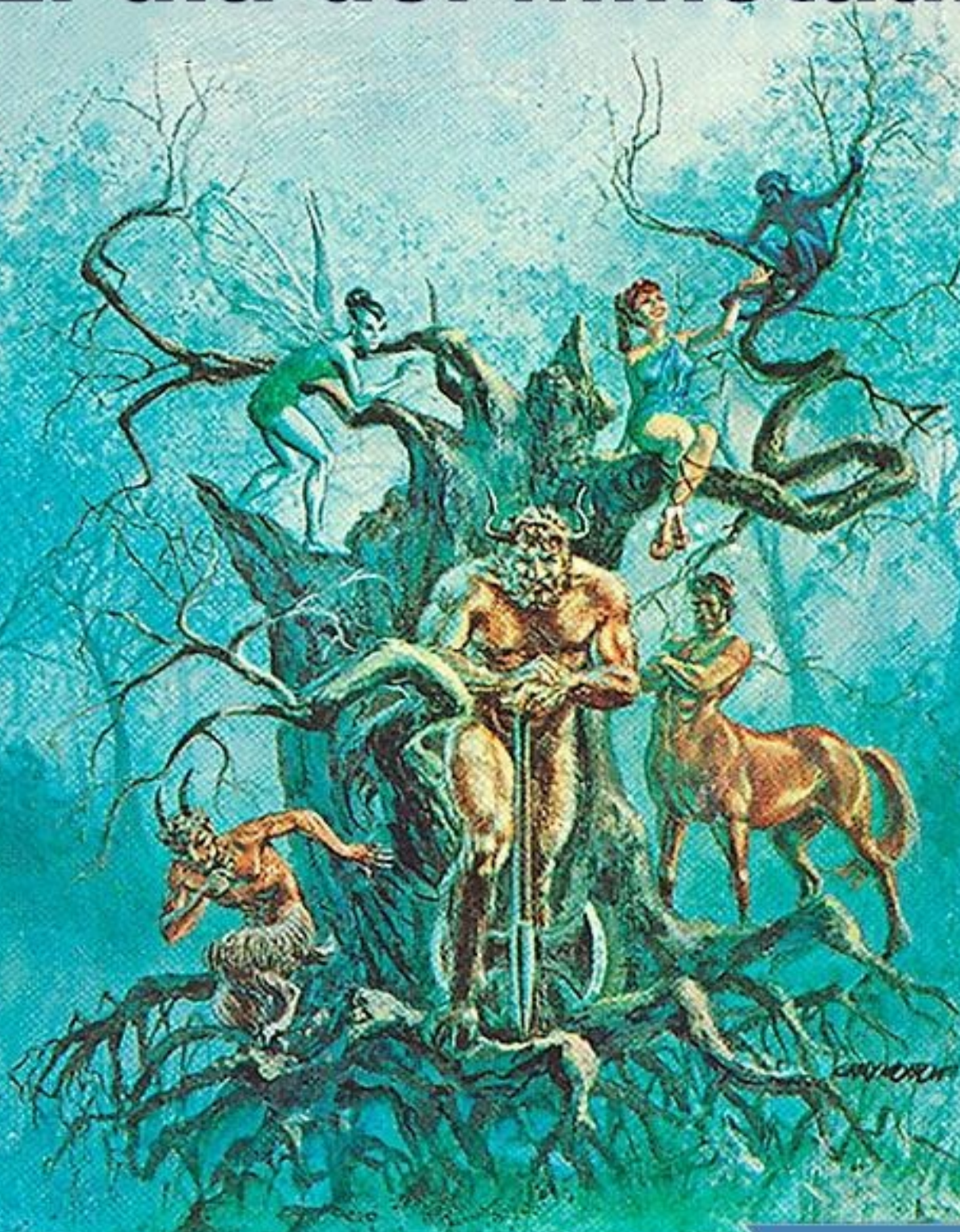


Thomas Burnett Swann

El día del Minotauro



se

Lectulandia

En su huida de los salvajes aqueos que invaden Creta en 1500 a. C., dos hermanos adolescentes se internan en el País de las Bestias, una región habitada por centauros, dríadas, monos azules y regida por el Minotauro. Recorrida por un erotismo juguetón y por la sombra de la tragedia, El día del minotauro narra a la vez el pasaje de la adolescencia a la adultez y el avasallamiento del hombre sobre la naturaleza y los seres que viven en armonía con ella.

Un escritor notable. Escribe con felicidad y belleza más allá de las tendencias y las modas. Escribe su sustancia dorada a su propia manera. Theodore Sturgeon, en The New York Times.

Las fantasías neo-románticas de Swann del pasado son únicas. Utiliza la materia del mito pero con giros e invenciones propias. Baird Searles, en The Village Voice.

Los lectores de las fantasías de Swann hace largo tiempo que descubrieron su capacidad para darle vida a la mitología en sus escenarios antiguos y clásicos. Pero estos escenarios mitológicos son telones de fondo para sus personajes, y estos personajes probablemente son más importantes para valorar su contribución a la literatura fantástica del siglo xx. Otros autores han regresado a Creta, Grecia y Bretaña con igual sino mayor éxito, pero pocos autores, tal vez sólo él, sumaron a esto una población tan extraordinaria de personajes humanos y bestias. Sus principales protagonistas siempre están en armonía con la naturaleza, y son caprichosos y sensuales en sus búsquedas de un alegre carpe diem que está en todas sus novelas y cuentos. Roger Schlobin, en Extrapolation.

Lectulandia

Thomas Burnett Swann

El día del Minotauro

Trilogía del Minotauro - 3

ePub r1.0

Castroponce 01.02.18

Título original: *Day of the Minotaur*
Thomas Burnett Swann, 1966
Traducción: Luis Pestarini
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A tía Littlely, con amor

PREFACIO

En 1952, cuando el joven criptógrafo Michael Ventris anunció el desciframiento parcial de las tabletas de arcilla encontradas en las ruinas de Cnosos, arqueólogos, lingüistas y legos recibieron su revelación con entusiasmo y expectativa. Desde las excavaciones de Sir Arthur Evans en el cambio del siglo, la isla de los fabulosos Reyes Marinos ha atraído la imaginación con sus diosas serpientes y sus corridas de toros, los laberintos y los minotauros asesinos de hombres. Pero en lugar de una *Ilíada* cretense, las tabletas revelaron un inventario corriente de muebles y vajilla, con circunstanciales nombres de un poblado, un dios o una diosa. En una palabra, confirmaron los ya aceptados hechos de que los antiguos cretenses habían vivido con comodidad, adorado conscientemente y mantenido registros elaborados. Aquellos que esperaban una épica, una tragedia o una historia, en resumen, una obra de literatura que rivalizara con los logros cretenses en arquitectura y pinturas al fresco, se sintieron fuertemente decepcionados.

De todos modos, en 1960, una expedición estadounidense de la Florida Midland University excavó en una caverna en la costa meridional de Creta, y cerca de la antigua ciudad de Festo descubrieron un extenso rollo de papiro, sellado en un cofre de cobre que lo protegía de las depredaciones, los ladrones y el clima. Yo mismo conduje esa expedición y escribí el artículo que anunciaba nuestro descubrimiento al público. En el momento de mi artículo apenas habíamos comenzado a descifrar el rollo, del cual prematuramente anuncié que era la novela más antigua del mundo, la fascinante historia de una guerra entre hombres y monstruos. Pero mientras avanzábamos con nuestro desciframiento, nos sorprendimos ante el marco histórico preciso, las descripciones detalladas de flora y fauna, la meticulosa fidelidad a los hechos en vestimenta y costumbres. Comenzamos a preguntarnos: ¿con qué estamos tratando, con una novela, una mentira, una fantasía? Entonces, el año pasado, en la misma caverna, uno de mis colegas descubrió un anillo con sello en relieve de lapislázuli que retrataba un campo de azafranes, un mono azul y una joven de belleza solemne y delicada. El descubrimiento nos hizo vacilar: un anillo idéntico es descrito en el rollo, y sus motivos vertidos fielmente, el mono y la muchacha, era parte de la llamada Guerra de las Bestias.

Mis colegas y yo somos eruditos, objetivos y realistas, los hombres menos románticos. No hacemos afirmaciones extravagantes. De todos modos, sugerimos que nuestro manuscrito, en lugar de ser la primera novela del mundo, es una de sus primeras historias, un registro auténtico de varios meses del Último Período Minoico, poco después del año 1500 a. C., cuando los bosques de Creta eran pródigos en robles y cedros, y eran gobernados por una raza que se llamaba a sí misma las Bestias. Comprendimos que las consecuencias de semejante sugerencia eran abrumadoras y

que, con el tiempo, podían implicar una reformulación completa de la mitología clásica, dado que muchos de los que llamamos ‘mitos’ en realidad pueden ser historia. Lo que es más, los estudiosos del folclore pueden encontrar en el rollo el prototipo de un famoso cuento de hadas que durante mucho tiempo se creyó que se había originado en la Edad Media. Ahora, con considerables dudas y una excitación extraña y poco académica, presentamos la primera versión en inglés del manuscrito que hemos designado como *El día del minotauro*. Donde fue posible, los nombres propios fueron modernizados para facilitar la lectura a los legos.

T. I. Montasque, Ph. D, Sc. D, L. L. D.

Florida Midland University

29 de julio de 1964

LAS ALAS DE MADERA

Mi historia pertenece a la princesa Thea, sobrina del gran rey Minos, y a su hermano Ícaro, cuyo nombre se debía al desafortunado hijo de Dédalo, quien se hundió en el mar cuando su planeador perdió las alas. Yo, el autor, soy poeta y artesano, no historiador, pero al menos he estudiado las historias de Egipto y trataré de imitar su estilo austero y objetivo. Tendrán que disculparme si, de tanto en tanto, hago una digresión y me pierdo en los llamativos adjetivos que le caen tan fácilmente a mi raza. Siempre hemos sido poetas rústicos, y yo, el último de mi estirpe, retengo el oído para la frase bien acabada o para el epíteto elegante (sí, incluso el florido).

Thea e Ícaro eran los únicos hijos del príncipe cretense Éaco, hermano de Minos. Cuando era un joven guerrero, Éaco había conducido una expedición punitiva contra una banda de piratas que habían incursionado en la costa y se había refugiado en los grandes bosques tierra adentro. Durante tres años nadie supo de él. Regresando al fin a Cnosos, trajo con él, en lugar de prisioneros piratas, dos niños pequeños. Eran suyos, le dijo a la corte. ¿Con quién? Con una dama que había conocido en su errar. ¿Y por dónde había andado? Por el País de las Bestias, un bosque de cipreses y cedros aislado del resto de la isla por los riscos de piedra caliza que se elevan más allá del monte Ida. Los cínicos concluyeron que Thea e Ícaro eran los vástagos de una campesina; los románticos plantearon si una simple campesina podría dar a luz hijos tan extraños como hermosos, con orejas claramente en punta y cabello cuyo marrón luminoso tenía vetas verdes. Thea se esforzaba en esconder sus orejas tras un manojito de rulos, pero no podía ocultar el color de su cabello. Ícaro, por otro lado, exhibía sus orejas con una mezcla de timidez y orgullo; no permitía que ningún mechón de pelo cubriera la punta de sus orejas; sin embargo, su cabeza era un pequeño prado de rulos de un verde centelleante.

Los niños crecieron en una corte agitada. El poder del reino insular había comenzado a decrecer desde su antiguo esplendor. Muchas ciudades-palacio habían sido dañadas por terremotos pantagruélicos. La famosa flota, maltratada por las olas de las mareas, había quedado en mal estado o era ahora tripulada por mercenarios de Egipto. Talos, el gigante de bronce, guardián de la costa, yacía herrumbrado junto al gran Mar Verde, y nadie recordaba cómo se lo podía reparar. Como hermano de Minos, Éaco pasaba la mayor parte de su tiempo en el palacio real en Cnosos, y tras la muerte de Minos ascendió al trono. Soberano sabio pero en cierto sentido adusto, supuso con certeza que los bárbaros aqueos, que vivían en las ciudadelas construidas con piedras de Pilos, Tirinto y Micenas en la región continental al norte de Creta, estaban construyendo naves para atacar a su pueblo. Los aqueos adoraban al Zeus del

Rayo y a Poseidón, el Tronante, en lugar de a la Gran Madre; su arte principal era la guerra; y sus incursiones sobre la costa de Creta parecían pequeñas invasiones, con una docena de naves con proa en forma de águila cayendo sobre un pueblo en el medio de la noche para robar oro y capturar esclavos.

Previendo la eventual caída de Cnosos, Éaco envió a sus hijos —Thea tenía diez años en ese momento, Ícaro nueve— a su mansión llamada Vathypetro, diez millas al sur de Cnosos, un palacio pequeño, fortificado y autosuficiente que incluía un horno, una prensa de olivos y un telar. Preparado sobre el techo, en el brazo de una catapulta, yacía uno de los planeadores diseñados por Dédalo, el científico fallecido. En caso de estar sitiados, los sirvientes de Éaco tenían órdenes de ubicar a los niños en el cuerpo similar al de un pez y accionar el gatillo de bronce que, al liberar la catapulta, los impulsaría a la relativa seguridad del corazón de la isla.

Seis años después de su llegada a Vathypetro, cuando la invasión había comenzado a ser una certeza en lugar de una posibilidad, y el gran palacio de había caído en manos de los piratas, Thea estaba recogiendo azafrán en el Jardín Norte. Las flores de un amarillo brillante, citadas por los poetas como ‘vestidas de oro’, cubrían la tierra como ondulantes vellones de lana, excepto donde una única palmera de dátiles interrumpía con su tronco armonioso y sus racimos de frutos succulentos. Ella podía escuchar, en el patio siguiente, el sonido de la prensa de olivos, un instrumento de granito que trituraba los granos negros; la masa blanda era vertida en sacos y presionada con piedras que eran movidas por palancas de madera. Pero los trabajadores, viejos y casi niños que no habían sido convocados a las armas para defender Cnosos, no sonaban alegres; no cantaban sus alabanzas usuales a la Gran Madre. Por carencia de recolectores suficientes, la fruta había permanecido demasiado en los árboles y su aceite era rancio y fuerte.

Ella vestía una falda lavanda y una blusa bordada en el cuello con cuentas de amatista. Como una mujer joven de dieciséis años, con pechos bien proporcionados y turgentes, no le gustaban los corpiños abiertos que llevaban las damas en la corte. Tenía cinco rizos marrón verdosos dispuestos artísticamente por su criada Mirra sobre la frente, y tres rizos adicionales que ocultaban cada oreja como parras escondiendo las ramas. Estaba fresca y floreciente, como el cuidado jardín en el patio de un palacio, más que un prado agreste o un bosque; suave como los pétalos de un azafrán, esbelta como el tallo de un nenúfar egipcio. Pero los mechones marrones de su pelo y el bronce de su piel no recordaban ninguna flor de un jardín terrestre. Tal vez en el Mundo Inferior, donde el Juez Grifo preside desde su trono de ónice, haya jardines con flores como Thea.

Y, sin embargo, ella no era algo simplemente decorativo. Su fragilidad disimulaba firmeza. Como los moluscos murex de color púrpura, parecía provenir del mar, fragante y limpia, con el mismo tinte de la concha en sus ojos y tensión en sus miembros. Una sandalia puede aplastar una flor pero no un murex.

Estaba recogiendo los azafranes para su padre, que, esperaba ella, ya estaría

viniendo desde Cnosos para visitarla. Lo vio reflejado en el estanque de su mente: Éaco, el rey guerrero. Alto para ser cretense, con espaldas anchas que se estrechaban hasta una cintura delgada, parecía un hombre joven hasta que se veían las líneas alrededor de sus ojos que corrían como riachuelos hacia las cicatrices de guerra: la marca en V de una flecha, el hoyuelo de un hacha. Ella necesitaba su fortaleza para acallar sus temores ante una invasión, necesitaba su sabiduría para que la ayudara a tratar con Ícaro, que a veces actuaba como si tuviera cinco años en lugar de quince y le gustaba desaparecer del palacio en misteriosos viajes que él llamaba sus ‘escapadas como serpiente’.

Un mono azul correteaba desde un árbol, arrancaba un azafrán y lo tiraba en la bolsa de mimbre a los pies de ella. Thea rió y lo tomó en sus manos. Aunque era una doncella en edad de casarse, no le molestaba el hecho de que como amigos tuviera sólo a un mono, a una sirvienta y a un hermano adorable pero exasperante; eso en lugar de corridas de toros y acróbatas y bailes a la luz de la luna junto al río Kairatos. Para entretenerse tenía una rueca para enrollar las fibras y lino para teñir. Liberándose de sus manos, el mono cuyo nombre era Glauco robó su cesta y la subió por el tronco de la palmera. En la copa del árbol, sacudió un panel de abejas y agitó la cesta para advertir su robo.

Ella agitó su puño como si estuviera muy enojada; sacudió el árbol y rugió como un león molesto. Era parte del juego. De todos modos, seguía siendo Thea; no se sentía ni remotamente leonina. Cuando Ícaro se convertía en un oso, gruñía, acechaba, le encantaban la miel, las bayas y el pescado. Pero incluso cuando era una niña pequeña, a la práctica Thea no le gustaba hacerse pasar por otras formas. “Pero ¿por qué tendría que ser un delfín?”, le preguntó una vez a un compañero de juegos. “Yo soy Thea”. No era suficiencia ni falta de imaginación, sino una forma de aceptación tácita, una serena gratitud por los dones concedidos por la Gran Madre.

En el pasado, el mono siempre había dejado caer la cesta a los pies de ella, entonces alegremente el león se convertía en una doncella y lo recompensaba con un dátil o un pastel de miel. Hoy Thea se echó sobre el suelo y, encorvada entre las flores como si hubiera caído desde un árbol, comenzó a sollozar. Eso no era parte del juego. Thea había escuchado los comentarios de los sirvientes, sus susurros mientras se aproximaba, sus abruptos silencios cuando trató de unírseles. Había visto la tensión en el rostro de su padre la última vez que vino de Cnosos. Ante la antinatural palidez de su piel, sus cicatrices habían brillado como heridas abiertas. *Si viene mi padre, pensó, no le dejaré regresar a Cnosos. Lo mantendré seguro con nosotros en Vathypetro. Si viene...*

El mono descendió por el tronco, dejando la cesta en el regazo de ella, y mientras parloteaba amigablemente puso el brazo alrededor de su cuello. Lo miró con sorpresa. Incluso a los dieciséis años, ella estaba acostumbrada a consolar en lugar de ser consolada. Rápidamente secó sus ojos con un pañuelo de lino azul, con peces voladores brincando en sus bordes, y volvió a recoger flores.

—Éstas son para mi padre —dijo a Glauco—. ¿Te parece que le gustarán? —Pero en realidad no estaba pensando en las flores. Estaba pensando en la invasión. “Si abren una brecha en los muros”, le había dicho su padre, “te irás con Ícaro al Pez Alado. Mirra te atará a la tabla con forma de lisa, y a Ícaro a tu espalda. Una vez en el aire, puedes balancear tu cuerpo y ayudar a cambiar la dirección, ascender o descender. Directo a las montañas. Hagas lo que hagas, no trates de aterrizar en el País de las Bestias”. Hizo una pausa. Había mencionado un nombre de mal agüero, la parte de la isla donde había conocido a su madre. Era difícil decir si lo mencionó con temor o con añoranza y angustia por algo que había perdido y no quería que sus hijos encontraran y también perdieran. “Pasen sobre el bosque antes de descender. Si te inclinas hacia delante puedes hacer que descienda. Habrá aldeanos amistosos que les darán refugio”.

Thea miró sobre la línea de la terraza del palacio. Al norte, el Monte Juktas estaba detrás de los pequeños peñascos que, vistos desde el mar, recordaban los rasgos de un dios durmiente, y cortaban el camino hacia Cnosos. Los invasores aqueos vendrían desde el mar y rodearían la montaña. Al este estaban las colinas, con los olivos y viñedos escalonados, ascendiendo gradualmente desde el Prado de Ida y el País de las Bestias, que nadie mencionaba sin estremecerse, y mucho menos ingresaba allí; el cocinero, el guardián y el jardinero hablaban de la inquietante presencia del Minotauro, el Toro que Camina como un Hombre. “Trata de no descender en el País de las Bestias”. No olvidaría la advertencia de su padre.

Mirra, la criada, apareció repentinamente en el jardín. En el mismo instante Thea escuchó sonidos desde más allá de los muros. Pies que marchaban, el sonido metálico de las armaduras, las voces de los hombres que caminaban con tanta confianza que querían que la campiña entera los escuchara llegar.

—Aqueos —se sofocó Mirra—. Tenemos que ir hasta el planeador. —Ella tenía la piel negra, una libia nacida esclava entre los cretenses, y temerosa de todo: los monos, las serpientes, los murciélagos, los ratones, los extraños, y de los aqueos también, pues eran gigantes que hervían a sus cautivos en aceite de oliva y se comían hasta el último dedo. Thea no sabía su edad; incluso era probable que ni Mirra la supiera. ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Pero su rostro era tan terso como el de una muchacha hasta que, como ahora, caía presa de un terror que lo contraía, y sus ojos parecían estar listos para saltar de la cabeza como higos pasados.

Mirra le tomó la mano para reconfortar a la muchacha, pero fue Thea quien transmitió la fortaleza y alivió los temores de la mujer.

—Los muros son fuertes. Puede que no necesitemos el planeador. —Pero en su intimidad pensó: *los aqueos vienen desde el mar y desde Cnosos. Hubo una batalla; tal vez mi padre esté muerto.*

Subió corriendo las escaleras hasta la terraza y examinó el olivar entre la casa y el Monte Juktas. Las ramas de un verde plateado de los árboles, algunas de ellas inclinadas por los frutos, centelleaban como las alas de las libélulas con el sol de la

mañana. Pero una parte del resplandor no se debía a los árboles. Un centenar de guerreros avanzaba a través del olivar. Estaban protegidos con mallas de cuero, corazas de bronce y cascos con blasones, con escudos de cuero de toro, y llevaban espadas y lanzas; sus barbas parecían tan espesas y en punta que también podrían haber sido armas. Hombres rudos, hombres iracundos; asesinos de barbas amarillas. Felizmente, los muros de la casa fueron construidos para soportar un asedio. La puerta era de cedro, y los hombres en las torres laterales podían acosar a los atacantes con relativa impunidad.

Pero las torres, parecía, estaban desiertas. Los esclavos y sirvientes habían comenzado a abandonar la casa y recorrer el sendero de adoquines que llevaba hasta el olivar. Iban cargados con sobornos para los conquistadores: ánforas de vino, quesos amarillos sobre platos de oro batido, cestos de mimbre cargados de lino y lana. El impulso de Thea fue correr detrás de ellos y ordenarles que regresaran por el nombre: Tisbe, que había tejido su falda, Sarpedón, el ujier, que la llamaba su ‘Rizos verdes’, Androgeo... ¿escucharían los que habían aparentado amarla y a quienes ella había amado? No, no había tiempo. Sólo quedaba tiempo para encontrar a Ícaro.

Corrió a lo largo de corredores con paredes de adoquines porosos y techos apoyados sobre columnas rojas e hinchadas como árboles retorcidos. Sus sandalias hacían un ruido estrepitoso sobre las baldosas de siderita gris. Corrió hasta que llegó a la Sala de la Serpiente. La habitación estaba vacía excepto por una mesa baja, de tres patas, con cuatro ranuras que se encontraban en el medio y sostenían un pequeño cuenco, su borde por sobre el nivel de la superficie de la mesa. La mesa de la serpiente. Las ranuras eran para que su cuerpo descansara, el cuenco para sostener su alimento. Pero la serpiente Pérdix, protectora del palacio y, según Ícaro y sus sirvientes, la reencarnación de un ancestro, no se encontraba sobre la mesa, ni en sus cobijos para dormir, un canal de terracota con tazas adheridas a los extremos. Estaba en la mano de su hermano.

Con extrema lentitud, Ícaro se dirigió hacia ella: un muchacho de quince años, más fornido que regordete, con una cabeza grande y pelo generoso y revuelto, enormes ojos violetas que se las arreglaban para parecen inocentes incluso cuando escondía a Pérdix en el telar de Mirra o al contarle a Thea que acababan de tragarse una seta venenosa. Nunca se apuraba salvo cuando debía salir de la casa.

Thea lo abrazó con pasión fraternal. Él se rindió con resignación y sin perturbar a su serpiente. Su hermana era la única mujer a la que le permitía abrazarlo. Aún de niño, había rechazado los brazos de Mirra y varias damas de la corte de Cnosos. Bajo circunstancias normales —que él hubiera permanecido en la corte, por ejemplo— difícilmente hubiese sido virgen a la edad de quince años. Podría haberse casado; seguramente estaría comprometido. Durante los últimos cinco años, la mayor parte de sus compañeros de juegos fueron animales en lugar de muchachos y muchachas. El nacimiento de un cordero, el apareamiento de un toro y una vaca: eran estos los hechos de la vida, familiares y apenas sorprendentes. Pero resistía enérgicamente el

conocimiento de que hombres y mujeres se reproducían de la misma manera.

—Pérdix está enfermo —explicó—. Lo alimenté con hojas de orégano. Son buenas para las vacas en trabajo de parto. ¿Por qué no lo son para las serpientes con indigestión?

—Los aqueos han llegado. —Ella dijo las palabras en jadeos rápidos y sin aliento—. En el exterior del palacio. Tenemos que partir en el planeador.

Mirra se les había adelantado.

Sus ojos se ensancharon, pero no por el miedo.

—Me quedaré y lucharé con ellos. Váyanse tú y Mirra.

Ella escuchó una escaramuza en las cámaras exteriores, los gritos de los cretenses, los juramentos de los aqueos: “¡Poseidón!” “¡Atenea!”. Parecía que algunos sirvientes habían preferido el combate. Un hombre gritó y el grito se convirtió en un gemido. Ella jamás había escuchado un sonido semejante, salvo cuando su gato Radamanto había sido aplastado por la rueda de piedra del carro de un granjero.

Reprimió la náusea que se abría camino por su garganta.

—Son demasiados para combatir.

—Llevaré a Pérdix —dijo él. La llaneza de su afirmación no permitía ninguna discusión. Un vínculo notable unía al muchacho con su serpiente. Durante tres años Ícaro la había abrazado y dejado caer sin despertar su ira. El muchacho insistía en que Pérdix era el avatar del tío bisabuelo que una vez había navegado alrededor del enorme continente de Libia y regresado con seis pitones y un gorila macho.

—Sí. Nos traerá suerte.

¿Y el mono azul, Glauco? ¿Por qué ella no se había acordado de traerlo desde el jardín? Su escaso peso no haría que el vuelo fuera más lento.

Subieron los últimos escalones y asomaron a la luz del sol como buceadores sin aliento desde el fondo del mar. Montado sobre una catapulta como las usadas para sitiar y asaltar una ciudad, el planeador estaba posado como un monstruo de las Islas de la Niebla. Sus alas eran como las de un albatros, con un armazón de varas de corteza de sauce cubiertas por lienzos resistentes, su cuerpo de madera era el de un pez con ojos redondos pintados y una cola curva. Cuando el disparador de la catapulta era golpeado con un martillo, dos madejas trenzadas, hechas con tendones de oveja, comenzarían a desenrollarse e impulsarían la nave hacia arriba en un ángulo de 45° hacia el aire. Había lugar para dos pasajeros, uno encima del otro.

Mirra se detuvo aterrorizada. Había comenzado a farfullar una invocación en su idioma nativo, una súplica, sin duda, a los dioses de la selva.

—Vayan Ícaro y tú —dijo Thea, tocando el hombro de la mujer—. Yo pulsaré el disparador.

Pero Mirra sacudió la cabeza y el terror se desvaneció de su rostro. Alzó a la muchacha en sus brazos (los cretenses son gente pequeña, y Thea, si bien había alcanzado su altura adulta, medía menos de un metro y medio) y la ató al planeador,

asegurándola con tiras de cuero en brazos y tobillos. Con una tira más larga, sujetó a Ícaro a la espalda de Thea.

—Aferra a tu hermana —ordenó con autoridad poco usual—. La tira puede romperse.

—¿Y cómo puedo asir a mi serpiente al mismo tiempo?

Ella tomó la serpiente, a la que tenía un miedo mortal, y la puso en la bolsa de la falda de Ícaro.

—Pensaré que está en su canal —le aseguró al muchacho.

No escucharon la flecha. Mirra le estaba hablando a Ícaro; entonces, sin un grito, ella se reclinó sobre la terraza y pareció extender deliberadamente sus miembros en una actitud de dormir. La flecha era muy pequeña y estaba casi oculta entre los pliegues de su túnica. Con su cola de plumas parecía un pájaro sobre su pecho.

Ícaro se deshizo de sus correas y descendió junto a Thea sobre la terraza. Se arrodilló junto a la niñera y la besó en la mejilla por primera y última vez. Descansaba con su habitual expresión de duda y perplejidad. Thea reprimió un sollozo; no había tiempo para lágrimas. Sacudió a Ícaro para que se pusiera de pie. Ella misma tendría que liberar el gatillo y enviarlo solo a la seguridad.

Él vio su intención.

—No —protestó—. Soy un hombre. Eres tú la que debe partir. —Siempre se sorprendía cuando su hermano daba órdenes; en las épocas apacibles, la gente olvidaba su terquedad. La condujo hacia el planeador.

Ella le dio una bofetada sobre la boca.

—¿Quieres que ambos muramos? —gritó—. Ahora haz lo que digo. Recuerda, no tienes que descender en el País de las Bestias.

Un gigante había bloqueado su camino. Un aqueo, aunque no el arquero mortal. El escalón más alto de su escalera se inclinó contra el borde de la terraza. Un casco de bronce, coronado con plumas de pavo real, ocultaba su frente, pero ella vio sus cejas rubias y sus mejillas sin barba; era muy joven. Había sangre en sus manos y en la espada que elevaba por sobre su cabeza. Thea olió el cuero de su túnica cuando se abalanzó hacia ella. Con una velocidad que ocultó sus brazos de aspecto tosco, bajó la espada y les cerró el camino a ambos muchachos con un abrazo feroz. Ellos se retorcieron como atunes en una red y se deslizaron al piso, boqueando como peces en una playa.

Se arrodilló junto a ellos y removió los rizos de las orejas de Thea. Ella se estremeció ante el contacto de sus dedos.

Él sonrió ampliamente:

—Orejas en punta —dijo en la rica lengua aquea que ella había aprendido en la corte, un idioma extrañamente musical para una raza de guerreros—. No eres cretense. Creo que vienes de los bosques, y es tiempo de que regreses. —Sus ojos eran tan azules como las plumas de un alción, el pájaro que anida sobre el mar y toma su color de las olas; y un ámbar tenue espolvoreaba sus mejillas. Ella pensó con una

oleada de ternura: él está tratando de dejarse la barba y parecerse a sus rudos camaradas. A pesar de su tamaño y de su fuerza, parecía perdido en su armadura.

Los ubicó sobre el planeador y ajustó las correas.

—Será mejor que se vayan. Mis compañeros son rudos.

Golpeó el gatillo con la empuñadura de la espada. Ella deseó que sus compañeros no se enojaran con él.

No pudo respirar; el cuerpo de su hermano pareció adquirir el peso del bronce. Arriba, arriba, fueron disparados; arriba hacia la luz del sol y el lapislázuli, donde había volado Dédalo, y aquel otro Ícaro del cual tomaba el nombre su hermano, hasta que perdió sus alas y se desplomó en el mar como un albatros herido.

Abrió sus ojos. Las telarañas invisibles del viento habían dejado de picarle. Se sentía como una Bailarina en los Juegos del Toro, nadando en el aire sobre cuernos mortales; o un delfín, saltando una ola con la alegría pura del sol sobre él y el mar por debajo, y el aire alrededor de él como seda fresca.

Entonces vio la dirección que llevaban.

—Cambia —le gritó a Ícaro—. ¡Nos estamos dirigiendo hacia la costa!

Silencio.

—Ícaro, escúchame. No tienes que temer. ¡Debes ayudarme a girar hacia las montañas!

—¿Temor? —protestó él—. No tengo miedo. Estaba pensando en los pájaros. ¡Ahora sé lo que significa tener la visión del ojo de un pájaro!

—¡Gira! —gritaron ambos al unísono, abandonándose a la alegría que quitaba el aliento del vuelo.

—¡GIRA!

Bajo ellos, el palacio capturado centelleaba con sus mosaicos gigantes: los de arcilla negro azulada de las terrazas, el yeso rojo de los patios interiores, interrumpido por jardines, fuentes y un humo hinchado como setas que no venía de la chimenea de la cocina. Llamas como espadas escarlatas comenzaban a asomar entre la negrura de las setas. Así también, pensó, han incendiado el palacio de Cnosos. Captura, saqueo e incendio, ésa era la forma de hacer las cosas para los aqueos. ¿Y su padre? Palideció al pensar en él entre las llamas.

El dolor se congeló en ella como el agua en un estanque, y allí arriba, entre las nubes, el tiempo también pareció congelarse, como si todos los relojes de agua se hubieran convertido en hielo y las sombras sobre los relojes de sol los hubieran dejado fijos a una hora determinada. Y, sin embargo, ellos se movían, el tiempo y el dolor estaban congelados pero no la tierra, que cambiaba bajo ellos: pueblos de piedra enlazados por caminos, aldeas unidas por senderos; viñedos y olivares, pastizales interrumpidos por matorrales y cabañas de pastores. Todo ondulaba hacia arriba, más hacia arriba, hacia las Montañas de Ida.

Apareció un pico delante de ellos como una ballena irritada.

—¡Gira!

Pasaron por arriba de los peñascos nevados, y los vientos los rociaron con espuma de un mar invernal.

Y luego, protegido en los brazos de las montañas antiguas y cenicientas, había un bosque verde, con una única forma para ingresar, un camino angosto al sur que daba al rico Valle de Messara y a la gran ciudad de Festo.

El País de las Bestias.

Comenzaron a descender, suave pero definitivamente, hacia el bosque. Cipreses de bronce bajo el sol del atardecer; cedros tan antiguos como la era en la que el niño Zeus fue amamantado en estas mismas montañas; pinos, abetos y árboles menores que no reconocieron, exhalando un extraño perfume que iba en su busca, dulce y acre a la vez (¿mirra? ¿sandarac?): una inmensidad verde de árboles, con claros cubiertos de hierba y un arroyo como malaquita perfecta, y allí, allí... ¿había un pueblo o era sólo un claro natural con árboles atrofiados como casas y un arroyo como un foso que lo rodeaba? No se sabía de ningún hombre salvo su padre que hubiese entrado en el País de las Bestias. Los pastores y las ovejas que los seguían cruzaban la frontera sur y habían visto entre las sombras a muchachos con pezuñas de cabra, mujeres aladas con ojos dorados que miraban fijamente, y sí, al Minotauro, el Toro que Camina como un Hombre.

—Thea —susurró Ícaro, con una silenciosa impaciencia en su voz—. ¿Por qué no intentamos aterrizar en el bosque?

—No —gritó ella con repentina vehemencia—. Sabes lo que dijo nuestro padre.

—Pero a él no le sucedió nada. Y dejó aquí a nuestra madre.

—Nuestra madre está muerta. Ahora gira.

Ella arrojó su peso hacia la izquierda, pero Ícaro contemplaba el bosque y no se movió.

—¡Ícaro!

—Sí —dijo él con tranquilidad—. Sí, Thea.

Las copas de los árboles, suaves a la distancia, se erizaban como dedos nudosos y retorcidos que señalaban sus alas; pero juntos se las pudieron arreglar para dirigir su nave más allá del bosque hasta un claro de hierba y asfódelos amarillos de temprano florecer. Golpearon con un ruido sordo, rompieron sus correas y se revolcaron sobre el suelo. Los asfódelos parecidos a lirios amortiguaron la caída.

—¡Thea, mira! —susurró Ícaro—. Hay algo observándonos. —Ella miró hacia el borde del bosque y vio el rostro.

—Sus orejas —dijo Ícaro, olvidándose de susurrar—. ¡Son como las nuestras!

—No —dijo Thea con rapidez—. Las de ella son peludas. Las nuestras son sólo en punta. Y además tiene... ¡zarpas!

El rostro se ocultó detrás de un árbol.

—La asustamos —suspiró Ícaro.

—Fue otra cosa la que la asustó.

Aqueos. Al menos una veintena estaban apareciendo en el prado.

—Podemos seguir a la muchacha —dijo Ícaro.
—No —dijo Thea—. Mejor aqueos que Bestias.

EL MINOTAURO

Un casco coronado con un colmillo de jabalí resplandecía amarillento a la luz de las ventanas de la galería. Su coraza de bronce llegaba hasta debajo de los muslos; se sacó sus grebas mientras gruñía con satisfacción, sus piernas enormes y peludas parecían árboles alzándose desde la maleza de sus botas de cuero crudo. Para Thea parecía un anciano; debía tener unos cuarenta años. Se sacó el casco dejando ver un pelo sudado y enfrentó a sus jóvenes cautivos. En la sala del palacio asaltado de un noble cretense, Thea e Ícaro esperaban a ser juzgados. Su nombre era Ajax; sus hombres los habían atrapado junto al planeador.

En los frescos de los muros, los monos azules jugaban en un campo de azafranes. Las columnas teñidas de rojo que se hinchaban en bulbosos capiteles soportaban el techo, y el piso de alabastro estaba dividido por franjas de estuco rojo. Una profusión de color y movimiento, libertad y alegría: increíblemente extraño para los curtidos conquistadores, con sus escudos y espadas. Parecían sentir que no eran bienvenidos; permanecían cautelosos sobre el espumoso alabastro blanco y contemplaban las paredes pintadas como si esperaran que los monos se arrojaran sobre ellos con su parloteo burlón.

Thea buscó la mano de su hermano y sintió que él le devolvía el apretón. Una cálida ternura, como el resplandor de un brasero incandescente, la envolvió; luego se estremeció de remordimiento, como si se hubiera apagado el brasero. Fue ella la que había provocado que los capturaran, al preferir a los bárbaros conocidos por sobre las Bestias desconocidas.

Ajax suspiró y se desplomó sobre una silla con un respaldo tallado con grifos. Para un hombre semejante, pensó Thea, el combate no es un arte sino una forma de vida; no es un héroe sino un animal fuerte, estúpido y razonablemente valiente que pelea porque es demasiado perezoso como para ponerse a cosechar o para salir en una embarcación.

Una herida, con forma de cuña, brillaba en su frente.

—Ustedes los cretenses —dijo, señalando la herida—. Para ser criaturas tan pequeñas tienen uñas filosas. La dama de la casa me hizo esto —rió—. Ya fue adecuadamente castigada. —Indicó a Thea y a Ícaro que se acercaran a la silla.

Ícaro se puso delante de su hermana.

—No la lastimes.

—¿Lastimarla? No lo haré si me complace —Ajax gruñó con rencor, revelando un hueco en el lugar donde debían estar sus dientes medios. Su voz era alta y clara; inconsistente con su cuerpo enorme como el maullido de un gatito lo es en un león.

Pero hizo un gesto y las ventanas de su nariz llamearon como si fuera Zeus, el dios del cielo—. Mis hombres vieron que su planeador descendía. Casi aterrizan en el País de las Bestias.

—Ojalá lo hubiéramos hecho —dijo Ícaro.

—¿De verdad? —rió Ajax—. ¿Te gustaría que el minotauro atrapara a tu hermana? Tiene placer con las muchachas y luego se come a sus hermanos. Un muchacho cretense como tú sería un buen bocado, salvo por tu cabeza. Podría quedar atorada en su garganta.

—¿Vive en los bosques donde descendimos? —preguntó Ícaro sin sentirse intimidado.

Un guerrero joven, cuyas orejas habían sido cortadas de su cabeza tan cuidadosamente como las setas de un tronco, se anticipó a su líder:

—Su guarida es una cueva un poco hacia el este. La gente de los alrededores le ofrece corderos y becerros para que no salga a comerse a sus niños. Cuando tomamos esta casa, echaron su maldición sobre nosotros.

Ajax hizo callar al guerrero con un juramento:

—¡A Hades con las maldiciones cretenses! No son más poderosas que las diosas de Creta. Ahora lleven a estos niños a la Sala de los Delfines y vean que la muchacha tenga los medios para bañarse y cambiarse.

Ella sintió los ojos de él sobre su pelo despeinado por el viento e instintivamente extendió una mano para ordenar sus rizos.

—Orejas en punta —señaló él, notándolo aparentemente por primera vez—. Y tu hermano también. ¿Proviene del bosque?

Con enfado, Thea reordenó sus rizos.

—Somos cretenses, no Bestias. Si yo fuera una Bestia, mis orejas estarían cubiertas por pelo.

—Bien, entonces, muchacha con orejas sin pelo, iré a verte dentro de una hora. Vean que se ponga una túnica que la convierta en mujer y no en niña. No siento ningún deseo de que me recuerde a mi hija.

La Sala de los Delfines era pequeña, como la mayoría de las habitaciones en los grandes palacios de Creta. Estaba decorada con intimidad y alegremente, con lámparas de terracota, todavía sin encender, en nichos en las paredes, como palomas; sillas plegables de perfumada madera de cítrico; y una elevada plataforma de piedra con almohadones de pluma de ganso. En un extremo se abría entre dos columnas en un pozo de luz con un poste de madera negra en honor a la Gran Madre; en el otro, en un baño con el piso en desnivel y una pequeña bañera de arcilla en cuyos lados un ratón insolentemente pintado perseguía a un gato asustado. En el centro de la habitación había un cofre abierto cuyos contenidos estaban diseminados por el piso como un tesoro arrojado por el mar: colgantes dorados saturados con abejas de ámbar, sandalias azules para niños, ropas de lana, cuero y lino con faldas amplias. Xantus, el guerrero sin orejas, señaló las ropas, asintiendo a Thea, e hizo una pausa

con ansiedad, esperando sin dudas que ella se desvistiera delante de él. Dado que tenían la costumbre de exhibir sus pechos, a veces las damas de Creta eran consideradas desvergonzadas.

Ella no podía contrariar al hombre a pesar de su insolencia. Había algo patético en sus orejas desaparecidas; sin ellas, su cabeza parecía desnuda. Le sonrió con tolerancia y lo empujó hacia la puerta. El más sencillo toque de la mano de Thea lo puso en movimiento, y se movió delante de ella como una nave ante una brisa.

Dejando a Ícaro mientras admiraba el fresco de los delfines, ella subió a la bañera y giró el grifo con forma de rana mientras sumergía su cuerpo en agua caliente y vaporosa. En las mansiones más grandes, la lluvia era recogida en los techos, calentada por un brasero y trasladada a los baños a través de tuberías de terracota. La fontanería cretense era admirada hasta en Egipto. Se adormeció y olvidó la pena por el pasado y el temor por el futuro; las preocupaciones salieron de su cuerpo junto con el sudor, el polvo y las manchas de hierba y flores.

La despertó un sonido, el agua al ser lamida.

—Está sediento —dijo Ícaro. Se había arrodillado junto a la bañera para ofrecerle a Pérdix un trago, y la lengua bifurcada de la serpiente estaba casi tocando su brazo.

Ella se hundió contra la parte de atrás de la bañera. No se sentía avergonzada delante de su hermano —a menudo se habían bañado o nadado juntos sin ropas— pero no quería que su tío bisabuelo la mordiera. Aunque ninguna de las serpientes de Creta era venenosa, algunas como Pérdix tenían colmillos filosos.

—¿Tiene que beber ahora? —gritó.

—Le gusta caliente, ya sabes. Le recuerda las primaveras bajo tierra. —Cuando la serpiente estuvo satisfecha, la alzó del agua y la sostuvo tan naturalmente como se podrían sostener un segmento de sogas o unos cuantos eslabones de una cadena—. Elegí una túnica para ti —continuó—. Apúrate y vístete antes de que el agua se enfríe. Pérdix y yo queremos bañarnos también.

Ícaro y Pérdix se situaron en la bañera, que carecía de desagüe y tendría que ser vaciada por los sirvientes de Ajax antes de que pudiera ser vuelta a llenar. Mientras Ícaro chapoteaba en el agua y meditaba sobre hermanas menores que dejaban el agua fría, Thea examinó la túnica que él había elegido para ella. Era muy osada. La falda carmesí estaba bordada con cabezas doradas de gorgonas, las mangas infladas con serpientes combatiendo. El vestido estaba abierto para revelar los pechos. Sonrió ante el gusto de Ícaro y eligió una más decorosa que cubriera sus pechos con una gasa delgada y diáfana. Mangas de azafrán caían desde los codos, y la falda, sostenida por aros, flameaba como una campana de amatista.

—Va a sentirse decepcionado —dijo Ícaro entrando en la habitación—. Quiere que la ropa ‘te convierta en mujer’.

—¿No lo soy?

—Sabes muy bien lo que quiso decir. Quiere ver tus pechos. Mirra siempre dijo que eran como melones, y si continúan creciendo pronto parecerán calabazas. Espero

que se sienta como un jardinero.

—Ahora puede ver lo suficiente.

—Lo sé, pero los has reducido. Tal vez puedas pintar tus pezones con carmín.

—¿Quieres que me parezca a una muchacha del templo moabita? —protestó, aunque los pezones también se pintaban en la mundana Cnosos.

—No puede hacernos daño si lo tranquiliza —dijo Ícaro con realismo.

Thea pensó con un sobresalto: *No sospecha lo que Ajax realmente quiere de mí. Todavía piensa que una mujer complace a un hombre sólo por mostrar sus pechos y tal vez darle un beso.*

—Mira —continuó él—, si le gusta tu ropa puede que no te haga besarlo.

—Si le gusta mi ropa, me hará besarlo.

Ícaro pareció sorprendido.

—Pero eso parece muy codicioso. ¿Quiere conseguirlo todo la primera noche?

—Los aqueos son hombres codiciosos. Ése es el motivo por el cual vinieron a Creta.

—Por supuesto —admitió—. Tienes razón en no revelar tus pechos. —Entre los contenidos del cofre seleccionó un pendiente de ámbar y lo ubicó con cuidado en torno al cuello de ella—. Esto —dijo— los disminuirá todavía más.

Ordenó sus rulos con ayuda de broches de cobre, las cabezas como pequeños búhos; enrojeció sus mejillas con ocre; y oscureció sus ojos con kohl. Ella no se envanecía; estaba fastidiosa. No se había vestido para verse hermosa, sino para ejecutar un ritual indispensable por medio del cual resaltaba la calidad y disciplina de su antigua civilización. La aplicación de cosméticos era una afirmación de orden en un mundo que, a causa de los terremotos y los aqueos, estaba cada vez más amenazado por el creciente desorden que lo acercaba al caos.

Ella no había concluido su preparación cuando Xantus invadió la habitación con un plato repleto de uvas, higos y granadas, retirándose y regresado con una vasija de cobre y dos tazas, que ubicó sobre la mesa de piedra de tres patas. Luego, con la ayuda de los carbones de un brasero portátil, encendió las mechas de lino de las lámparas de arcilla y partió en busca de su señor.

—Xantus —dijo Ajax, ingresando en la habitación con la mirada lasciva de un hombre que está por disfrutar de una mujer y es envidiado por otros hombres—, quédate de guardia junto a la puerta con Zetes y no nos molesten. —Retirándose, Xantus repitió la misma mirada y Thea dejó de tenerle compasión por sus orejas cortadas.

—Dormirás aquí —le dijo Ajax a Ícaro. Le tendió un cojín y le señaló el piso del baño, junto a la bañera—. Tu hermana y yo vamos a cenar.

—No tengo sueño —dijo Ícaro—. La tarde todavía es joven. De todos modos, estoy hambriento.

—Sírvene fruta, pero cómela en el baño.

Ícaro miró la fruta sin entusiasmo y luego a su hermana como si esperara alguna

señal. Era evidente que Ajax tenía en mente besarla. ¿Qué tendrían que hacer?

Pero Thea no podía ayudarlo. El miedo le había quitado las palabras. Una aventura desagradable amenazaba convertirse en un desastre. Ajax podría quebrarle la espalda con los dedos de una mano.

—Sabes —continuó Ícaro con valentía—, a la comida no la valoro tanto como a la conversación. Mi tío bisabuelo Pérdix solía decir: “una buena compañía bien vale un faisán hervido, una vasija de vino y todas las galletas de miel que puedas poner en un plato”.

Thea recobró el habla:

—Ícaro disfrutaría comer con nosotros. Mira, no conoce otros guerreros salvo su padre. Le podrías mostrar cómo manejar una daga.

—Sí —dijo Ícaro, extendiendo una mano hacia la daga en el cinturón de Ajax, una hoja de bronce con una empuñadura de cristal—. Es la más grande que he visto jamás. Por qué, aún un jabalí...

Antes de que pudiera terminar la oración, Ajax lo había abrazado con sus enormes miembros y lo arrastró hacia la puerta del baño. Hubo algo casi paternal en la escena. Por el abrazo del gigante, el musculoso cretense parecía un pequeño niño siendo llevado a la cama por un padre cariñoso pero molesto. Thea recordó que Ajax había mencionado una hija.

Cuando Ajax regresó y la puerta se cerró tras él sobre su pivote vertical de madera, Thea ya había pensado en un plan. A los once años, en Cnosos, antes de que ella fuera a Vathypetro, había aprendido a eludir los lances amorosos de los muchachos; en la Creta moteada por el sol, los cuerpos jóvenes maduraban como succulentos dátiles y el amor llegaba con la primera adolescencia.

Sonriendo, condujo a Ajax hacia una silla.

—Es un muchacho solitario —dijo, haciendo un gesto hacia la puerta cerrada detrás de la cual no dudaba que Ícaro estaría arrodillado tratando de escuchar—. Echa en falta la compañía de su padre. Mira, nuestro padre fue asesinado por piratas hace tres años.

—¿Aqueos?

—Sí —suspiró—. Atacaron la nave en la que se dirigía hacia Zakros. —No fue difícil inventar una historia conmovedora—. Nos criaron las mujeres. No nuestra madre, que murió cuando nació Ícaro, sino sirvientes y tías. Siempre mujeres. Cómo hemos extrañado a un hombre. —Le ofreció una taza de vino. Él tocó el borde con sus labios, saboreando con cautela, como si sospechara que estuviera envenenada. Thea caminó hacia su espalda y puso su mano sobre su frente.

—Debes permitirme lavar tu herida —dijo—. Haz de cuenta que soy tu propia hija. Antes de que lo mataran, solía cuidar de mi padre con ungüentos suaves y peinar su pelo revuelto por el viento. Como tú, él era un guerrero y a menudo resultaba herido.

Ajax tomó su muñeca con rudeza nada paternal y la atrajo sobre su regazo.

—La falda te sienta bien —dijo, vaciando la taza en un extenso trago—. Pero no la blusa. —Con un movimiento único y sorprendentemente hábil para una mano tan poderosa, arrancó la gasa de los pechos de ella. El cuerpo de él apestaba a cuero y sudor. No se debía haber bañado en semanas, posiblemente en meses; se había quitado la armadura pero llevaba la misma túnica que en la batalla (que en varias batallas, decidió ella; estaba manchada con sangre, polvo y comida). Además, tenía pelo en todo el cuerpo: en sus piernas, en sus brazos, incluso en la parte superior de sus pies con sandalias. Le recordó un enorme e hirsuto macho cabrío, y como macho cabrío le parecía más insensato que amenazante. Ella todavía no había aprendido que un hombre fuerte y tonto es el más peligroso de los hombres.

—Necesitas más vino —dijo, intentando soltarse. Tal vez pudiera incapacitarlo con la bebida. De acuerdo a un proverbio universal, reivindicado por cretenses, egipcios y babilonios, el beber incrementa el deseo pero limita la realización.

—Vino no. Esto... —la sepultó en un beso con una boca que sabía a cebollas. Recordó que los soldados aqueos las mascaban mientras marchaban. Sintió como si pesadas botas masculinas estuvieran pisoteando ofrendas delicadas —caracoles marinos, coquinas, estrellas de mar— en un santuario a la Gran Madre, en la costa. No era que temiera el deshonor, como las mujeres temerosas del dios en Israel, el remoto reino de los patriarcas pastores. Como muchacha cretense, era lo suficientemente realista como para reconocer que no había nada de deshonor en que la tomara, mujer y prisionera, contra su voluntad. Era su mugre lo que le daba miedo, su fealdad, su vellosidad, su afrenta a su orgullo femenino (recuerda, los cretenses adoran a una diosa como a su principal deidad). Era el supremo trastorno de ser forzada a hacer lo que le parecía, no malvado, sino feo y humillante.

El beso de Ajax se volvió menos apasionado. Ella apretó sus dientes para resistir la lengua invasora. La aversión estalló en ella como un fuego negro y amargo de raíces de cicuta.

—Perdí mi serpiente —dijo una voz fuerte y determinada desde la puerta. Ajax pegó un salto poniéndose de pie, y Thea abrazó el piso duro pero bienvenido. Poniéndose de rodillas, observó el avance de la serpiente. No era grande ni venenosa pero, con su lengua bífida centelleante, parecía de alguna manera tan siniestra como un áspid de los desiertos de Egipto. Ajax tomó un taburete y asumió la postura marcial de un soldado defendiendo un puente contra un ejército.

Pero Ícaro intervino antes de que se encontraran:

—No tienes que temerle —dijo, volviendo la serpiente a su bolsa—. Si te pones nervioso, entonces te muerde.

—¡Guardia!

Xantus apareció en la puerta que estaba más allá del pozo de luz. Como era usual, parecía ilusionado; tal vez esperara una orgía.

—Xantus, lleva a este mocoso y su serpiente al baño y mantenlos allí, si es necesario ahógalos en la bañera.

La puerta del baño se cerró como un final abrupto.

—Ustedes, las muchachas cretenses... —sonrió sarcásticamente Ajax. Se dirigió hacia ella, desgreñado y amenazante—. Te burlas, me provocas y muestras tus pechos, y luego dices: ‘¡No, bárbaro viejo y peludo, no me toques!’ ¡Bueno, nosotros sabemos lo que hay que hacer con una mujer!

—Mi padre te matará si me tocas. —Las palabras cortaron el aire como puñales de hielo.

—¿Eh? Volverá del Hades ¿no? Es más ¿debería temer a un hombre que escapó a Perséfone!

A pesar de su barba dorada, parecía oscuridad y mal, un torbellino negro de fuego y roca. Su olor lastimó el olfato de Thea como si fueran cenizas de volcán. Ella cerró sus puños en su impotencia.

Entonces recordó los broches de su pelo.

Thea observó a sus captores alejarse con las antorchas como botes de pesca en la noche, dejándolos en una oscuridad que parecía sofocar sus sentidos como un sudario de lana negra. El aire estaba cargado con los excrementos de los murciélagos. Ícaro apretó su mano, un poco como protección, otro poco por miedo. Ella también estaba asustada; mucho más que él, suponía, dado que las cuevas, los acantilados y los ríos rugientes, los rostros feroces de la naturaleza, eran familiares a Ícaro por su errar por los alrededores de Vathypetro.

—Probablemente —dijo Ícaro sin rastros de reproche—, si lo hubieras alcanzado en algún otro lugar, no se hubiese enojado tanto.

—Ningún otro lugar lo hubiera detenido.

—Por cierto, había que detenerlo —estuvo de acuerdo Ícaro—. Lo escuché gritándote. Y todo por un beso.

No era momento para explicarle cómo eran las cosas. La cueva, por supuesto, pertenecía al minotauro.

Lo atrajo hacia ella y sintió su gran cabeza contra su hombro.

—Perdóname —dijo ella—. Perdóname, hermanito.

—Pero si yo quería ir al País de las Bestias —le recordó, no lo suficientemente asustado como para evitar un sentimental intercambio de palabras cariñosas—. Ahora aquí estamos.

—Pero no querías la Cueva del Minotauro.

—Pérdix nos traerá suerte.

—No contra los minotauros. Son demasiado grandes.

—Tal vez éste salió a cenar.

—Temo que cena en casa. Shhhh —dijo Thea—. Escucho...

Escucharon unos ruidos de pisadas (¿de pezuñas?), y luego un gemido bajo y prolongado que se hizo más profundo y se convirtió en un bramido de un toro furioso

que helaba la sangre. La náusea subió hasta la garganta de Thea como la pata peluda de una araña.

—¡Diosa Madre, viene hacia aquí! —gimió el muchacho.

—Debemos separarnos —dijo Thea—. De otra manera, nos atrapará a ambos a la vez. Intentemos deslizarnos a su lado en la oscuridad y encontrarnos en la entrada de la cueva.

—¿No será capaz de vernos? Ésta es su guarida.

—No puede perseguirnos a ambos a la vez.

—Déjalo que me persiga a mí primero. Si es lento corriendo, puedes tener una oportunidad.

—Él decidirá por sí mismo. —Thea a la vez contaba y tenía la esperanza de que la eligiera antes que a su hermano. Si el minotauro sumaba los instintos de un hombre a los de un toro, tendría que preferir una muchacha a un muchacho.

Aflojó la mano de Ícaro. Los dedos de él se resistieron; la abrazó rápida e impulsivamente y se lanzó delante de ella, moviéndose de oscuridad a oscuridad, rozando con sus sandalias el suelo de la cueva. Ella comenzó a llamarlo por su nombre. No, no tenía que alertar al minotauro. Comenzó a palpar su camino junto a las paredes; su humedad rezumaba como sangre entre sus dedos. Una vez trastabilló y se cortó la rodilla con estalagmitas, porque llevaba la falda corta y no la que tenía con forma de campana con la que había recibido a Ajax. Cierta hedor impregnaba el aire, rancio y dulce al mismo tiempo: carne putrefacta y sangre seca. Ella se detenía a menudo para recuperar el aliento; el miedo la había agotado como si estuviera enfrentado una marea fuerte y fuera arrastrada a la playa entre las maderas flotantes y las conchas. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y distinguieron las puntas de las estalactitas que colgaban desde el techo como algas marinas flotando sobre la cabeza de un buceador.

¿Por qué, se preguntó, temo más al minotauro que a Ajax y sus asesinos? En Cnosos había asistido a menudo a los Juegos del Toro; una vez, es verdad, habían empalado a un muchacho, pero el toro no había sido sanguinario. El muchacho había tratado de dar una voltereta sobre el lomo del toro pero había caído sobre sus cuernos. El animal había parecido más sorprendido que asesino; había bajado los cuernos para ayudar a que los asistentes retiraran el cuerpo.

Algunos sonidos, apagados y tenues (¿la voz de Ícaro, tal vez?). Luego otra vez el bramido prolongado y estremecedor.

Un toro que camina como un hombre, eso era terrorífico. Camina sobre dos piernas. Piensa con astucia humana, odia con calculada crueldad humana. Un híbrido de hombre y bestia, monstruoso al ojo, monstruoso al corazón, y exultante con fría malevolencia.

Anhelar a Ícaro silenció sus temores. El indeciso toque de su mano, impaciente como un ratón de campo. La cabeza grande, que no era realmente grande salvo por su corona de pelo, y las orejas en punta que no dejaban que el pelo las ocultara. Los

juegos infantiles y el coraje poco infantil. Ella se mordió la lengua para evitar llamarlo. Dio un giro y miró hacia arriba, directamente hacia los ojos del minotauro, y a su pelo rojo enmarañado.

Cuando entré en la cueva estaba hambriento como un toro. Una vez a la semana los campesinos de más allá del bosque me traen un animal despellejado. Bramando estruendosamente para justificar mi reputación, voy por la carne y la llevo a casa para cocinar en mi jardín. Me llaman el Minotauro, el Toro que Camina Como un Hombre. De todos modos, a pesar de mis más de dos metros, no soy un monstruo sino el último de una antigua e ilustre tribu que se estableció en la isla antes de que llegaran los cretenses desde el este. Salvo por mis orejas en punta (que son comunes a todas las Bestias), mis cuernos (que son cortos y están casi ocultos por el pelo), y por mi discreta cola, soy por lejos más humano que bovino, aunque mi generoso cabello pelirrojo, que nunca ha sucumbido a los dientes civilizadores de un peine, es tomado erróneamente por una melena.

Como ya dije, entré en la cueva con abundante apetito. También había tenido un día pesado en mi taller. Mis lapidarios, los telquines, se habían peleado y se habían magullado con los escoplos y habían volcado una tinaja de cerveza recientemente fermentada. Mi estómago rugía anticipando el gordo cordero (tal vez fueran dos), casi despellejado, que pronto estaría girando en el asador de mi jardín.

En ese momento escuché los ruidos. Detuve mis pasos. ¿Habían traído su cena sin matarla, sin despellejarla y sin limpiarla? ¡Intolerable! Parecía que tendría que ir a merodear por los campos una vez que oscureciera y meter un poco de miedo en los corazones de esos campesinos holgazanes.

Pero no. Los sonidos eran voces y no los berridos de animales. Recorrí acechante los corredores de lo que llaman la Cueva del Minotauro pero que sería más apropiado llamar su Despensa. Hice una pausa. Traté de ver. Olfateé. El olor a hombre era fuerte en el aire. ¿Una trampa? Bien, no era probable que atraparan un minotauro. Yo podía ver en la oscuridad, y mi nariz era aguda como la de un oso. Avancé con cautela y confianza, pezuña a pezuña. Yo...

¡Un crujido!

Una piedra golpeó mi pezuña extendida. Rugí por el dolor, cojeé sobre la otra pierna y levanté la vista para enfrentar a mi agresor, que estaba agachado sobre una cornisa y preparando otra piedra.

Vi a un muchacho fornido de unos quince años, con una cabeza grande y muy atractiva, una cabellera verdosa y orejas en punta. Las orejas, por no mencionar el pelo, lo señalaban como una Bestia. Al menos la mitad de él. Me gustaron ambas mitades. Era el tipo de muchacho que me gustaría adoptar como hermano. Ayudarlo a tallar una proa a partir de las ramas de un cedro y arponear peces con una aguzada vara de sauce y, en el momento apropiado, presentarle a Zoe, la Dríada, y a sus

amigas hedonistas, que podrían enseñarle sobre las maneras en que un muchacho se convierte en un adulto joven.

—Baja de ahí —grité—. ¿Qué piensas que eres, un mono azul? No te lastimaré.

—Oh —dijo, sorprendido—. Puedes hablar, y en cretense.

—¿Y qué esperabas que hiciera, que mugiera o que hablara hitita? En realidad, tu pueblo aprendió su idioma de mi pueblo hace miles de años.

—Hasta ahora sólo te había escuchado bramar. —Estaba descendiendo desde la cornisa.

Me extendí y lo aferré y, sintiéndome repentinamente travieso, liberé mi bramido más enérgico justo en su cara. Tembló, por supuesto, pero me miró directamente a los ojos.

—No deberías haber bajado tan rápido —lo reprendí—. Podría haberte estado engañando para comerte.

—Pero dijiste que no me lastimarías.

—No creas todo lo que escuches. Si yo hubiese sido un cíclope, ¡hubiera sonreído, te hubiese persuadido y luego te hubiera metido en una olla!

—¿Qué debería haber hecho?

—Discutir un poco. Pedirme una prueba de mis buenas intenciones. Descubrir lo que pensaba hacer contigo.

—Pero no me comerás, y ahorraré tiempo y preguntas. Quiero que encuentres a mi hermana.

Mi corazón se hundió como una pesa en la red de un pescador. La hermana de semejante muchacho ciertamente tendría que ser una dama. Lo diré sólo una vez: los jóvenes siempre me cayeron bien, pero las damas cierran sus puertas. Yo las asusto, me llaman (bueno, si es una dama no lo diría, sólo lo pensaría) grosero e inculto. Quieren peinar mi pelo, afeitarme mi pecho y cortarme la cola. Hacen una mueca de desagrado si yo insulto, lanzan una mirada feroz si bebo cerveza, y desaprueban a mis amigos: Zoe, la dríada, y Moschus, el centauro.

—Oh —dije—. No creo que quiera encontrarse conmigo.

—Ella estará encantada. Pensaba que iba a tener que complacerte.

Caminamos juntos en su búsqueda mientras Ícaro me contaba sobre sus aventuras. El encuentro cambiaría mi vida.

EL ÁRBOL TRUNCADO

¿Conoces la alfarería llamada Cerámica Kamares? Es tan delgada como la cáscara de un huevo y está decorada con criaturas del mar: anémonas, peces voladores y pulpos enrollados. Uno piensa que con el más leve toque se rompe, y sin embargo en un millar de años la misma taza todavía puede contener flores, vino o miel. Así era Thea. Su pequeñez, su delicada fragilidad, me despertaron ternura. Al mismo tiempo aprecié su fuerza. Su cintura escasa, delgada como una palmera joven, se convertía en pechos fuertes como los de la Madre Tierra; sus manos diminutas estaban apretadas y se elevaban como armas.

Ícaro corrió delante de mí y tomó su mano.

—No tengas miedo —gritó—. Quiere ser amigo nuestro. —Luego agregó, con bastante arrogancia—: A pesar de que le pegué con una piedra.

Permanecí de pie con bastante incomodidad, pasando mi peso de una pezuña a la otra, y preguntándome qué podría decir para tranquilizarla.

—Lo que dijo es correcto —solté—. Quiero ser tu amigo y no tienes que compla... complacerme. —Vacilé antes de quedarme en silencio. Mencionar placer a una dama... bien, era tan falto de tacto, a lo que se sumaba mi fisonomía, la cual me había marcado como un bruto durante la mayor parte de mis veintiséis años. Esperé con las cejas alzadas y una sonrisa glacial la bofetada hiriente.

Ella tomó mi mano-pata, debo decir, dado que sus pequeños dedos no podían rodear su circunferencia. Devolví la presión tan delicadamente como si estuviera sosteniendo el huevo de un zorzal.

—Señor —dijo ella—, nos hemos presentado sin invitación. ¿Podremos quedarnos como sus agradecidos huéspedes?

—Yo no vivo aquí —afirmé con cierta molestia—. Tengo una casa cómoda en el bosque. —Si ella hubiese sido la dríada Zoe, las palabras hubieran salido de mi lengua con el cuidado de la fruta de una cornucopia, y mi propia elocuencia me hubiera puesto de un humor apacible. Como estaban las cosas, me sentía muy asustado de ella e intentaba ocultar mi temor con una exhibición de irritabilidad.

—Entonces puede que nosotros... —comenzó ella.

—Sígueme —gruñí, le di la espalda y caminé dando zancadas hacia la boca de la cueva. Como no escuché que me siguieran, hice una pausa y miré sobre mi hombro. Cojeaban y tropezaban entre las estalagmitas. Thea se había magullado la rodilla e Ícaro la llevaba de una mano. Regresé por ellos, la alcé en mis brazos y le ordené a Ícaro que se subiera a mi espalda.

—¿Te importaría llevar también una serpiente? —preguntó.

—Las serpientes —dije— son símbolos de fertilidad y domesticidad. Traen progreso a los campos y fortuna a la casa. Además, son antepasados de alguien.

—Tío bisabuelo —dijo Ícaro. Comenzó a agitar sus brazos y gritó—: ¡Arre!

—Con dos jinetes, estoy lo suficientemente bien como para trotar —dije—. Si quieres galopar, te sugiero que busques un centauro. Ahora inclínate o te golpearás la cabeza.

—Mejor que plumas de ganso —murmuró y se acomodó sobre mi pelo, mientras Thea descansaba en mis brazos tan ligera como un bebé dormido. Repentinamente recordé que había ido a la cueva en busca de comida y encontré una familia. Para un soltero empedernido y en cierto sentido libertino como yo, la nueva responsabilidad era aterradora.

En la boca de la cueva, los hice descender sobre el musgo y tomé aliento.

—¡Qué árboles tan grandes! —aulló Ícaro, contemplando el bosque que se extendía a nuestro alrededor como los enormes obeliscos egipcios—. Lo suficientemente grandes como para sostener casas en sus ramas.

—O en sus troncos —dije—. Allí es donde viven las Dríadas. —Había cedros con hojas como racimos y conos pequeños y erguidos; robles que se extendían a lo ancho, cargados de bellotas con cortezas como la piel quebrada y descartada de una serpiente; y cipreses, flexibles y femeninos, cuyas hojas soltaban vapor bajo la luz del sol.

—¡Qué tristes que parecen! —dijo Thea, señalando hacia los cipreses—. Como mujeres. Mujeres de cualquier edad que han conocido el dolor del parto o la golondrina enjaulada que es el amor no correspondido.

—Y, sin embargo —dije—, se ven como si estuvieran sobrellevando esto con dignidad y de buena gana. Es valentía lo que tú ves como tristeza.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo ella—. Debes perdonarme por sonar morbosa. Desde que perdimos nuestro hogar, he sentido como si... ¡como si la tristeza hubiera caído sobre mí como la red de un cazador!

Comprendía sus necesidades. Quería una casa que la separara de los bosques, los aqueos y —¿quién sabe?—, los minotauros. Quería un corazón cálido, un padre, y tal vez un marido (porque ya estaba para el matrimonio).

—Princesita —dije—, pronto estarás segura en mi casa. Allí no te sentirás perdida.

Me sonrió con una dulzura más antigua que Babilonia, más antigua que las pirámides en Giza, hogar de los cuerpos momificados de los faraones egipcios. El sol del final de la tarde daba a su cabello un brillo grisáceo. ¿Por qué enfrentas al bosque? pensé. El marrón de tu cabello es la tierra fértil donde crece la cebada; es el tronco de un árbol o el ala de un tordo. El verde es la primera brizna que busca la luz del sol; son las hojas y la hierba y la uva joven. Marrón y verde. Los dos colores de la tierra. ¿Por qué temes al bosque?

Entonces, a través del humo azul del tiempo, recordé mi propia juventud. En las

ramas de un árbol vi a una pequeña niña llorando, y a un niño que reía y sacudía su puño rosa, y a la dríada, su madre, que se inclinaba ante la luz del sol y peinaba su cabello. Y él no era una Bestia sino un Hombre.

Para llegar a mi casa seguimos un sendero secreto cuyas señales eran un nido de pájaro carpintero y un montón de hormigas anaranjadas, una piedra con la forma de un puño y un tocón ennegrecido. Por momentos caminábamos bajo la sombra de ramas entrelazadas que ocultaba el sol salvo unos carámbanos dorados, en un aire agobiante que nos humedecía y abatía como si estuviéramos caminando por el fondo del mar. Muy arriba, en las copas de los árboles, los monos azules centelleaban como peces, y sólo sus chillidos nos recordaban que estábamos caminando en un bosque de árboles y no en uno de coral y pepinos de mar. Thea les hizo gestos con alegría e invitó a su líder a sentarse sobre su hombro, con la cola como un collar en torno a su garganta.

—Tuve uno en Vathypetro —ella sonrió—. No parecen parte del bosque. Son tan domésticos como los gatos egipcios.

—Demasiado domésticos para su propio bien —dije—. A veces se dejan comer por los osos.

—Miren —gritó repentinamente Ícaro—. Un mar de flores y, en el medio, una pequeña fortaleza marrón.

—Estrellas amarillas —dije, agregando con modestia—: la fortaleza es mi casa.

La casa una vez había sido un gigantesco roble de montaña, tan ancho como el Anillo de los Toros en Cnosos, pero gracias a un rayo el tronco sólo llegaba hasta una altura de siete metros, con una empalizada con una pasarela y pequeños alféizares en la parte superior para el caso de un asedio. Fui hasta la puerta e hice sonar la campana de cordero que colgaba sobre el dintel. Detrás del roble rojo granulado escuché el apresurado ritmo de pasos de un telquín que venía a levantar el cerrojo. En el bosque, siempre era necesario cerrar la puerta. De acuerdo a un antiguo proverbio, “Donde no están los cerrojos, están las trías”. El tímido telquín no nos esperaba. Su raza y él temían a los extraños, aunque entre ellos fanfarroneaban, fornicaban y peleaban ante cualquier excusa.

Había ahuecado el tronco de mi árbol para contener un jardín, donde había una silla plegable de madera de naranjo, una enorme sombrilla de caña como las que llevan las damas cretenses cuando caminan junto al mar, un horno de arcilla para pan y pasteles de miel, una parrilla para asar carne, y una fuente de agua caliente de manantial que me servía como bañera y también para lavar los platos. Alrededor de la fuente crecían zapallos, calabazas, lentejas, una pana que se apoyaba sobre una pérgola y una higuera con ramas pequeñas pero fuertes e higos muy grandes. Entre la chimenea y la sombrilla crecían mis flores favoritas, amapolas de pétalos escarlata y pistilos negros ¡y que Zeus ayude a la mala hierba que les robe la luz del sol o al cuervo que arruine sus brotes!

Siempre sentí que un jardín debería ampliar y no restringir a la naturaleza;

siembro mis flores al azar en lugar de en hileras, y a veces desparramo mis herramientas en un placentero desorden, como ramas bajo un árbol. Pero Thea estaba acostumbrada al orden de los jardines del palacio. Sentí que su mirada me reprochaba algo y me apresuré a tomar un rastrillo, murmurando:

—Me pregunto cómo llegó a este estado —aunque por supuesto yo lo había dejado allí mismo hacía tres semanas y merodeaba por ahí todas las mañanas.

Descendimos por una escalera de madera que se enroscaba debajo del jardín como el corazón serpenteante de una caracola y se abría repentinamente hacia mi cubil. Uno de mis telquines había encendido una lámpara que colgaba desde el techo de una cadena de ámbar y se balanceaba gracias a la brisa que llegaba desde las escaleras. Las paredes de mi cubil eran raíces, retorcidas y pulidas en sus formas; y las raíces más resistentes, como columnas nudosas, dividían la habitación en rincones y escondrijos. Casi se podría decir que había capturado un pequeño rincón del bosque. No, capturado no. Nunca me gustó esa palabra. Más bien el bosque me había confiado ese lugar, me daba seguridad en sus raíces laberínticas que mantenían la tierra sobre mi cabeza y bajo mis pies, soportándome y sosteniéndome. En ellas había tanto belleza como utilidad. De la misma manera en que las circunvoluciones de un viejo pedazo de madera pueden cambiar de color cuando es arrojado al fuego, así las raíces marrones de mi casa brillaban como malaquita, ámbar o lapislázuli —el color del mar, el de la madera y el del cielo— a la luz de la lámpara de arcilla. Como el cabello de Thea, se podría decir, porque el marrón no es falta de color sino la reserva de muchos colores que sólo necesitan ser despertados por los suaves dedos de la luz.

Las raíces, al estar muertas, no eran ni húmedas ni frías, y la alfombra de cañas sobre el piso, junto con un par de braseros encendidos y suavemente luminosos, otorgaban a la habitación la calidez e intimidad del nido de una ardilla. En las ocasiones en las que bebía cerveza con mis amigos, hasta las raíces parecía retorcerse sobre nosotros como enormes y amistosas serpientes, espíritus guardianes concentrados en sus buenos oficios de dar ánimo y protección. En otras noches yo prefería leer. De todas las posesiones de la habitación, mi favorita, creo, era el cofre pequeño y cilíndrico con rollos de pergaminos —*Las Islas Afortunadas ¿son afortunadas?*, *Las canciones del Centauro*, *Resonar de pezuñas en Babilonia*—, que había leído para compensar mi muy limitada lista de viajes (en verdad, nunca abandoné el bosque). Como podría haber dicho el tío bisabuelo de Ícaro, “Un minotauro que no ha viajado es un minotauro hambriento, y leer lo alimenta como la cerveza y los pasteles de miel”.

Pero las habitaciones cómodas raramente están ordenadas, y hoy, que no esperaba huéspedes, había amontonado mis utensilios de cocina, una fuente con sobras de pan y un trípode que había sostenido un estofado de nido de golondrina, junto a un molinillo con el cual pulverizaba el cereal y ocasionalmente (como hoy) espolvoreaba harina.

—Voy a ver qué hay para la cena —dije. Recuerden, no había encontrado comida

en mi cueva. Los carnívoros telquines preferirían volverse caníbales que recurrir a vegetales—. Primero les mostraré su habitación. Yo dormiré aquí, ustedes se pueden quedar en mi dormitorio.

Estaba al pie de una escalera: redonda y cómoda como la madriguera de un conejo; pequeña para mí pero grande para Thea e Ícaro. El suelo tenía una alfombra de musgo y las plumas de los nidos de los pájaros. No había ningún mueble a excepción de un taburete de tres patas y un baúl de limonero en el cual había una túnica para vestir en los días fríos y un par de sandalias redondas para ponerme en las pezuñas cuando iba a juntar piedras preciosas en la cantera.

Ícaro se arrojó sobre el piso y lanzó un quejido como el relincho de un burro que ha tirado de un carro desde el amanecer y vuelve a casa al ocaso a su lecho de paja.

—Suave como tréboles —dijo, acomodándose sobre las plumas y liberando a Pérdix para que encontrara su propio nido.

Thea, observé, no compartía su entusiasmo. Yo más bien había esperado algún cumplido sobre mi habitación, pero ella movió las plumas con los dedos de los pies para ver si estaba limpio. De pronto comprendí que la habitación no estaba diseñada para una mujer.

—Encontraremos algunos artículos de tocador para ti mañana —prometí—. Tengo una amiga con un espejo babilónico. Con la forma de un cisne, con el cuello como mango.

—Tu dormitorio es cálido —dijo ella con bienintencionada falta de sinceridad—. Debes perdonarme si parezco desagradecida. Estoy muy cansada.

—Te traeré una cuba de agua caliente.

Subiendo por la escalera, recordé la vez en que una dríada fastidiosa (Zoe no) me había dicho que yo necesitaba un corte de pelo: todo se acabó. Desalineado, pensé. Así es como soy, y así es mi casa.

En el jardín encontré la cuba que había usado para lavar verduras y, poniéndola bajo la fuente, comencé a planificar la cena. Podía recoger algunos higos y calabazas de mi jardín; podría hornear pan y juntar setas y huevos de pájaro carpintero para una tortilla. Pero ¿qué tendría de carne? Tal vez tuviese tiempo antes de que oscureciera para atrapar algunas liebres...

Fue entonces cuando escuché el grito. Cuando una mujer grita, puede significar que necesita ayuda pero que no hay una urgencia real. Es sólo su forma de llamar la atención y remarcar su desamparo. Pero el grito de Thea era de puro y espontáneo terror; burbujeó en el aire como el veneno negro de la cicuta. Bajé la escalera en tres saltos, casi sin tocar los escalones, y encontré a un telquín acuclillado, moviendo consternado sus antenas. Detrás de él, Thea blandía el taburete de tres patas y gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Por supuesto, era su primer encuentro con un telquín, una hormiga de un metro, de inteligencia casi humana y con seis hábiles patas que la convertían en el mejor lapidario en el mundo: podía esculpir y poner gemas con más delicadeza que el

artesano humano más diestro. Pero Thea sólo veía la enorme cabeza bulbosa, los ojos facetados, la piel negra como una armadura.

—Bajó arrastrándose por la escalera —dijo con un susurro—. Luego se me acercó, sacudiendo sus antenas.

—Él no va detrás de ti, está buscándome a mí —hablé de una manera brusca, enfatizando el *él*, porque comprendí que la manera desdeñosa de hablar de ella estaba lastimando sus sentimientos—. Y comprende cada palabra que dices. Es bastante inofensivo salvo para los demás telquines. —Golpeé sus antenas. Indicó calma con un zumbido de placer que vibró a través de mis dedos. Ícaro, abandonando tardíamente su siesta, se puso de pie y caminó sin vacilar hacia el temblequeante telquín. Se arrodilló y apoyó su cabeza contra la coraza de la criatura.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Los telquines ocultan sus nombres salvo a sus compañeros. Lo llamo Bion.

—Bion —dijo Ícaro—. Quiero que conozcas a Pérdix. —El zumbido de placer se convirtió en un rugido.

Mientras tanto, Thea había comenzado a llorar.

—No llores —dije—. Ya te ha perdonado.

—Pero todavía tengo miedo. ¡De... de todo en el bosque!

—¿De mí?

Me contempló durante un largo momento antes de hablar.

—Al principio, en la cueva. Incluso después de que Ícaro dijera que eras amistoso. Sin embargo, ya no. No desde que vi tus flores. Pero el bosque me aterroriza. Pensé que estaba segura aquí abajo, y entonces vi a Bion, y sentí como si el bosque me hubiera seguido.

—Lo hizo —dije—, pero la parte buena. El bosque es como un Hombre o una Bestia, con muchos estados de ánimo. Bion se comería a su hermano antes de lastimar a mis huéspedes. ¿No es así, Bion?

—Soy una terrible cobarde, Eunostos.

—Fuiste muy valiente cuando me encontraste en la cueva. Agitaste tu puño en mi cara.

—Parecía valiente, pero en realidad no lo soy. Mi corazón andaba a los saltos como una codorniz asustada.

—No importa lo que tu corazón hace en tanto tus pies permanezcan quietos. En los últimos dos días tu corazón ha tenido buenos motivos para sobresaltarse. Has perdido tu hogar, te estrellaste en un planeador, caíste en garras de Ajax y te enfrentaste al minotauro en su cueva. Pero todas esas cosas han quedado atrás.

—Sí —sonrió—. Tú me proteges aquí. Ahora lo veo.

Ella era la primera auténtica dama que buscaba protección en mí. Sin embargo, yo no sabía que ella estaba planeando mejorar mis modales y redecorar mi casa.

CAPÍTULO IV

DOMESTICACIONES Y DOMESTICIDAD

Ella nunca me dijo: “Eunostos, tendrías que peinarte el pelo o conseguirte un nuevo par de sandalias”. Siempre fue “Tal vez deberías...” o “No crees que...”. A veces trabajaba a través de su hermano. Dos semanas después de su llegada, él me dijo en confianza:

—Thea no se queja, pero creo que extraña la fontanería cretense.

—Pero tiene una ducha de agua caliente —protesté—. O sino le traigo una cuba. ¿Qué más quiere?

—Lo que quiere es una bañera —me confió. Es universalmente sabido que los cretenses son los mejores fontaneros de todas las tierras del gran Mar Verde. No sólo tienen cañerías de agua en sus palacios, sino que construyen retretes de piedra caliza con asientos de madera y, maravilla de maravillas, una cadena para vaciar agua. Como mis ancestros, tengo algo de ingeniero, y no perdí tiempo en desviar parte del manantial desde el jardín. Con su habitual delicadeza, Thea no se refirió a mi innovación, pero mostró su gratitud al hacerme un par de sandalias de cuero que apretaban mis pezuñas como cadenas sobre una mula. Al menos en la casa tenía que llevarlas o heriría sus sentimientos.

De todos modos, una vez que salía de la casa me las sacaba de una patada bajo un árbol y con felicidad continuaba con mis ocupaciones en el bosque; ahora que en mi cueva no recibía el sacrificio semanal —los campesinos locales, parecía, estaban alimentando a los conquistadores en lugar de al minotauro— cazaba diariamente para mantener alimentados a mis huéspedes. Pero una presa me puso en un aprieto mucho más serio que la simple incomodidad de las sandalias. Había conseguido un jabalí con mi primera flecha y emprendí el regreso a casa con el cuerpo sobre mi espalda.

—Hola, allí —retumbó una voz en los árboles, y Moschus, el centauro, llegó a medio galope a mi lado con el ruido sordo de los cascos y un remolino de polvo. Moschus era un compañero robusto, a pesar de sus años. Sus flancos resplandecían por el aceite de oliva; bajo su pelo se tensaban unos músculos poderosos; el cabello castaño caía brillante por el dorso de su cuello. Era cierto que su pelo había comenzado a ralearse, porque Moschus tenía sus buenos doscientos años; había sido un potro en los días en que las Bestias vivían en la costa, compartiendo sus secretos con los cretenses, todavía amistosos y rápidos para aprender. Pero la edad lo transformaba como hacía con robles y cedros.

Físicamente, al menos. Su inteligencia, nunca superior, había comenzado a declinar antes de que yo naciera. Su aspecto noble sugería aprendizaje y prometía palabras sabias, pero sus únicos intereses eran fornicar, los cuentos (subidos de tono),

y tocar la flauta, y su conversación escapaba a cualquier otro tema.

—Escuché sobre los chicos y tú —dijo.

—Ah —dije, sin agregar nada—. ¿Lo hiciste? —No quería sugerir un encuentro. Thea no entendería sus costumbres libertinas.

—El mismo papito genial. Sin embargo, escuché que la muchacha no es exactamente una niña (eheeh).

—No por los años —dije altivamente—, pero la han protegido mucho.

—Es tiempo para una fiesta, entonces... ¡debajo de la sombrilla! ¿Qué te parece esta noche?

—Ocupada. Curtiendo cueros —señalé el jabalí sobre mi hombro.

—¿Mañana a la noche?

—Cortando gemas.

Una mirada de sospecha angostó sus ojos equinos.

—Creía que tus obreros hacían eso.

—Hay demasiadas gemas; no es suficiente la ayuda.

—¿La noche siguiente?

—¿En tu casa? —suspiré, vencido.

—Tú eres un mejor anfitrión. Más cerveza, más espacio. Zoe y yo iremos después de la hora de luz de las lámparas.

—¿Zoe también?

—¿Y quién sino? Sabes que nos hacemos compañía. —Con un relincho fuerte y preventivo, galopó hacia los árboles.

Gruñí. Zoe, la dríada, y Moschus, el centauro. Los quería devotamente como amigos, pero juntos bien podrían precipitar una orgía.

Me arrodillé para recuperar mis sandalias, preguntándome cómo tomaría Thea la fiesta.

La encontré visitando a mis tres obreros. Con ayuda de Ícaro y de varios sobornos de carne cruda, se había ganado su confianza —al menos su aceptación— y a menudo los contemplaba trabajar. No sólo eran lapidarios, también herreros, tejedores, teñidores, curtidores, zapateros, y las herramientas de esos oficios —telar, fragua, yunque, tinajas para mezclas, y mesas— otorgaban a mi tienda el aire de un mercado pequeño pero cómodamente equipado. Ver a sólo tres obreros con semejante equipo había sorprendido a Thea hasta que le expliqué que yo mismo era el cuarto obrero y, como mis compañeros de raza ahora extintos, era igual a cuatro Hombres o a dos telquines. No era un alarde sino la simple afirmación de un hecho.

La tienda estaba iluminada por seis grandes lámparas con la forma de naves como colas de peces que navegaban en el aire sobre cadenas que se balanceaban. Uno de los obreros permanecía en la forja, sosteniendo una daga curva sobre las llamas; otro trabajaba sobre una mesa, limpiando la suciedad y el esquisto de las piedras preciosas, y el tercero examinaba un enorme carnelian, lijándolo para darle la redondez plana de un sello, y balanceaba su cabeza con evidente perplejidad.

Ella estaba contemplando el soporte de la piedra mientras él lo giraba una y otra vez entre sus múltiples piernas. La habitación era tórrida por el calor de la forja, pero ella parecía inmaculada con su falda azafrán; hasta donde sabía, nunca transpiraba. Tres rizos meticulosamente dispuestos adornaban su frente como caracoles.

—Eunostos —dijo—. ¿Has visto alguna vez una piedra preciosa como ésta? Su superficie gris humo encierra las seis llamas de las lámparas en una pequeña constelación, y los ojos facetados de los telquines las reflejan otra vez en un número imposible de contar.

—¿Te gustaría llevarla como anillo? —pregunté.

Ella pareció como un niño al que le han ofrecido un delfín o un extraño grifo de plumas blancas.

—Oh, sí, ¿pero no comercias estas cosas con las Bestias? —Le había contado cómo cada Bestia contribuía a la autosuficiencia del bosque: yo comerciaba mis piedras preciosas con los centauros a cambio de semillas para plantar en mi jardín; las dríadas construían cofres de madera y los intercambiaban con las trías por la miel almacenada en sus grandes hexágonos, e incluso los pequeños osos de Artemisa recogían susanas de ojos negros en los prados y las hilaban en collares para cambiar por muñecas.

—Ésta no —dije—. ¿Qué diseño te gustaría?

Ella pensó un momento.

—Un mono azul —sus ojos miraron más allá de mí, sin duda melancólicos por los recuerdos del palacio en Vathypetro, el jardín bien cuidado, y por supuesto su padre—. ¿Es posible?

—Un mono azul y... —susurré al telquín. A pesar de su talento, no eran creativos; a menos que uno les diera indicaciones, sólo serían capaces de duplicar un diseño centenares de veces. Asintiendo con sabiduría, se sentó a trabajar con una aguja afilada.

—¿Puedo observar? —preguntó Thea.

—No —dije—. Son mejores las sorpresas. —Y luego, discretamente—: Unos amigos vendrán de visita. Después de cenar, en un par de noches.

No emitió juicio.

—¿Cuántos?

—Sólo dos. Un centauro y una dríada.

—Zoe —dijo—. La has mencionado varias veces. —Era casi una acusación.

—Una vieja amiga —expliqué.

—¿Mayor que tú?

—Veamos. Unas catorce veces más vieja.

—Una anciana, entonces.

—No exactamente. Las dríadas reflejan el estado de su árbol. El roble de Zoe está bien preservado.

Ella reprimió un suspiro.

—Pero ¿tenemos suficiente vino en la casa?

—Cerveza —dije—. Beben cerveza. Ambos.

—¿Una mujer bebe cerveza?

—¡Puede tomar más que yo! —Luego, apagado—: la preparo a partir de la cebada precisamente aquí en la tienda. Tendrías que probarla.

Ella sonrió magnánima.

—Tal vez lo haga. Tú ocúpate de la cerveza y yo prepararé algunos pasteles de miel. —Hizo una pausa—. Justo he terminado tu nueva túnica.

—¿Túnica? —me sobresalté. En la primavera y el verano, ninguna Bestia macho llevaba ropas. ¿Por qué tendría que hacerlo él? El aire que soplaba del tórrido continente de Libia era cálido y seco, y las Bestias hembras no se sentían más perturbadas por una extensión visible de carne masculina que los hombres cretenses por los pechos desnudos de sus mujeres.

—Sí —dijo ella, buscando en las profundidades de su cesta con dedos diestros—. Los telquines la tejieron, pero el teñido y las costuras los hice yo.

—Veo que lo hiciste. —Lavanda, con mangas bordadas—. ¿Por qué no un taparrabos?

—Para Ícaro, tal vez, no para ti. Tú eres... bien, más maduro. —Contempló el pelo sobre mi pecho como si estuviera pensando en tijeras—. Pruébatela ahora y veamos si te queda.

La túnica me apretaba en varios lugares. Me sentía como una serpiente Atrapada en su vieja piel descartada.

—No me puedo mover —dije—. No puedo respirar. Creo que voy a Ahogarme. Y —agregué con delicadeza—, te olvidaste de dejar una abertura para mi cola.

—Cállate. Todo lo que se necesita es aflojarla un poco. —Procedió a pellizcarme y palmearme como si no estuviera más animado que media res—. Por otro lado, podría entallarlo si la fiesta fuera la semana que viene en lugar de dentro de dos noches.

—No puedo posponerla —dije bruscamente—. Además, no soy gordo, soy musculoso. —Guié su mano por mi vientre tan firme y duro como un coco.

—Tienes razón. Puro músculo. Tendré que soltar la cintura.

En cuanto regresé a mi guarida, vi un cambio. Desde la llegada de Thea, la habitación había estado más ordenada: ya no había más utensilios de cocina amontonados junto al molinillo; tampoco había más grano, que ahora estaba sembrado junto al manantial. En ese momento, el cambio había significado un agregado, no una sustracción. Al resplandor de una lámpara recién encendida, tres floreros con forma de paloma estaban acomodados entre las raíces, llenos de amapolas tomadas de mi jardín. Las tristes flores me contemplaban acusadoramente desde cada rincón de mi habitación, cinco flores en cada florero.

—Las mataste —sollocé—. Cortaste sus cuellos.

—Las puse en la casa, no las maté. En el jardín nadie podría apreciarlas.

—Lo hiciste. Es como ponerlas en una prisión.

—Trataré de ser una carcelera bondadosa —sonrió, enderezando una flor.

Ante la palabra carcelera recordé mi propio aprisionamiento en la túnica. Sus modificaciones no hicieron que quedara mejor, ni recordó abrir una ventana para mi cola, que presionaba rígida contra mi espalda como una caña reseca por el sol. En cuanto se volvió para enderezar otra flor, llené mi pecho con aire, esperando que estallara mi cinturón y se descosiera la túnica. Sólo logré incrementar mi incomodidad. Miré con envidia a Ícaro con su nuevo taparrabos, verde y sin bordados. A la vez le quedaba bien y parecía cómodo. Thea misma llevaba una falda azul abierta que llegaba casi hasta sus tobillos, cuyos tableados tenían relieves de hojas doradas. Su pelo, peinado como siempre para ocultar sus orejas, fluía en tres mechones que caían sobre su espalda como una cascada de hojas otoñales con débiles brillos verdes de un verano que ya ha acabado. En su dedo medio llevaba el anillo de ágata que el telquín había terminado de tallar, con el mono azul y, además, una doncella cretense que indudablemente era Thea, entregando a su mascota un azafrán como obsequio. A partir de mi susurrada descripción de su jardín en Vathypetro, el artista había comprendido la escena más allá de mis expectativas. Después de recortar los perfiles, los había rellenado con partículas microscópicas de lapislázuli. Pasaría como una escena de juego, pero la austera piedra azul transmitía una dignidad y una melancolía que parecían decir “los momentos de alegría sólo sobreviven en la piedra”.

—Es exquisito —dijo ella, acariciando el anillo como si fuera un amuleto para la fertilidad. Se acercó a mí y, poniéndose de pie, tomó mi cuerno y jaló hasta que mi mejilla estuvo a la altura de sus labios—. Querido Eunostos, eres como un hermano para mí. Estoy feliz de haberte dado la túnica como devolución. De otra manera, nunca podría haber aceptado un regalo tan caro.

Sobre nuestras cabezas tintineó el cencerro anunciando la llegada de nuestros huéspedes.

—Tenemos que dejarlos pasar —dijo Thea.

Negué con la cabeza.

—Será mejor que vaya solo. Moschus necesita mucho espacio en las escaleras. — No quería que ella escuchara sus comentarios sobre mi túnica.

Pero uno de mis obreros, que asaba un demorado trozo de carne en el jardín, ya había abierto la puerta, y Zoe bajó haciendo ruido por la escalera como un saco de cocos. Moschus se movía laboriosamente detrás de ella, manejando sus cuatro patas con obvia dificultad, y casi esperaba verle perder el equilibrio y venirse abajo. Al final de su descenso, Zoe me tomó en un enorme abrazo. Me dejé someter más que hacer algún intento por corresponder. No quería desdeñar un saludo tan amistoso. En más de una ocasión habíamos retozado toda una noche en las ventosas alturas de su

árbol. Pero Thea contemplaba con ojos fríos, imperturbables.

—Thea —dije—, quiero presentarte a mis amigos, Zoe y Moschus.

—La pequeña Thea —gritó Zoe, abriendo sus brazos para otro apretón de oso; temí por las costillas de Thea.

Sonriendo ligeramente, la muchacha ofreció su mano.

—Eunostos me habló de ti.

Zoe le miró como si la reconociera.

—Tus orejas —dijo—. ¿Son...?

Thea eludió la pregunta.

—Y Moschus —dijo, mientras extendía una mano para ayudarlo a descender el último escalón—. Qué bueno que vinieras.

—¿No es guapo? —chilló Zoe, descubriendo a Ícaro justo a tiempo para ocultar la perturbación por el desaire de Thea—. Eunostos, deberías haberme avisado. Hubiera venido con sandalias. —Estaba descalza como siempre y vestía una túnica tan sucia y manchada como un pellejo de vino. Cuando le tendió la mano a Ícaro, sus brazaletes de conchas sonaron como baratijas de hojalata de las Islas Brumosas. Ícaro ignoró la mano y le dio el mismo tipo de abrazo que ella me había dado a mí. Una sonrisa radiante cubrió el rostro de Zoe y ostentó los tres dientes de oro que un dentista babilónico, su amante número trescientos, le había dejado cuando se separaron. Le dio una palmada al muchacho en la cabeza.

—La cabeza no es tan grande como pensaba —rió cuando la masa de pelo se hundió bajo sus dedos—. Hay suficiente lugar para los sesos. —Me miró y parpadeó—. Aunque hay algunas cosas que yo podría enseñarle ¿no, Eunostos?

Ícaro estaba fascinado. La generosidad de sus pechos, como riscos amenazantes, le habían magnetizado la mirada; parecía esperar un deslizamiento de tierras.

—Soy buen alumno —sonrió abiertamente.

Luego ella se volvió hacia mí.

—Eunostos ¿has engordado?

—Seguro que no —dije. En realidad, había perdido tres kilos desde la llegada de Thea.

—Entonces ¿por qué ocultas tu vientre en esa... túnica, o como se llame?

—Lavanda —rió por lo bajo Moschus—. Bordada (¡eheeh!).

—Es un regalo —dijo Thea—. Mío.

—Debe ser una de las modas de la ciudad, supongo —dijo Zoe—. Es bueno estar al día con las modas. Pero, Eunostos, extraño ese pecho varonil.

Pero Zoe y Moschus no fueron nuestros únicos huéspedes. Una figura diminuta, que no se destacaba más que una sombra, se agazapaba al pie de la escalera. Reconocí a Pandia, una de los osos de Artemisa.

—Nos encontramos en el bosque y quiso acompañarnos —se disculpó Zoe—. Dado que no bebe, difícilmente notes que está aquí.

Pandia tenía un poco más de un metro de alto. Su pelo era corto; en realidad, era

más bien pelambre, pero parecía una gorra de terciopelo. Llevaba una vincha de rosa mosqueta, un collar de bellotas verdes, una túnica de plumas de pájaro carpintero ajustada a la cintura por un cinturón de piel de conejo, y un par de sandalias de piel de cabra hecho por mí mismo. La punta de su cola sobresalía por un pequeño agujero en la parte trasera de su túnica. Antes de la llegada de los Hombres se decía que la diosa Artemisa había visitado Creta y le había entregado su amor a un oso. Así como la prole de Pan son los panisci, pequeños y con pezuñas, la prole de Artemisa son los osos con cola en forma de rabo, y ambas tribus, que mantienen cuerpos infantiles a lo largo de sus prolongadas vidas, se relacionan y reproducen desde los catorce años. Sin embargo, Pandia no tenía más que diez.

—¿Te importa? —preguntó con su voz pequeña pero grave—. Escuché sobre la fiesta de uno de tus obreros y vine a ver. Yo no tomo, ya sabes.

—Ella vino para hacerme compañía —dijo Ícaro, aunque él mismo había tenido intención de beber—. Nos hemos conocido a la distancia. El día que Thea y yo nos estrellamos con el planeador. —Podría haber pensado que un muchacho de quince años desdeñaría la compañía de una niña, pero Ícaro nunca parecía notar la diferencia de edad. Tenía un talento notable para hacer que alguien joven se sintiera maduro y joven alguien anciano. Anticipándose a Zoe y sus monumentales riscos, arrastró a Pandia a un banco con cojines rellenos de moho.

—Aquí podremos observar sin que nos pisen —dijo.

—Cuando los vi estrellarse —estaba diciendo Pandia— ¡pensé que iba a encontrar los cuerpos y que tendría que espantar a los cuervos! Entonces llegaron los soldados y los llevaron a la rastra hasta su campamento.

La conversación había muerto entre mis otros huéspedes; en realidad, ni siquiera había sobrevivido al primer intercambio de formalidades. La exuberancia de Zoe se había desvanecido en una triste sonrisa, y Moschus, que había interpretado mal la ayuda de Thea para bajar la escalera, había fijado en la muchacha una mirada silenciosa y lujuriosa.

—Es tiempo de beber —convoqué como un experimentado anfitrión, y señalé hacia un gran pellejo cubierto de brea lleno de cerveza, con una pezuña como pico. Tendí a Zoe una taza y alcé el pellejo.

—Sabes que no necesito una taza —dijo, y lo tomó de mis manos. Inclinando la cabeza, ubicó el pico en su boca y amenazó con vaciar el contenido con un resonante gorgoteo. Un fino hilo de cerveza serpenteó por su cuello y se desvaneció entre sus pechos como un arroyo entre dos montañas.

—Vamos, deja a Moschus un trago —dije por fin—. Parece sediento.

Intercalando sus tragos con ‘eheeh’ agradecidos, Moschus bebió hasta sentirse satisfecho y devolvió el pellejo.

—¿Thea? —pregunté.

—¿Por qué no? —Cuidadosamente limpió el pico con un pañuelo de lino y vertió una modesta cantidad en una taza. Tan delicadamente como un pájaro bebiendo rocío

de una hoja, tomó el líquido.

—Sabe como un buen añejo —dijo, resistiéndose a un gesto irónico.

—¿Añejo? —sonrió Moschus—. Esto es cerveza, querida, y es fresca desde la tinaja.

Para disimular la perturbación de Thea, tomé el pellejo y elevé el pico hasta mis labios.

—Moschus, comienza con la música —vociferé entre tragos. Extrajo una flauta de su única pieza de ropa, una faja de piel de zorro, y comenzó a tocar. La flauta era un tosco cilindro de caparazón de tortuga, pero la música de Moschus era salvaje, dulce y elocuente, con muchas voces: el lento gemido crujiente de las palmeras en manos del viento; el romper de las olas que amaina hasta un largo siseo apagado; el ulular de un búho; el chillido de un lobo de caza. Zoe le hizo un gesto de invitación a Ícaro.

—Ve —dijo Pandia—. Yo no bailo.

Ícaro se acomodó en los brazos de Zoe, ella condujo al muchacho en una sinuosa ondulación que alteraba con saltos en el aire y gritos guturales de ¡Evoe! ¡Evoe!

—¡El Baile del Pitón! —aulló él al reconocerlo—. Pero no tenemos una serpiente. —Se soltó y echó al suelo, arrastrándose, mientras Zoe, murmurando sobre los caprichos de la juventud, partió en busca de un compañero nuevo. Yo estaba listo para ofrecermelo cuando Ícaro regresó con Pérdix—. ¡Nuestra pitón!

—¡Sopla esa flauta! —gritó Zoe y tiró su cabeza hacia atrás hasta que los mechones de pelo verde con reflejos grises se balancearon como en una gorgona. Ella tenía trescientos sesenta y nueve años (un amante por año, reclamaba), y como a su árbol, parecía como si muchos pájaros carpinteros hubieran moteado su piel y que muchas tormentas hubiesen curtido su aspecto; pero la belleza no la había abandonado, la belleza plenamente marrón de una madre tierra cuyo amplio regazo puede recibir la cabeza de un amante y cuyos pechos opulentos pueden amamantar a una veintena de niños. Ella estimulaba mi sangre como un pellejo de cerveza.

—Mi turno —reclamé.

Unos dedos me frenaron, tomándome del cinturón.

—El mío —dijo Thea.

—Ni lo pienses —protesté, avanzando hacia Zoe.

—No en mi baile. —Sus dedos se hicieron irresistibles—. Lo llamamos el Paso de las Grullas.

Entrelazamos las manos y me condujo a través de pasos majestuosos y serpenteantes como los de las vírgenes jóvenes cuando bailan junto al río Kairatos, aunque la música parecía más apropiada para las sacerdotisas obnubiladas por el opio de la Gran Madre, cuando se rinden al éxtasis, se retuercen sobre el suelo y desgarran la corteza de un árbol con sus dientes salvajes.

—Tus amigos son muy... —hizo una pausa para elegir una palabra— exuberantes. Temo que aburrieron a mi hermano.

—Parece estar arreglándoselas por su cuenta —observé mientras el muchacho y su pareja, cuyo generoso cuerpo se movía aparentemente ingrátido, imitaban serpientes sobre el suelo y pájaros en el aire, saltando con gritos exaltados de ‘¡Evoe! ¡Evoe!’.

—Eunostos —dijo ella— ¿te gusta mi baile?

—Bueno, tiene dignidad.

—Sí, pero a veces a ustedes los hombres parece gustarles algo más animal. —Cierta melancolía suavizó su voz. Parecía todavía menor que dieciséis años, una muchacha muy joven cuyo conocimiento de los hombres estaba limitado a un padre, un hermano y unos pocos criados en el palacio. Intensifiqué mi apretón sobre su mano.

—Creo —dijo con tristeza—, que a la mayoría de los hombres les gusta la inocencia porque los desafía para convertirla en experiencia.

—La inocencia física, sí —dije—. Eso es lo que nos gusta cambiar... al fin y al cabo es solamente ignorancia. Pero la inocencia del corazón... es tan rara como las perlas negras de la tierra de los Hombres Amarillos, y ninguna Bestia con honor puede desear amenazarla, sería como dejar caer una perla en una copa de vino y observarla mientras se disuelve.

—Pero el cuerpo encierra al corazón. Cuando el cuerpo cae ¿qué dignidad le puede quedar al corazón?

—Ninguna cuando el cuerpo cae; pero cuando es entregado, como una ciudad orgullosa a un rey noble, entonces enriquece... enriquece el corazón.

Contra el fondo enfebrecido de la flauta, nuestras palabras dichas a los gritos parecían extrañamente impersonales, extrañamente divorciadas de la muchacha y la Bestia que las pronunciaban. Cuando concluyó la música, nuestras palabras vacilaron ante el inmenso silencio.

—Esto es todo —dijo Moschus, limpiándose los labios y regresando la flauta a su banda de piel de zorro—. El músico reclama un trago. —Pero se dirigió a Thea con una sed que no era de cerveza.

Ella liberó su mano y se apresuró a subir las escaleras hacia el jardín y el horno.

Moschus la siguió con una mirada feroz.

—Una potranca salvaje ¿eh, Eunostos?

Thea regresó con un variado aviaro de pasteles con forma de búhos, pájaros carpinteros, golondrinas, águilas y perdices, cuyos aromas picantes subían en espiral desde el plato y excitaban nuestras narices. Ella estaba apropiadamente orgullosa de su habilidad culinaria.

—Para mí no, dulce —dijo Zoe, haciendo un gesto hacia la cerveza—. No como mientras estoy bebiendo. Echa a perder el sacudón.

—Lo mismo digo —dijo Moschus, deslizándose al lado de Zoe.

La sonrisa de Thea se desvaneció. Su única contribución a la fiesta era ignorada.

—¿Pandia? —preguntó dubitativamente. Pandia pegó un salto hasta sus pies y se

concentró en los pájaros, metiéndoselos en la boca tan rápidamente que parecían revolotear sobre el plato.

—Ves por qué no bebo —dijo mientras lamía las últimas migajas de sus manos regordetes (¿debería decir zarpas?)—. Hubiera empapado la comida.

Entonces se comenzó a beber en serio. Tuve que volver a llenar el pellejo seis veces, mientras Thea me seguía, fregando la cerveza que se derramaba sobre el piso. Moschus la contemplaba y rumiaba sobre lo que decía era la falta de aprecio de la juventud por los seres maduros en años.

—Me trata como a una carreta vieja —murmuró. La cabeza de Ícaro descansaba sobre el regazo de Zoe; con una mano, vertía cerveza por la garganta de él desde una vasija con la forma de un toro, con la otra acariciaba sus orejas en punta.

—Mi pequeña Bestia astuta —dijo ella con un susurro ronco—. ¿Por qué te tomó tanto tiempo regresar al bosque?

Entre los tragos, Ícaro alzó la cabeza y atrapó la mirada de Pandia.

—¿Todo está bien, Pandy? —preguntó.

Pandia asintió con vehemencia. Tenía el aspecto de un niño que había pescado a sus padres bebiendo, pero no había desaprobación en sus ojos anchos y vigilantes; había expectativa ante mayores excesos.

Como un anfitrión cada vez más nervioso, alternaba entre tragos de cerveza y miradas ansiosas a Thea, cuya expresión era lo suficientemente grave como para preocupar a una gorgona. De pronto me sentí desafiante. Eran mi casa y mis amigos, y ella no tenía derecho a cometer el error de tomar nuestra travesura como comportamiento inadecuado. Unas payasadas por parte de Moschus; Zoe expansivamente maternal pero nunca lasciva; Ícaro disfrutando por sí mismo y Pandia haciéndolo del panorama. ¿Qué había de malo en todo eso? Me senté en la alfombra junto a Zoe y pasé un brazo en torno a las colinas de sus hombros. Sin desplazar a Ícaro, me tomó con el brazo que había estado acariciando sus orejas.

—Thea —grité—. ¡Tráenos algo más de cerveza! Tus huéspedes están sedientos.

Un frío hilo de cerveza serpenteaba desde mi boca.

—Estás borracho —dijo bruscamente Thea—, e Ícaro también —y volviéndose hacia Zoe—: ¡Tú tienes la culpa!

—Querida —la voz de Zoe sonaba relajada—, tu hermano tiene quince años y es tiempo de que aprenda a aguantar el alcohol. En cuanto a Eunostos, todavía ni siquiera comenzó a beber. ¡Tendrías que verlo después de otro pellejo! —Suspiró profundamente—. De todos modos, creo que es tiempo de partir. Hay un largo camino hasta mi árbol, y hay éstriges por la noche, por no decir nada de las trías ladronas. —Sin apuro, con los movimientos lentos pero deliberados de una madre que pone a su bebé en una cuna, apartó la cabeza de Ícaro de su regazo y la dispuso sobre un cojín.

Él levantó la mirada hacia ella con somnolienta decepción.

—Tu regazo era más suave.

Zoe le guiñó un ojo:

—Muchacho, cuando quieras un regazo en lugar de un cojín, ven a mi árbol. Es un roble real. ¡Eunostos conoce el camino!

Los vi subir las escaleras y cruzar el jardín. La dorada palma de la fuente se balanceaba a la luz de la luna; la sombrilla permanecía en pie como el pabellón de seda de un rey oriental; e incluso el acogedor horno parecía oscuro y misterioso, preparado para inciensos en lugar de pan. Pero los tallos sin flores de mis amapolas me pusieron triste, a pesar de la luna y su espuma blanca y ennoblecedora.

—Zoe —dije—. Moschus. Tienen que disculparla. No está acostumbrada a nuestros comportamientos.

—¿Crees que es eso? —sonrió Zoe—. ¿Inexperiencia, inocencia, ese tipo de cosas? Yo habría dicho que estaba celosa.

—¿De Ícaro?

—De ti.

CAPÍTULO V

KORA

Me despertó el canto. La cantante era Thea en el jardín, y su canción era sobre una mariposa tigre.

*Su corazón está manchado, como sus alas:
El amarillo diurno se derrama con la noche.
La parte del tigre ama el atardecer.
La parte de la mariposa, la luz de las velas.*

Me saqué de encima un montón de pieles de lobo, bostecé fuertemente y subí por las escaleras para investigar el origen de su buen humor.

Estaba en el jardín arrancando mis últimas zanahorias de sus nichos en la tierra. Hice un gesto de dolor. Por supuesto que fueron cultivadas para servir en una comida, pero después de la decapitación de mis amapolas, me ofendía cualquier disminución en mi ya reducido huerto. Los monos azules estaban alineados en los muros contemplándola, y uno de los más audaces hacía muecas en el suelo para recibir una zanahoria. Miré con ferocidad su descaro pero sólo sirvió para aumentar su apetito.

Ella se puso de pie y sonrió.

—Nos vamos a pasar un día en el campo. Estoy preparando nuestro almuerzo justo ahora.

—¿Qué debería llevar puesto? —pregunté. No había tenido tiempo de vestirme.

—Estás perfectamente vestido así —dijo ella—. Los días de campo son algo informal.

Con una comida de huevos hervidos de pájaro carpintero, castañas asadas, queso de leche de loba, zanahorias crudas (las últimas de su tipo) y pasteles de miel, junto a una vasija de vino envuelta en mimbre, nos dirigimos hacia el Campo de las Piedras Preciosas. Ícaro todavía estaba somnoliento cuando dejamos la casa. Lo había cargado subiendo las escaleras y lo mantuve bajo la fuente, pero el agua cálida apenas lo había despertado lo suficiente como para mover los pies en una suerte de arrastrar aletargado. Thea y yo conversamos abiertamente y en cuanto nuestra charla giró hacia esas ladronas incorregibles, las trías, él comenzó a escuchar.

—Sus mujeres son muy hermosas —dije—, si no te molestan los ojos dorados y las alas dilatadas. Pero nunca te enamores de una.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Porque —comencé, pero entonces llegamos al Campo de las Piedras Preciosas, y dejé la pregunta sin respuesta. Imaginen un prado arado por los caballos de Titán, con surcos como las depresiones entre las olas en una tempestad y rocas enormes dispuestas como barcos en sus crestas. En realidad, un terremoto había devastado el

terreno, no fueron gigantes, y la vegetación —hierba, matorrales de rosa mosqueta y amapolas escarlatas— había aliviado el suelo herido sin llegar a curarlo; se había adherido a las curvas, a las elevaciones abruptas, a los filosos pináculos con una tenacidad verde y salvaje. Thea admiró las amapolas —recogió una— pero se estremeció ante la brutalidad del paisaje.

—La tierra parece enojada —dijo ella—. No es el trabajo artesanal de la Gran Madre, sino el de uno de los dioses del norte, tal vez Plutón. Podría ser su mismo terreno de juegos.

—Pero es privado —dije—. Y seguro. Los surcos nos ocultan de la vista. A los panisci, ya sabes, les encanta interrumpir a los que pasan un día de campo. Uno llama tu atención con sus bufonadas caprinas y sus compañeros se llevan el almuerzo. —Aparté un pedrusco del asiento de ella—. Calcedonia. La llevaré a casa con nosotros, y mis obreros te harán un collar. Puedes encontrar lo que quieras aquí: carnelian, ágata, jaspe.

En cuanto dejé nuestra cesta sobre un montón de hierba un pequeño sombrero de fieltro comenzó a balancearse sobre la altitud más cercana. No, era el pelo de Pandia.

—Olí los pasteles —dijo—. Huelen como más de lo que pueden comer.

—Ven y únete —dijo Ícaro, noble pero a regañadientes, pues en realidad los pasteles eran menos de los que podíamos comer. Thea todavía no conocía la magnitud del apetito de un minotauro.

—Demasiados te caerán mal —explicó Pandia—. Una de mis conocidas, afortunadamente no una amiga, se atiborró y se puso tan dulce que un oso hambriento salió de los árboles y se la comió. Se comió a su propia prima. No dejó ni una migaja. —Como siempre antes de una comida, parecía impecable. Había cepillado su cola, limpiado sus sandalias de piel de cabra y atado su cinturón de piel de conejo en un nudo cuyos extremos eran casi iguales.

—Pensé un poema sobre osos —dije—. Es así:

*Los osos como bayas
Rojas y azules.
La trucha pinta,
Y el bagre también.
Lo mejor de todo,
¡Los osos como bocadillo
Llevados de contrabando
En las cestas del día de campo!*

“Y aquí tienen uno sobre ese oso espantoso que se comió a tu conocida:

*El más marrón, el más ancho,
El más enojado, el más peludo...
De todos los osos,
Él es el más oso.*

—Me gustan tus poemas, Eunostos —dijo Pandia—. Son casi tan encantadores como tu rabo, que es muy esbelto y elegante. Pero todo este tema de comer me ha

puesto demasiado hambrienta como para apreciar otro recitado.

Ícaro le ofreció nuestra provisión completa de pasteles de miel, envueltos en un pañuelo de lino.

—No hay osos en las cercanías —dijo él.

Pandia se comió la mayoría de los pasteles entre dos alientos y envolvió los restantes en su túnica.

—¿Juntaremos piedras? —preguntó Ícaro—. Los telquines las pulirán para nosotros. Podemos usar nuestra cesta.

—Me gustaría un amuleto para ahuyentar a las éstriges —admitió ella, y lo siguió a él hasta la cresta, recogiendo un fragmento de pastel de su túnica.

Mientras tanto, Thea mordisqueaba una zanahoria tan meticulosamente que se las arregló para no hacer ni un crujido. Un viento persistente apartaba el pelo de sus orejas y la mano que no estaba ocupada con la zanahoria reemplazaba el pelo.

—Thea —dije—, pareces un conejo desconfiado.

Ella sonrió y contrajo la nariz.

—Pero no tengo bigotes.

Entonces ya no fue un conejo sino una mujer, tan suave su pelo, tan delicada su mano, que quise llorar y ser consolado en su pecho como un niño triste.

—Thea —susurré.

—Sí, Eunostos.

—Thea, yo...

—¿Quieres una zanahoria?

—No.

—¿Cómo hiciste para que sean tan frescas y amarillas?

—Abono —dije—. Principalmente cabezas de pescado. —En ese momento, un dios o un demonio me poseyó, como el repentino rubor provocado por el calor del sol que resplandece a través de las nubes en un día frío. Tomé la zanahoria de los dedos de Thea y luego la abracé. Para mí, la acción me pareció tan natural como tomar una ducha en el reguero caliente de mi fuente o arrodillarme en el jardín para evaluar el capullo de una amapola. Pero poseído como estaba por el dios (o el demonio), olvidé mi fuerza. Tal vez fui rudo; por cierto fui brusco. Yacía en mis brazos como un cervatillo atravesado por una flecha. Le he roto la espalda, pensé. Aplasté su fragilidad con mi deseo embrutecido, como si hubiera tomado un huevo de golondrina en mi palma y luego cerrara los dedos.

—Thea —gemí, aflojando mi abrazo pero sosteniendo aún su cuerpo—. ¿Estás...

Con una dignidad nada apresurada, se deshizo de mis brazos.

—Eunostos, estoy avergonzada de ti. Actúas como Moschus.

Es preferible ser insultado, estrellarse contra un cerco, que te abofeteen, a ser regañado como un niño travieso o un centauro pícaro. ¡Como Moschus!

Solté abruptamente:

—Él besa a cualquiera que encuentre a la primera oportunidad. Tú has

compartido mi casa durante un mes, y jamás te he tocado hasta hoy. Pero no soy un eunuco.

—Te veo como a un hermano. Ya te lo he dicho.

—Pero no quiero ser tu hermano. No me siento fraternal en lo más mínimo. Además, ya tienes a Ícaro. Quiero ser...

—¿Mi padre? Es verdad que eres diez años mayor...

—No, eso es peor. Tampoco me gustaría ser tu padre.

—¿No te gusta él? Porque nunca lo has conocido. ¡Es un hombre majestuoso!

—Lo conozco —dije—. No iba a contártelo, pero lo conocí antes de que tú nacieras.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿En el bosque?

—Y conocí a tu madre, la dríada.

—No creo que desee escuchar de ella.

—No puedo hablarte de tu padre sin mencionar a tu madre. —Llamé en voz alta —: ¡Ícaro, Pandia!

Se apresuraron a regresar desde la cresta de la colina con las manos sucias y una cesta llena de piedras entre ellos.

—¿Son los osos? —susurró Pandia con ojos aterrorizados—. ¿Nos van a comer?

—No son los osos —dije—. Les quiero mostrar algo.

A una milla del Campo de las Piedras, en un pequeño claro, verde de musgos y helechos, les mostré un tocón ennegrecido por el fuego que una vez había sido un roble real. A través de las paredes quemadas, se podía ver el inicio de una escalera en ruinas, girando en espiral en torno al tronco y terminando abruptamente en el aire.

—El árbol de su madre —dije—. Y les contaré sobre Éaco, su padre...

Yo tenía nueve años cuando él llegó al bosque. Mi padre había construido una casa de cañas en una arboleda de tamariscos, y después de que mi madre fuera muerta por un relámpago, vivimos solos entre los árboles correosos que impiden la llegada de la luz del sol y nos encerrábamos junto a las sombras de nuestra pérdida. Excepto a la noche cuando necesitaba un lugar para dormir, me mantenía lejos de la casa, prefiriendo vagar por el bosque donde había juntado castañas con mi madre y le había escuchado contar historias sobre la llegada de nuestro pueblo desde las Islas Afortunadas. Fue en el bosque que conoció a Éaco: daga en mano, sangre en su rostro sin barba, los ojos vacíos como los de las víctimas de las éstriges. Supe más tarde que se había internado en las montañas persiguiendo piratas aqueos. Él y sus hombres los habían encontrado y matado más allá del bosque, pero sólo Éaco había sobrevivido a la escaramuza. Herido y delirando, había deambulado por el bosque, pero las fuerzas lo habían abandonado y había caído de rodillas como un asesino ante un juez, dejando caer su daga, parpadeando sin conciencia.

Me arrastré fuera de la maleza.

—¿Puedo ayudarle, señor? —pregunté desde una distancia segura porque él era un Hombre y por eso peligroso.

—No puede hablar. —Había aparecido una dríada alta; estaba de pie junto a mí.

—¡Tu ropa es la luz del sol! —grité.

—Girasoles —sonrió—. Cada mañana los tejo de nuevo, dado que los pétalos aguantan sólo durante un día. Los amo.

—Y tu cabello es una catarata verde. Canta alrededor de tus hombros.

—Tal vez —dijo—, ha aprendido la canción de los árboles en los cuales vivo. Escuchando a los pájaros carpintero anidando en las ramas, y a los pájaros más pequeños, o a las hojas mecidas por el viento. Pero ahora tenemos que ayudar a nuestro amigo.

—Es un Hombre —susurré. No pareció comprender el peligro.

—Y por eso debemos ser más compasivos.

El cabello de él, largo y dispuesto como una cola, era un milagro de oscuridad, y su cara era tan blanca y suave como el alabastro en el cual tallaban los troncos de sus reyes los cretenses: parecía un rostro que el dios artesano, Efesto, podría tallar en su taller subterráneo, sin defectos pese al esfuerzo, intacto ante el paso del tiempo.

Cada uno tomó un brazo y lo sostuvo mientras lo llevábamos hasta el árbol de ella. No me invitó a pasar al tronco. Sonrió cuando vio mi decepción; yo había escuchado sobre maravillas en el árbol de las dríadas: las escaleras sinuosas cortadas en el tronco, las puertas secretas que se abrían a habitaciones donde arañas silenciosas tejían a la luz de luciérnagas, las plataformas entre las ramas, donde las dríadas peinaban sus largos cabellos con los dedos suaves del sol.

—No debes entrar, Muchacho Toro. Voy a traer dolor a mi árbol, y tú ya tienes suficiente con el tuyo.

—¿Él te lastimará?

—Tal vez.

—¿Por qué le das refugio entonces?

—He vivido demasiado a la luz del sol.

Ningún Hombre puede entrar al bosque sin alertar a las Bestias. Todos nosotros, incluso las trías de dedos ligeros y los descuidados panisci, tenemos nuestros turnos para patrullar el angosto acceso al mundo de los Hombres. En todas las demás partes los riscos se convierten en paredes infranqueables (salvo por mi cueva, la que nadie se atreve a invadir). Cuando Éaco entró al bosque, yo no fui el primero en verlo. Incluso mientras Kora lo ayudaba en su casa, el caparazón de una caracola retumbó para advertir a todas las Bestias, y al día siguiente Chiron, el rey de los centauros, llegó a su árbol para preguntarle por el extranjero.

—Voy a llevar su hijo —dijo ella.

Chiron se quedó aturdido. ¡Un padre humano y una madre bestia! ¿El hijo sería un Hombre o una Bestia? Sacudiendo su crin, abandonó a esta insensata para que

penara por su propia elección.

Yo tenía diez años cuando nació Thea, once cuando Ícaro le siguió dentro del árbol y ella rió con su primer aliento. En las ramas más altas, una plataforma rodeaba al tronco, con un banco y una baranda de bambú. Yo solía quedarme en el suelo y esperar hasta que Kora aparecía con los bebés.

—Eunostos —llamó una mañana—. Ven a visitarme.

—¿A través de la puerta? —pregunté, esperando al menos tener un atisbo del interior.

—Sube por la escala exterior.

Vi con sorpresa que su pelo parecía tan marchito como helechos secos, y su túnica estaba tejida de hojas marrones en lugar de pétalos de girasol. Ella puso a Thea en mis brazos.

—¿Es frágil? —pregunté dubitativo.

—No a menos que la dejes caer del árbol —rió.

Al principio Thea lloraba.

—Espero que sea mi pelo —dije—. El color la asusta.

—No —dijo ella—. Es el bosque. Ella siempre llora cuando la bajo de la plataforma.

Tomé su pequeña mano y puse sus dedos sobre uno de mis cuernos.

—Ves —dije—. No te va a lastimar. Es como una zanahoria.

Se quedó dormida en mis brazos.

—Quiero tener a Ícaro también —dije—. Un bebé en cada brazo. Mantendrán así el equilibrio. —Él era el bebé más gordo que había visto. Cuando nadie lo sostenía, descansaba en la cuna que había ahuecado su madre para él con el caparazón de una tortuga, y lo arrullaba un pájaro carpintero amigo o el aire vacío. Me hizo pensar en un pichón que se atiborró de gusanos y engordó tanto que no quería volar sino quedarse en el nido y esperar el siguiente gusano.

Sin decírselo a su madre, yo adoraba a ambos: a Thea porque era triste, a Ícaro porque era regordete y alegre. A veces Kora me los dejaba cuidar cuando seguía a Éaco al bosque (tenía que romper su corazón verlo caminar por el límite de los árboles y mirar atentamente y con nostalgia las granjas que estaban más allá del prado). Yo los alimentaba con néctar que exprimía de las flores de madreselva y les contaba historias en las cuales los rescataba de osos malvados y lobos babeantes. Parecían prestar atención, los dos, y nunca se dormían hasta que hubiese concluido mi historia, aunque pocas de mis palabras fueran inteligibles para oídos tan jóvenes.

Poco después del primer cumpleaños de Ícaro, subí a la terraza y descubrí a Kora llorando. Desde la muerte de mi madre había visto llorar a mi padre y sabía que las lágrimas adultas eran más húmedas, más saladas y mucho, mucho más tristes que las de un niño como yo. Comencé a descender por la escala.

—Quédate, Eunostos —dijo ella—. Será tu última oportunidad de ver a los niños.

Me balanceé torpemente en el tercer peldaño desde arriba y apoyé mi mejilla

sobre la terraza.

—¿No me invitarás otra vez?

—Se van.

—¿Cómo podrás ir con ellos? —Sabía que ninguna dríada podía dejar su árbol más que unos pocos días. Sus paredes de madera la sustentan como el agua salada sustenta a un delfín.

—Su padre se los lleva a Cnosos sin mí.

—¡A las ciudades de los Hombres! —aullé consternado. Recuerden que los niños de las Bestias temían a los Hombres tanto como los niños humanos temían a las Bestias. Me imaginé a los bebés siendo asados en una lanza afilada y servidos en banquetes, o colgados en gigantescos anzuelos para hacer de carnada para tiburones.

—Su padre los protegerá —dijo ella—. Pero nos extrañarán ¿no es cierto, mi torito?

—¿Pueden vivir lejos del árbol?

—Éaco piensa que sí. Dice que no son dependientes del árbol como lo soy yo. Ése es el motivo por el cual los quiere llevar ahora, antes de que lo sean. —Me atrajo hacia sus brazos como si fuera uno de sus propios hijos.

—No estés triste —dije, aunque la novedad era lo peor que había escuchado desde la muerte de mi madre. Descansé mis cuernos contra el perfume a hojas frescas de su pecho.

Ninguno de los dos escuchó a Éaco subir la escala. No estaba enfadado; no tenía razón para estarlo. Pero parecía un faraón de mirada fija esculpido en piedra. Me apartó de los brazos de Kora y me puso junto a la escala. Sus dedos eran muy duros, casi como coral, pero no me lastimó. Cuando comencé a bajar la escala, grité:

—¡No tendrías que llevártelos lejos de su madre!

A lo largo de seis mañanas fui al árbol de Kora, apoyaba una oreja junto al tronco y escuchaba el llanto de Thea resonando a través de la corteza. Pero nadie apareció en la plataforma para pedirme que subiera la escala, y cuando llamé a la puerta la séptima mañana, apareció Éaco y me cerró la puerta en la cara.

Al día siguiente lo encontré en el bosque. ¿Han visto las alforjas gemelas colgando de la espalda de un burro? Son cestas para llevar al mercado los vegetales cosechados en casa o recogidos en los bosques. Había adaptado las alforjas para sus niños y puso tanto a Thea como a Ícaro sobre su espalda. A pesar de los parrales que se apretaban sobre su cabeza, Thea se sostenía y sonreía, pero Ícaro estaba llorando casi por primera vez.

Me moví entre los árboles como Pan, el dios cabrío, cuando asustaba a los viajeros.

—¿Dónde te llevas a mis bebés? —reclamé en lo que esperaba fuera un bramido ensordecedor. Pero en esa época yo era pequeño, vivía de raíces y bayas salvo en las raras ocasiones en las cuales mi padre se acordaba de cazar. Sin dudas, mi rugido pareció más bien un chillido. Éaco me miró vagamente y continuó su camino como si

yo no importara más que una seta venenosa. Bajé mi cabeza y arremetí con mis cuernos, esperando poder atrapar a los bebés si amenazaban con caerse. Se tambaleó pero mantuvo el equilibrio y no se cayeron. Volviéndose, aferró mis cuernos y me arrojó volando sobre la maleza. La caída me dejó aturdido.

En cuestión de segundos, o de minutos, no estoy seguro, abrí mis ojos ante caderas peludas y pezuñas partidas. Un paniscus, aparentemente de doce años pero probablemente de más de un centenar, estaba mojando mi cara con leche de un coco abierto. Olvidé agradecerle, pero me puse de pie de un salto y busqué frenéticamente señales de Éaco y los niños.

—¿Lo ves? —grité—. ¿Al Hombre de las Ciudades?

—Sólo ardillas —dijo enfurruñado, herido sin duda porque no le había agradecido el que me despertara sacrificando la leche de su coco.

Corrí hacia el árbol de Kora para ver si ella sabía que Éaco se había llevado a los niños. Tal vez, pensé, ella me acepte en lugar de ellos, y entonces me sentí terriblemente avergonzado de tener un deseo así en ese momento.

Una veintena de Bestias estaba rodeando el árbol: dríadas muy alteradas, entre ellas Zoe; Moschus y otros dos centauros; panisci y osos de Artemisa; e incluso alguna tría que se sentía atraída por una desgracia tan de buena gana como si fuera miel. El árbol era una columna de fuego. Las ramas se quebraban y caían en un enjambre de chispas, como abejas incandescentes; los observadores cubrían sus cabezas con los brazos alzados y se apartaban de la agitación amarilla y amenazante. La plataforma se había marchitado como un insecto muerto y comenzaba a desprenderse del tronco. Sin embargo, las ramas vigorosas todavía luchaban valientemente para retener su verdor contra el fuego usurpador, porque el árbol era joven para la vida del bosque y tres veces habían brotado hojas de las ramas ennegrecidas por el relámpago.

—Tenemos que salvarla —grité, corriendo hacia la escala.

Zoe me detuvo.

—Fue ella quien prendió el fuego. Debemos dejarla con su dignidad.

—¡Pero él se está yendo con sus niños!

—Déjalo ir. Nunca fue una Bestia.

—Pero los bebés son mitad Bestias.

—Tal vez regresen cuando aprendan a reconocerse.

Ícaro me abrazó cuando concluí la historia.

—¡Eunostos, regresamos! Tienes a tus bebés otra vez.

—Sí —dije—, y esta vez quiero retenerlos. —Miré a Thea y esperé la inevitable reprimenda. Seguro que ella iba a ponerse del lado de su padre, y yo ya estaba molesto con ella, recordando cómo se había reído mientras aquel odioso Hombre la llevaba lejos del bosque.

Al final dijo:

—No puedes culparlo por irse cuando lo hizo. Sólo estaba pensando en nosotros.

Ícaro se volvió hacia ella enfadado:

—Pero dejó a nuestra madre.

—Ella siempre supo que tendría que dejarla —dijo Thea. Pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, y no, supuse, por su padre.

—Thea —dije—. Yo no...

Pandia apretó mi mano.

—Hay alguien observándonos.

—¿Un oso? —sonreí.

—¿Los osos llevan cascos?

EL AMOR DE UNA REINA ES LA MUERTE

La muerte que llega al final de una larga vida, en una cama cálida rodeado de niños cariñosos, es una liberación y no un viaje a la oscuridad; no debe ser temida. Pero una muerte lenta, una agonía prolongada en la plenitud de la juventud es espantosa para los hombres y temida incluso por los dioses. Una muerte semejante era la que enfrentaba el bosque, aunque su auténtico lapso vital era el de un millar de inviernos de tristeza y un millar de primaveras de violetas y rosas renacidas.

Nadie lo sabía en ese momento; nadie sabía que la agonía comenzó cuando Pandia vio el casco. ¿Cómo podría haber ingresado en el bosque el guerrero sin ser visto por los guardias? No había sonado ninguna caracola para alertar a las Bestias. Tal vez, sugirió Thea, Pandia había atisbado a un paniscus espiando y había confundido sus cuernos con los colmillos de jabalí de un casco. Sin embargo, la simple posibilidad de una infiltración aquea nos quitó el apetito por el resto de nuestro día de campo. Regresamos al Campo de las Piedras Preciosas para recuperar nuestra cesta, luego caminamos de regreso a la casa en un silencio pensativo.

La mañana siguiente fue casi posible olvidar las revelaciones y alarmas del día anterior. Mientras desayunábamos con pan, queso y vainas de algarrobo, Thea no hizo ninguna referencia a mi abrazo inesperado o a mi historia sobre sus padres. Me dio de comer algunas vainas que eligió de su propio plato y luego se retiró a la tienda para observar a los telquines mientras cortaban unos intaglios; yo permanecí en el jardín, preguntándome qué debería plantar en el sitio de mis zanahorias. Tal vez una hilera de zapallos, tan grandes y amistosos como los cerdos domésticos de los centauros. El día era agradable; un mono azul estaba sentado en la pared esperando que Thea le diera zanahorias. Tendría una larga espera.

Ícaro salió de las escaleras. Estaba despeinado tras dormir; su cabello era muy largo y parecía un nido en el cual estuvieron jugando unos ratones. Todavía no se había puesto el taparrabos.

—Eunostos —dijo—. Quiero hablar contigo. —Los quince años saltaban a la vista en su rostro, pero el peso de una vida le daba otra dimensión a su voz.

—¿Extraviaste a Pérdix, no? —dije, tratando de aliviar su muy evidente agobio. El día anterior al paseo por el campo, había anunciado repentinamente que había liberado a Pérdix: lo dejó junto a un algarrobo en el bosque. “Para que encuentre una pareja” fue su única explicación.

—No —dijo—. Pérdix era la mascota de un niño. Ahora soy un hombre. —Usó la palabra en el sentido de un adulto completamente desarrollado y no como parte de la raza humana, como opuesta a las Bestias. Nos sentamos sobre un banco de piedra a la

sombra de la sombrilla; astillas de luz solar pasaban a través de las grietas entre las cañas como flechas y pinchaban nuestras espaldas—. ¿No lo soy ya?

—Un hombre es fuerte —dije—, y la fuerza lo vuelve bondadoso en lugar de tiránico. Un hombre es valeroso, no porque carezca de miedo sino porque lo conquista. Sí, Ícaro, ciertamente eres un hombre, y uno del que estoy orgulloso de poder llamar mi hermano.

—Eso no es suficiente —dijo impaciente—. Incluso si lo fuera en ciertas cosas, algo que dudo, todavía no soy varonil en otras. Con las mujeres. —Su voz se convirtió en un susurro, como si otorgara a las mujeres el poder y el misterio atribuido a ellas en los días de las herramientas de piedra, antes de que se supiera que el marido tanto como la esposa ayudan a engendrar un niño—. Yo soy... inexperto.

Lo estudié con detenimiento y descubrí que su cuerpo se había endurecido desde su llegada al bosque; estaba bronceado y firme, con un bello incipiente en las mejillas, y comprendí el motivo por el cual Zoe lo había contemplado con deseo además de afecto. La virilidad se mezcla con la inocencia y reclama ser despertada para conocer su propio poder.

—¿Y crees que puedo ayudarte?

—Sé que puedes. Zoe y tú solían ser algo más que amigos ¿no es cierto?

Asentí, con una insinuación de satisfacción.

—Y otras mujeres también —continuó—. Debes haber tenido centenares. Eres como a ellas les gusta. ¡Un hombre como un toro!

Casi por sí mismo, mi pecho se expandió hasta sus dimensiones completas, mi cola se movió nerviosa, mis flancos sintieron la urgencia de pavonearse.

—Es cierto que a cierto tipo de mujeres les gusto. Las hedonistas.

—Un tipo admite que le gustas. Pero en secreto, a todas les pasa lo mismo. Mira a Thea.

El tema me intrigó.

—¿Thea, dices?

—No puede sacarte los ojos de encima. Pero, francamente, lo otro, que nada tiene que ver con una hermana, me interesa más. No me siento preparado para un cortejo largo y agotador. No soy tan joven. Ese es el motivo por el cual quiero que me consigas una amiguita.

—¿Una amiguita? —repetí, las posibilidades pasaron como un parpadeo por mi cerebro como una pareja de codornices—. Quieres que llame a Zoe y le pida que te traiga una joven del árbol vecino.

—No me gustan jóvenes —dijo definitivamente—. Lo que quiero es experiencia. Mira... —Hizo una pausa, claramente incómodo—. No tengo mucha práctica. El palacio en Vathypetro limitó mi educación. ¿Qué es lo que se dice en esas ocasiones?

—Cumplidos —dije—. Uno tras otro como perlas en un collar. Darles algo para llevar puesto, una chuchería, una prenda íntima como una faja para el pecho, y luego piensa en cómo les llegan esas cosas. Con mi tienda y mis obreros, eso no será un

problema. Joyas, sandalias, te conseguiré cualquier cosa que les guste.

—Pero no puedes hablar todo el tiempo —dijo oscuramente—. Thea trató de hablar con Ajax cuando éramos cautivos, pero Ajax se cansó de escuchar. La empujó contra la pared y ella tuvo que usar su alfiler. Él no era muy conversador, y yo tampoco lo soy.

—Te sorprenderás al ver cuán naturalmente van llegando el resto de las cosas después del regalo y el cumplido correctos. Así funciona con la mujer apropiada.

—La mujer apropiada. A ella es a la que quiero que me ayudes a encontrar. Y otra cosa. Cuando pienso en el coqueteo, siento... bueno, un fuego que crece en mi cuerpo. Brazos. Pecho. Estómago. Como una lagartija con patas calientes, si sabes a lo que me refiero.

—El problema —dije—, es encontrar a la otra lagartija. Iremos a visitar a Zoe mañana. Le pediremos que...

—¡Eunostos! ¡Ícaro! —llamó Thea desde las escaleras.

—Más tarde —susurré en el tono conspirativo de los hombres que discuten su tema favorito bajo el riesgo cierto de ser descubiertos—. Aquí viene el perro guardián.

—¡Eunostos, mira el intaglio que corté! —dijo ella, haciendo que refleje la luz en el jardín. Ella resplandecía con una túnica color limón que competía con el sol y le daba el aspecto de una joven y ágil cazadora; había atado su pelo en un nudo detrás de su cabeza y dejado sus orejas en punta en provocativa desnudez. Casi esperé ver un arco en su mano y un carcaj a su espalda. Con orgullo ostentaba una enorme ágata que tenía tallada la imagen de un grifo cuya mitad inferior era un león y la cabeza un águila, la Bestia impresionante pero dócil que los primeros cretenses habían tenido como mascota en sus palacios—. ¿Dónde está Ícaro? Quiero mostrárselo a él también.

Ícaro había dejado el jardín.

—No tengo idea —dije, tan convincentemente como puede un mal mentiroso, aunque tenía cierta idea de Ícaro dirigiéndose alegremente hacia determinado árbol y determinada dama. ¡Crío sigiloso! Quería una mujer madura y con experiencia, no a alguna joven vecina. Yo había esperado que Zoe le indicara el camino.

—No debería andar solo por el bosque. Si Pandia vio un guerrero...

—No puedes tenerlo controlado todo el día. No es un sirviente, ya sabes.

—No, supongo que no. Últimamente *parece* inquieto. Probablemente necesite una buena caminata por el bosque para despertar su sangre. Llámame cuando vuelva ¿sí, Eunostos? Voy a regresar a la tienda.

—Thea —la llamé cuando se iba—. Tus orejas...

—¿Sí? —sonrió.

—Son encantadoras.

Ícaro, como explicó más tarde, había ido a visitar a Zoe. No conociendo el camino, buscó a Pandia para que lo guiara. Cuando fracasó en atraerla con sus llamados y silbidos, planeó recoger zarzamoras que iba comiendo y dejando caer mientras caminaba. Pandia no tardó mucho en aparecer para compartir las bayas. No, ella no podía decirle la ubicación exacta del árbol de Zoe —después de todo, había docenas de dríadas— pero sabía que estaba cerca de unas grandes colmenas donde a menudo iba a buscar miel. Lo acompañaría hasta las colmenas y tal vez pudieran encontrar a alguien que los orientara más. Pandia tomó su mano por si había osos merodeando.

—Tu mano está pegajosa —señaló él.

—Oh —dijo ella—, me dejé algo —se lamió los dedos hasta la última semilla adherida, y luego reclamó la mano de Ícaro nuevamente—. Sabes —reanudó—, tendrías que llevar taparrabos.

—¿Piensas eso? —dijo Ícaro, ruborizándose. En su apuro por dejar la casa se había olvidado de vestir.

—Para ocultar tu falta de cola. Hace que tu espalda parezca solitaria. —Cambió por un tema más importante—. ¿Vas a tomar cerveza con Zoe?

—Posiblemente —dijo Ícaro. Se le ocurrió el pensamiento de que el cálido estímulo de la cerveza podría liberar su lengua e inspirarle cumplidos deslumbrantes. Al haber ido sin un obsequio se sentía en desventaja.

—Me pregunto si ella tendrá algunos pasteles en la casa.

—No —dijo él con autoridad—. Nunca tiene pasteles de miel. No es necesario que vengas conmigo. Ni siquiera que esperes. —Secretamente, aspiraba a quedarse con Zoe durante varios días, explorando los túneles ocultos y las plataformas llenas de hojas, aprendiendo los difíciles pasos del Baile del Pitón. Sentía una libertad poco acostumbrada y completamente estimulante. La voluptuosa muestra de virilidad humedecía su boca como una almendra tostada. Se imaginó a Thea y Eunostos llegando al árbol de Zoe, y él mismo parapetado en la corteza, llamándolos: “No me esperen. Pasaré la noche aquí”.

Se deslizaban a través de un matorral de bambú, las cañas esbeltas tan altas como sus cabezas, las ligeras hojas verdes crujiendo sobre sus cuerpos como papiro. Los centauros, consumados campesinos, dijo Pandia, en sus antiguas andanzas habían importado las semillas de la Tierra de los Hombres Amarillos.

Al salir del matorral encontraron a un joven que parecía estar esperándolos.

—Deben estar buscando a mi hermana —dijo. Ícaro notó la enfermiza blandura de su carne; no era gordo pero parecía no tener músculos, y su piel aparentaba ceder al contacto como la suave carne del vientre de un erizo de mar. Por otro lado, no carecía de atractivo: un bello dorado cubría sus brazos y mejillas como si hubieran sido espolvoreados con polen; sus ojos eran redondos y extraordinariamente dorados, y sus grandes alas eran tan negras y en punta como la aleta de un tiburón.

—Ícaro, no lo escuches —siseó Pandia en un susurro muy audible—. Es un tría. Puede estar planeando robarnos.

—¿Y qué robaría, tu banda de piel de conejo? —Sonrió desdeñosamente—. Hoy no estoy robando, estoy dando. ¿Les gustaría saber qué?

Ícaro no trató de preguntarle. Había ofendido a su compañera al señalar el cinturón de Pandia.

—¿Qué? —preguntó Pandia.

—Herманas —dijo—. O más bien, una hermana. ¿No es lo que estabas buscando, Ícaro? Un hombre puede reconocer la mirada en los ojos de otro hombre. Dice: estoy cansado de cazar y estoy cansado de cuidar el jardín, del trabajo de un hombre y de la compañía de otros hombres. Quiero labios suaves y la provocativa fragancia de la mirra, quiero manos suaves y la caricia sedosa del cabello.

—Voy a ver a Zoe, la dríada —dijo Ícaro. (¿Cómo, se preguntó, el joven sabía su nombre?)—. ¿Sabes dónde vive?

—Sé donde viven todos. —Tomó el brazo de Ícaro y lo guió a lo largo de hileras de algarrobos majestuosos, cuyas ramas estaban cargadas con vainas como las que Thea les había preparado para desayunar; Pandia les seguía el rastro, sin quitarles los ojos para el caso en que, después de todo, el sujeto demostrara ser un ladrón y quisiera robar su cinturón (u, horror de los horrores, su piel). Por supuesto, Ícaro no tenía nada que perder.

Entraron en un prado cargado de flores y de zumbidos de abejas; las flores asomaban desde tallos rectos como columnas u ondulando en torrentes verdes entre el follaje; y las abejas se agitaban sobre ellos como un nimbus negro y dorado, para explotar luego hacia arriba como chispas de un árbol que estalla en relámpagos y revela las paredes bermellón de amapolas de corazón negro, el color limón de las estrellas amarillas de tallos verdes, los jacintos más púrpuras que los caracoles murex, los preferidos de los dioses. En un único jardín, pensó Ícaro, todas las flores de la tierra, incluso los azafranes domésticos de Vathypetro, traídos en un tiempo anterior a los Hombres, transportados por abejas, pájaros migratorios y rápidos vientos nómades.

En el mismo centro de las flores, un palo cubierto por un parral como el mástil de un barco sosteniendo una casa de apariencia ligera con paredes hexagonales de juncos, un techo de grandes hojas reseca de nenúfares, y ventanas opacas de pergamino encerado. La primera tormenta, uno pensaría, desharía las paredes y hundiría el techo. Una casa de verano, que difícilmente duraría más que las flores y también difícilmente menos bella: construida por placer y no para perdurar.

—Aquí —dijo el guía— está la casa.

—Pero Zoe vive en un árbol.

—Ésta es la casa de mi hermana.

Corriendo a un lado una cortina de juncos, una muchacha apareció en la puerta y miró hacia abajo a Ícaro con una confianza que parecía decir: ‘Pronto, sube hasta mí’.

—Ícaro —lo reprendió—, te tomaste tu tiempo en responder al llamado.

—¿Cómo conoces mi nombre? Yo no sé el tuyo.

—El bosque entero ha escuchado sobre el muchacho guapo que vino a vivir con Eunostos, el Toro. Y también sobre su hermana, la muy fastidiosa Thea, que mantiene un ojo controlador sobre ambos hombres. ¿Sabe ella que su pequeño hermano está listo para una travesura?

Ícaro se enfadó.

—No es asunto de ella lo que yo haga.

—¿Y qué pensará de mí? La lasciva Ámbar, ofreciéndose a muchachos inocentes.

—Pensaría que eres muy bella. —Es más, ella era tersa y brillante como un lirio atigrado de la Tierra de los Hombres Amarillos, con ojos dorados con manchas violetas que no cambiaban de expresión ni siquiera cuando sus labios se curvaban en una sonrisa, pero parecía una boca hambrienta. Mientras hablaba, él observó que su lengua era larga, delgada y con pecas doradas como sus ojos. Era todavía más pequeña que Thea. No debería ser difícil para sus largas alas levantar un cuerpo tan pequeño, pensó Ícaro. Un lirio alado, eso era ella, de gracia sinuosa y felina; apenas una muchacha excepto por la tensión que producía en su garganta y en la lagartija de pies candentes que ella hacía que se arrastrara por las extremidades de Ícaro.

—¿Te gustaría ver mi casa? —preguntó—. La encontrarás refrescante después de tanta caminata.

—Voy a visitar a Zoe —repitió él, con decididamente menos entusiasmo que la primera vez que hizo el anuncio.

Ella rió.

—Creo que estás asustado de mí. De todas las mujeres, salvo de las jóvenes ositas o de las viejas damas desalineadas como Zoe. Probablemente preferirías a mi hermano. En las Ciudades de los Hombres, me han dicho, el amor de un hombre por otro hombre no es raro. También encontrarás eso en zánganos como mi hermano. En mi pueblo, las trías, las reinas como yo somos raras y los obreros no son más excitantes que un mulo. ¿Qué pueden hacer los pobres zánganos sino consolarse los unos a los otros? Me han dicho que lo hacen bastante bien. —Se volvió hacia su hermano—. ¿Te agrada Ícaro, querido? Es succulento como un higo, y las abejas, creo, todavía no han revuelto su colmena.

Su hermano sonreía y sonreía; su lengua dorada se estremecía entre sus labios húmedos y no fue necesario que dijera nada.

—He cambiado de opinión —le dijo Ícaro a la muchacha—. ¿Puedo subir hasta tu puerta?

Ella dejó caer una escala con peldaños de cuero de vaca.

—Cuando hayas probado mi miel, sentirás como si tuvieses alas. No necesitarás una escala.

Mientras ponía el pie en el primer escalón, Pandia lo tomó del brazo.

—También voy yo.

—No tiene pasteles de miel, Pandia.

—Ella dijo miel ¿no?

—Creo que se refería a la hospitalidad.

La muchacha estaba a punto de llorar.

—No son en realidad pasteles lo que quiero. No quiero que te lastime, eso es todo. Es una mujer malvada. Puedo decirlo por la forma en que ondea su lengua.

Una risa tintineó plateada sobre sus cabezas.

—¿Crees que soy malvada, Ícaro? Tal vez lo sea. ¿De qué otra manera podría conocer los mil caminos del placer?

Mano sobre mano, los pies hundiéndose en el cuero de los peldaños, Ícaro escaló hasta la puerta. Ámbar le dio la mano y lo subió hasta el umbral.

Había sillas de mimbre colgando del techo de débiles correas hechas con hierba. Había colgantes de seda tejidos por arañas a través de los cuales las paredes revelaban la nervadura de los juncos. Más que nada, era una habitación de flores que resplandecían en montones como los tesoros derramados en las tumbas egipcias cuando los ladrones eran atrapados en su robo. Una de las paredes estaba cubierta con cera pulida que reflejaba la habitación como un jardín entre nieblas y la cara de Ámbar como la más majestuosa de las flores. Seguramente, pensó Ícaro, nada malo puede sucederme entre tantas flores: incluso hay abejas recolectando néctar.

Y, sin embargo, el jardín estaba cautivo, aislado de la luz del sol. Vio que Ámbar había retirado la escala sigilosamente.

—Has encontrado a mis amigas en sus ocupaciones —sonrió, señalando a las abejas sobre una mata de junquillos—. Son mis obreras. Cuando el néctar ingresa en sus sacos, sus jugos corporales lo convierten en miel. Luego la expulsan en bandejas enceradas y la calientan con sus alas para evaporar el agua, dejando una miel pura que cambiaré por seda, joyas y oro. Con el mismo Eunostos a veces la he intercambiado por brazaletes. Pero no debes pensar que yo también soy una obrera. Soy una reina. —Dijo la palabra con un orgullo tan desapasionado que una corona pareció resplandecer sobre su cabeza y una túnica coloreada por murex se agitó sobre sus hombros.

—¿Qué hace una reina? —Él esperaba que la respuesta fuera a la vez misteriosa y provocativa. No se vio decepcionado.

—Vive como una flor, sólo para el placer. Por las brisas suaves y la calidez del sol, y todas las dulces indolencias de una existencia vegetal. Pero hay un placer bien conocido por ella que no pueden comprender las flores.

Ícaro esperó a que ella le revelara el nombre de este extraño placer.

—El don del abrazo de un hombre —dijo por fin, acariciando las palabras como si fueran de una seda invaluable—. ¿Debo mencionarte la riqueza de tu propia belleza? ¿Enumerar tus atributos masculinos hasta que un joven dios camine ante el ojo de tu mente?

—¿Lo harías? —preguntó él. No podía pensar en una enumeración más

tranquilizadora.

—Una cabeza de dimensiones nobles con una aureola de pelo lujurioso. Un cuerpo henchido de virilidad, los nervios fuertes de la madurez dormidos bajo el vello de la juventud. —Lo contempló con una mirada entre el cálculo y el deseo—. Querido mío, estoy harta de las mariposas. Ansío el salvajismo dorado del abejorro.

—Temo —dijo Ícaro— que quieras a Eunostos en lugar de a mí. Pienso como un abejorro, pero aún no aprendí a zumbar.

Lo sentó en una de las sillas suspendidas del techo. Le tendió un plato de polen; calentó vino en un vaso de cobre sobre un pequeño brasero y vertió miel en el líquido humeante.

—Bebe —dijo—. El placer agitará tus venas cuando el vino todavía esté acariciando tu garganta. Parecerá que en tu espalda se baten alas poderosas.

Vació la taza con un trago rápido. ¿Una repentina brisa atravesó la delgada puerta de juncos? ¿Fueron los intensos latidos de su propio corazón los que balancearon la silla y lo liberaron de la habitación de la miel y el peso de sus miembros? ¿O no se movió en absoluto salvo en su mente?

Ella tomó su mano y lo hizo poner de pie, conduciéndolo inexorablemente hacia un montículo de flores.

—No temas aplastarlas —dijo—. Ya han producido su oro y ahora son inútiles.

Se sentía tan pesado como el bronce. La insustancialidad lo había abandonado; recobró la conciencia de la carne, sintió la presión de los tallos contra su cuerpo desnudo, y sí, las patas ardientes de la lagartija asaltaron sus sentidos. Cuando la mano de Ámbar tocó su pecho dejó una marca.

Pero sus hipnóticos ojos dorados contemplaban aletargados los miembros de él, y los tallos filosos comenzaron a acariciarlo como pequeñas lenguas frías. Ícaro sabía que tenía que abrazarla fuertemente, poseer sus labios como un Ajax hambriento. Imitar al abejorro y no a la mariposa. Pero le parecía que se estaba quedando dormido. Zoe, pensó con nostalgia, Zoe incitándome a bailar, pero Ámbar me pone a dormir. Tal vez yo no pueda echarle la culpa a nadie.

La cara de ella cayó sobre él, una hambrienta luna dorada, y se lo tragó el cielo...

El cencerro sonó tan perentoriamente como si hubiera sido devuelto a su vaca. Cuando abrí la puerta, Pandia aferró mi mano. Había perdido su cinturón y arrastraba las sandalias.

—Esa mujer se lo llevó a su colmena —susurró mientras Thea aparecía detrás de mí.

—¿Quieres decir una tría? —dije sofocado, incrédulo, luego comprendiendo. Las reinas eran demasiado pequeñas para desear los abrazos de centauros o del minotauro, y los pequeños y peludos panisci no tenían ningún atractivo para ellas. Pero un muchacho como Ícaro... ¿Por qué nunca se me había ocurrido advertirle?

¿Por qué había fracasado en responder su pregunta durante el día en el campo?

—Sí. Subió la escala y me dijo que me fuera.

—Muéstranos la casa —gritó Thea, y Pandia tomó algo de aire y trotó resueltamente delante de nosotros...

La casa se alzaba sobre nuestras cabezas, tan cercana y aparentemente inaccesible como una tortuga en su caparazón. La muchacha había retirado la escala, y las puertas y ventanas estaban cerradas. Pero por una vez mi fuerza demostró ser una bendición. Aferré la delgada saliente que estaba delante de la puerta y me alcé hasta el alféizar. Apartando las cortinas de juncos, me lancé en la habitación. La fragancia dulce me golpeó como almíbar vertiéndose desde una taza, a la vez provocativo y asqueante. Las abejas sonaban como moscas que zumban en torno a un cuerpo muerto. Vi la escala enrollada junto a la puerta, y vi a Ícaro, pálido como la espuma, en los brazos de la tría.

Arremetí a través de montículos de flores; las abejas se dispersaron ante mí, crepitantes, y volvieron para picar mis piernas. No las sentí. Agarré a la muchacha por las alas y la aparté de mi amigo como cuando uno arroja lejos un cangrejo de un pez enfermo. Ella se quejó pero no se resistió. Había algo repugnante y depredador en ella; o peor, carroñero, porque carecía de la audacia del depredador. Tomaba como presas a muchachos indefensos.

—Es demasiado tarde —sonrió—. He exhalado muerte en sus pulmones.

—Baja la escala —jadeé con una voz que estaba congelada entre la rabia y la angustia. Se movió hacia la puerta. Vi que quería escapar. Salté entre ella y la puerta y arrojé la escala hasta Thea y Pandia.

—Vigílenla —dije mientras subían hacia la habitación.

Cuando Thea vio a Ícaro, empalideció y contuvo un grito, evitando perder el tiempo. Le dijo a Ámbar:

—Ayuda a mi hermano o te arrancaré las alas.

—Hay sólo una forma de ayudarlo —dije—. Tengo que tratar de sacarle el veneno de los pulmones.

—Déjame —dijo Thea. No era serenidad lo que ella exhibía, porque eso implicaría falta de sentimientos, sino que el coraje vencía al miedo. Ella había odiado y temido al bosque; ahora enfrentaba su insidiosa amenaza sin desesperación—. Déjame, Eunostos. Es mi hermano.

—Y mi amigo —dije.

—¿Puede resultarte fatal?

—Sí —presioné mi boca sobre los labios descoloridos de Ícaro. Como un cazador extrayendo veneno de la mordedura de una serpiente, succioné el aire que Ámbar había exhalado desde sus pulmones nocivos. No quemaba sino que entraba en mi garganta traidoramente, como una espesa ola de miel.

¡Cuán pequeño parecía, cuán desvalido, pálido y aparentemente sin vida! Sentí el deseo de que fuera mi hijo con Thea: yo la besaba y lo besaba, y luego reíamos en el

bosque, cada uno de nosotros le tomaba una mano. Ahora era un pequeño muchacho con una gran cabeza, y más tarde un niño balanceándose en nuestros brazos, el niño que yo había amado en la casa del árbol de Kora. Ícaro, Ícaro, mi hijo, exhala tu veneno en mis pulmones, porque yo soy como tu padre, y una responsabilidad de padre es proteger a su hijo de las éstriges nocturnas y de las Ámbar diurnas; tomar la flecha destinada a tu pecho vulnerable; la piedra arrojada, la mandíbula que desgarrar. ¿Qué es el amor sino un escudo de bronce moldeado?

Mi cabeza cayó contra su pecho, y el sueño me poseyó como las hojas que caen...

La luz del día inundó la habitación. Vi que Thea había tomado mi lugar con Ícaro; primero, había roto el pergamino de las ventanas y llenado la habitación con luz y aire.

—Thea —susurré—. Ahora ambos estamos envenenados.

—Dividimos el veneno —dijo ella—. Ésa es la diferencia.

Ícaro abrió los ojos y habló soñoliento:

—Había miel en mis pulmones. Era muy dulce. Me provocaba sueño. —Como un niño en una cama cálida con animales de peluche, nos indicó que nos acercáramos.

—No debes dormir ahora —dije—. Todavía hay veneno en tu cuerpo. —Lo ayudé a ponerse de pie. Dio un paso vacilante, tomó mi brazo y se las arregló para atravesar la habitación sin ayuda.

—Ahora estoy listo —dijo.

Thea lo contempló con orgullo, como si le estuviera enseñando a caminar por primera vez. De todos modos, en cuanto hubo cruzado la habitación, ella le lanzó una pregunta acusadora:

—Ícaro ¿por qué viniste a esta casa?

Él dijo sin culpa:

—Iba a visitar a Zoe y me perdí.

Ella ardió como una antorcha de pino:

—Tu amiga, Eunostos. ¡Iba a ver a tu amiga! Tú se lo enviabas ¿no?

—No —dije—, pero pensaba llevarlo yo mismo mañana.

—Querías que se acostara con ella. Los dos. Que se acostara con una prostituta.

¡Una prostituta! Zoe, la más bondadosa de las mujeres. La ira me volvió locuaz, y también cruel:

—Ella es cálida, generosa y femenina. Es cierto que da su cuerpo. Pero tú no das nada. Tu cuerpo no tiene más calor que un montón de nieve. Era feliz hasta que llegaste. Tenía amigos, mi casa y mi jardín, y nadie me pedía que me portara como un eunuco. ¿Qué hiciste? Despreciaste a mis amigos, cambiaste mi casa y cortaste mis flores. Zoe es mejor que tú, a pesar de sus amantes. Al menos es una mujer y tú una gazmoña sin sangre.

Me dio una bofetada cruzándome la boca antes de que tuviera tiempo de retirar mi acusación. La empujé al piso. Cayó con un grito sofocado de miedo y se sentó sobre un montículo de amapolas como la Gran Madre sobre un trono de flores, pero

sin la compostura de la Diosa.

—Ícaro —gimió, y continuó—: dame una mano y aparta a tu hermana de este bruto.

Pero Ícaro la dejó sentada.

—Vamos a visitar a Zoe —dijo.

—Miren a la mujer abeja —advirtió Pandia—. Ella está levantándose para hacer algo.

Mientras intercambiábamos acusaciones habíamos olvidado la causa de nuestra disputa. Pandia había estado más vigilante.

—No le he quitado los ojos de encima —dijo. Se había parado junto a la puerta con abrazaderas para carbón en sus manos—. Si hubiera tratado de pasar junto a mí, habría tenido que usarlas. Pero comenzó a llorar, y eso debe significar un truco.

Ámbar se había inclinado entre sus flores ahora sin abejas, y unas lágrimas silenciosas daban brillo a sus mejillas.

Ícaro se dirigió a su lado.

—No vamos a lastimarte.

—¿Crees que estoy llorando de miedo?

—¿De remordimientos, entonces? —pregunté—. ¿No es un poco tarde?

—Estoy llorando por mí —dijo—, y mi propio corazón implacable. Él yacía en mis brazos, asustado y tierno... la inocencia de un muchacho y el cuerpo de un hombre. Íntimamente encantador, para apiadarse infinitamente de él. Sin embargo, no pude amarlo. No pude tenerle compasión. Y entonces, cuando los vi a ustedes tres lanzándose odio, que es la otra cara del amor, lloré de envidia. Lloré mis primeras y mis últimas lágrimas. Vivo en una casa de flores, pero las recojo sólo por su miel y nunca me lamento por los pétalos aplastados o por los tallos quebrados. Siempre seré una buscadora de miel, parece. La miel de las flores... o el oro.

—¿Oro? —pregunté con sospechas—. Alguien te paga ¿no? No fue tu deseo de amor lo que te hizo buscar a Ícaro. ¿Te pagaron para matarlo con tus besos!

Ella comenzó a reír.

—¿Con qué me pagarás para saber quién me pagó?

—Con tu vida.

Miró hacia mi puño cerrado y a mis fuertes pezuñas.

—Aqueos. Como le pagaron al resto de mi pueblo. Tenemos que permitir que algunos de sus exploradores ingresen al bosque.

—¿El Hombre llamado Ajax? —gritó Thea—. ¿Estaba entre ellos?

—Sí. Nos dio brazaletes y nos ofreció un caparazón de tortuga lleno de oro para el que los matara o los traicionara para que cayeran en sus manos. A ti, a Ícaro y a Eunostos. Para capturarte incluso prepara una invasión.

CAPÍTULO VII

INVASIÓN

Alcanzamos las tierras de los centauros poco después del crepúsculo. Moschus y sus compañeros eran tanto combatientes como campesinos, la más fuerte de las seis tribus de las Bestias, y su líder Chiron era el rey no coronado del bosque. Íbamos a contarles sobre la traición de la tría. En tiempos de paz, cada una de las tribus conservaba y defendía celosamente su independencia, pero en tiempos de peligro todos miraban hacia Chiron: por ejemplo, en el invierno frío cuando los lobos bajaban de las montañas para robarse nuestra caza y a nuestros niños. “Sumerjan sus flechas en el jugo de raíz de matalobos”, sugería Chiron. Pusimos en fuga a los lobos con nuestra primera carga, y Moschus consiguió su banda.

Atravesamos un canal de irrigación e ingresamos en un viñedo donde los parrales se entrelazaban sobre las pérgolas, con pequeñas semillas, verdes y duras como uva de playa, que se volverían más dulces y púrpuras con el verano que se aproximaba hasta que atrajeran a las abejas, incluso las de las casas de las trías; un olivar cuyas hojas plateadas perdían el brillo por el sol agonizante hasta alcanzar el reflejo deslustrado de joyas viejas; y luego una arboleda de palmeras importadas de Libia y cuidadas hasta alcanzar la opulencia con ramas repletas de racimos de dátiles de los oasis del desierto. Después, bordeamos el recinto del ganado, cuyo cerco de estacas afiladas disuadía a los osos nocturnos y a algún lobo ocasional e insistente que, tras descender de las montañas podía alcanzar el poblado sin muros de los centauros.

Caminé por el borde del foso y me esforcé para ver las estacas afiladas que se erizaban desde sus profundidades como los dientes de una barracuda. Una defensa más segura que los muros, pensé con un escalofrío. Y sin embargo los astutos aqueos no serían retenidos por ese obstáculo. Sabía de sus arietes, y que si dos de ellos eran dispuestos de extremo a extremo, podrían constituir un puente angosto; también advertí un grupo de olivos peligrosamente cerca del foso, una posible cobertura para un enemigo que quisiera cruzar en medio de la noche.

—Chiron —retumbó mi voz, y el más alto y majestuoso de todos los centauros se apartó de sus compañeros y galopó hacia nosotros a lo largo de un sendero salpicado de conchas de mar.

—Eunostos —relinchó, encabritándose al detenerse al otro lado del foso—. No escuchamos ese bramido muy a menudo. Y veo que traes a tus nuevos amigos, y a la pequeña Pandia, hambrienta, sin dudas. —Ingresó en una torre baja de madera de techo plano, en realidad un puente levadizo con una barandilla, sostenido por cadenas de bronce, lo bajó con cuidado sobre el foso con el silencio de una enorme águila descendiendo del cielo. Nos encontramos sobre el puente y le conté sobre la tría.

Su rostro se oscureció.

—No me sorprende. Son capaces de cualquier traición. Tendremos que hacer algunas cosas.

Lo seguimos al pueblo. Su crin parecía una nevada que acababa de caer y todavía no era sólida, y sus ojos amplios y sin párpados tenían la claridad azul de un lago en las Islas Brumosas en uno de esos raros días sin bruma. Sus ojos lo veían todo; podía mostrar ira pero nunca rencor. Comprendían y a veces juzgaban, pero nunca condenaban. No era un asceta, sabes. Los que viven cerca del suelo, como los centauros, cosechando y cuidando del ganado, siempre retienen algo de la tierra en sus venas y en sus rostros. Eran campesinos pero no filósofos. Pero la tierra en Chiron había sido purificada por la arena blanca y finamente tamizada por una playa de coral.

Las luces titilaban en los establos de bambú de los centauros. Eran casas grandes y esbeltas, con techos en punta y extremos abiertos, y sobre cada umbral colgaba una lámpara envuelta en un pergamino naranja llamada 'farol', y una pequeña jaula de mimbre que tenía un grillo que cantaba la ventura de la casa (recuerden, los centauros habían viajado hasta la Tierra de los Hombres Amarillos). Por la noche, los centauros dormían de pie, reclinados contra la pared que estaba cubierta con tapices de seda de los telares de las dríadas para aliviar sus flancos sensibles, y descansaban sus pezuñas en una alfombra de tréboles, renovada todas las mañanas por las diligentes hembras mientras sus maridos trabajaban en el campo.

Algunos de los machos se lavaban en bañeras de terracota adaptadas a sus grandes constituciones y terminadas en una repisa en la cual podían dejar descansar brazos y cabeza. Resoplaban, sacudían sus patas y pateaban el agua para mojar a los compañeros que pasaban a su alcance. Las mujeres encendían fuegos al frente de las casas o limpiaban las azadas y rastrillos que los machos habían traído del campo, o alimentaban a los pequeños cerdos, gordos e inmaculados, que tenían por mascotas como los Hombres tienen perros y monos. Mi buen amigo Moschus apareció en una de las bañeras y, enjabonado con konia, una lejía con base de fresno, vino al galope a recibirnos. Saludó secamente a Thea, paternalmente a Ícaro y tomó mis dos manos. Antes de que pudiera insinuar una invitación, Chiron le contó las noticias:

—Sopla la concha, Moschus —le pidió—. Es tiempo de un cónclave.

Moschus sopló la concha tan enérgicamente como soplaba la flauta, y ejecutó una convocatoria oceánica compuesta de muchos sonidos: la marea que se retira, la desintegración en espuma de las olas que llegan a la playa, el gemido incorpóreo de marineros ahogados que retumba implacable sobre la tierra. Los centauros dejaron caer sus herramientas, abandonaron sus baños y, acompañados por los cerdos, nos siguieron al área teatral en el centro del poblado, un foso redondo abierto al cielo, rodeado con antorchas en llamas y con doce filas circulares de asientos de piedra. Aquí era donde interpretaban sus dramas en honor a la Gran Madre a la que llamaban Diosa del Trigo, y a su hijo, el Niño Divino, y elevaban sus voces resonantes en

ditirambos de alabanza.

Tras los centauros llegaron otras bestias: los panisci desde sus madrigueras, molestos al ser convocados antes de que robaran su cena; los osos de Artemisa que, despertados en sus troncos huecos, se frotaban los ojos somnolientos y alisaban su pelaje con peines de caparazón de tortuga; las dríadas, altas y hermosas como sus árboles y oliendo a corteza y a brotes tiernos de primavera. Y por supuesto las trías, ignorantes, parecía, de la traición de Ámbar. Bajaron del cielo en tres enjambres: los zánganos con sonrisas animadas y sacudidas femeninas de sus alas; los severos y adustos obreros, de lentos movimientos, como si llevaran armaduras; y por último las reinas (Ámbar, la cuarta, no apareció), con su dignidad en cierta forma disminuida por los pesados brazaletes de oro que colgaban de sus brazos.

Chiron, señor de los centauros, descendió a lo largo de las doce filas de asientos de piedra e ingresó en el foso. En cuanto levantó su noble cabeza el silencio cayó sobre su audiencia. Se podía escuchar el balar de una oveja en el recinto de los animales, y más cerca, el chillido perentorio de un cerdo cuyo dueño silenció con un golpe de su cola.

Habló Chiron. Sus palabras tuvieron el urgente tañido del toque de una trompeta.

—Hay graves cargos. Hay graves advertencias. Escucharemos a Eunostos, nuestro estimado amigo.

Rústico como soy, jardinero y artesano, no tengo talento para la oratoria (aunque tal vez un poco como poeta), y la audiencia adusta me desanimó. Convocados sin ninguna explicación, estaban agazapados más que sentados, a la espera de ser seducidos y convencidos, excepto mis amigos, que permanecían de pie al borde del foso. Thea sonreía dándome coraje, extendiendo su pequeña mano en un gesto de afecto y apoyo. Pandia trataba de parecer atenta e interesada, más allá del hecho de que preferiría estar comiendo la cena en lugar de escuchar un discurso. Ícaro parecía... bien, parecía que me veneraba. Cualquiera cosa que yo dijera le sonaría inspirada.

Hablé:

—Desde que llegamos al bosque para escapar del hostigamiento del Hombre, hemos vivido en paz y abundancia. Cada uno de nosotros ha trabajado a su manera para hacer su propia contribución. Cada uno de nosotros ha contribuido haciendo aquello para lo que fue diseñado por la Gran Madre. Nuestros anfitriones, los centauros, nos han suministrado el producto de sus bien cultivadas granjas. Las dríadas, en los árboles, han tejido seda en sus telares. Las trías, los osos de Artemisa, los panisci... ¿es necesario que recuerde sus habilidades y dedicación? —También era innecesario, sentí, recordar que las trías siempre habían sido mejores ladronas que trabajadoras—. En el pasado hemos estado satisfechos de vivir de nosotros mismos. Cubrir nuestras necesidades ha sido nuestro objetivo y nuestro logro. Ya no. Una de nuestras tribus está hambrienta del oro extranjero.

Hice una pausa, no tanto por el efecto dramático como el de un centauro recitando

un ditirambo, sino para recuperar el aliento y encontrar las palabras para mi discurso. Había atrapado su interés. Ahora tenía que incentivarlos para actuar.

Señalé con un dedo a las reinas de las trías.

—Allí están las Bestias culpables: comercian por oro y traicionan a nuestro pueblo. Supe por boca de su cuarta reina que ella y su pueblo habían aceptado oro para entregar a mis amigos a manos de los aqueos. Para obtener este objetivo, prometieron a los aqueos que los ayudarían a invadir el bosque.

¡INVASIÓN! Un grito sofocado, incrédulo, asombrado, una onda que se extendió por las filas de asientos como una ráfaga de viento entre las ramas de una palmera. Tal era el temor que nuestras características de Bestias —cuernos, pezuñas, colas— había inspirado entre los Hombres, tal era nuestro aislamiento en las montañas, que una invasión jamás nos había amenazado en todos los años pasados desde que las Bestias habíamos llegado al bosque. Sólo Éaco, para nuestro dolor, había permanecido en nuestro baluarte y regresado a Cnosos con cuentos o silencios que fortalecieron nuestra leyenda. Sin embargo, Chiron y las otras bestias de mayor edad recordaban una época en la que vivíamos cerca del mar, cuando arribaron los piratas en sus barcos cuyas proas tenían la forma de gorgonas para incendiar nuestras granjas y capturar esclavos. Recordaban las puertas astilladas, los rojos dragones de fuego que se enroscaban alrededor de nuestras casas construidas de bambú, los gritos de los niños panisci atrapados en sus redes y las dríadas arrastradas de los pelos a través de los olivares en llamas... la sonrisa arrogante del rey cretense cuando los que sobrevivieron al ataque exigieron justicia: “Protéjense ustedes mismos. Yo no soy responsable ante el riesgo de un ataque de piratas”... la definitiva decisión agónica de regresar al bosque y abandonar a los Hombres con los que habíamos vivido en armonía durante siglos... los campesinos iracundos, reacios a perder nuestra ayuda en los campos, tratando de detenernos, y a Chiron enfrentándolos con un ultimátum terrible: “Eviten nuestra partida y la Magia Azul destruirá su trigo”... Los centauros quemando los campos por la noche con una nube de abono... vides ennegrecidas en lugar de parras exuberantes y los campesinos aterrorizados instándonos a continuar nuestro camino con ofrendas de leche y queso, al tiempo que nos convertían en Leyenda, ya no Hombres ni Bestias, sino demonios de cuatro patas, de pezuñas como dientes, que podían hacer caer plagas sobre sus cultivos con sus ojos malvados y hechiceros...

Chiron avanzó hasta el borde del foso y dirigió una mirada dura como el acero a las tres reinas.

—¿Cuál es su respuesta a los cargos presentados por Eunostos?

Una de las reinas, la más vieja, se abrió camino entre las filas de asientos y ocupó el foso como si fuera un trono. Una mujer marchita, con la piel manchada e inmensos ojos dorados, que ocultaba los brazos con brazaletes que chocaban mientras caminaba.

Su voz era melosa y salada.

—Sus amigos humanos han hechizado a nuestro buen Eunostos. Cualquiera sea la conjura que esté en marcha, son ellos, la muchacha y su hermano, los que la han perpetrado, y nosotros, las pobres trías, somos sus víctimas. No sé de ningún oro de los soldados aqueos, salvo que haya ido a la niña bruja Thea y su hermano de cabeza grande.

—¿Y esto? —pregunté, señalando una pulsera con colgantes de miniaturas máscaras de la muerte de los reyes micenos—. ¿Consiguió esto de mi tienda?

Ella se miró la muñeca.

—¿Dónde sino? Tus obreros me la cambiaron por seis jarras de miel.

—Ningún telquín hizo esto —dije—. En mi tienda o en ningún otro lado del bosque. Ellos sólo pueden copiar lo que han visto. Las máscaras de la muerte pertenecen a micenos y tirios.

Ella se encogió de hombros. Las trías son rápidas para mentir y descaradas cuando son atrapadas. Con sus alas imperturbables, dijo:

—Supongamos que es verdad que hemos aceptado unos cuantos brazaletes aqueos por los niños humanos. Si dejamos que Thea e Ícaro permanezcan en el bosque, seguramente traerán el mal sobre nosotros de la misma manera que lo hizo su padre. ¿Necesito recordarte que su madre, Kora, se quemó hasta morir en su árbol? Mi pueblo y yo simplemente deseamos ver que estos peligrosos intrusos sean llevados lejos de nuestro medio. No conspiramos para ver invadido el bosque. Si temen la invasión, sugiero que nos envíen a los niños y nosotros se los llevaremos a los aqueos, evitando toda amenaza.

—Ella nos llama niños humanos —protestó Ícaro. Su voz era fuerte y convincente—. Ella nos está confundiendo. Según ha admitido, nuestra madre era la dríada Kora. ¡Miren mis orejas y díganme que soy un Hombre!

—¡Los niños deben quedarse! Pertenecen a este lugar tanto como yo. —Era Zoe. Quise abrazarla.

—¡Los niños deben quedarse! —fue Moschus.

—¡LOS NIÑOS DEBEN QUEDARSE!

Surgiendo de un centenar de gargantas, la súplica se había convertido en una orden, directa, imperiosa, que no podía ser ignorada. La vieja reina meneó sus ojos protuberantes, pero Chiron la hizo callar antes de que pudiera hablar.

—Que se queden es lo que haremos. Defenderlos debemos contra los invasores. Y tú —señaló ardiendo a la reina—, tú y tu pueblo ya no son bienvenidos en nuestros consejos o en nuestro bosque. Vayan con los Hombres que les dieron oro. Díganles que si nos atacan es a su propio riesgo.

La reina sonrió y los gruesos labios se retorcieron como una medusa.

—¿Tienes escudos para resistir la mordedura de sus hachas? —preguntó—. ¿Tienes canilleras, petos y cascos? Creo que pronto estaremos regresando con los conquistadores. Engorden sus cerdos para recibirnos cuando llegemos.

Los centauros cerraron sus cascos de manera protectora en torno a sus cerdos y se

apartaron de las alas extendidas de los zánganos que, riendo nerviosamente, partieron del suelo con una decorosa cadencia de los dedos de sus pies. Los obreros partieron después de ellos, su acostumbrada hosquedad oscurecida por una rabia ceñuda, y las tres orgullosas reinas ascendieron al cielo como si estuvieran subiendo las escaleras de un palacio y se desvanecieron en el laberinto de la noche.

EL TORO QUE CAMINA COMO UN HOMBRE

En el tiempo que precede a la batalla, las trivialidades de los tiempos de paz se vuelven elocuentes. Las luminosas raíces de mi guarida, enroscando su amistosa protección sobre nuestras cabezas, parecían decir: disfruta mientras puedas el almizcle picante de los huevos revueltos de pájaro carpintero y el agradable ámbar de la cerveza vertida desde un pellejo. Los sabores se intensifican, los colores se profundizan, y el amor, como una amistosa serpiente ancestral, deja un rastro caritativo a lo largo del suelo. Thea y yo habíamos peleado uno junto al otro en la casa de Ámbar: con golpes y también palabras, todavía más crueles. Pero ahora nadie se refería a nuestras diferencias. Después de la guerra, otra vez podríamos hablar de la vieja ira y del antiguo orgullo y admitir, tal vez, que necesitábamos hablar pero que, sin embargo, dijimos demasiado. Pero ahora, en la paz última del bosque, sabía que la amaba con toda la pasión de mi corazón alguna vez inestable. Se dice que la Gran Madre fue originalmente una doncella, tierna y virginal, que vivió en una casa de ramas de sauce donde los animales le llevaban comida y dejaban que acariciara sus cuernos y cornamentas con sus manos. Con mucho placer hubiera dejado mi melena rebelde en las manos de mi Thea. Ella no me tocaba, pero a veces su mano se estremecía en el aire entre nosotros, como si con el último aliento llegara para descansar como una mariposa cansada. La timidez me impedía acariciarla, y también el miedo a que, una vez la rozara, la amara hasta la desesperación y acaso la destrucción.

Todas las mañanas nos encontrábamos en mi tienda. Ícaro tallaba flechas a partir de ramas de tilo y Thea les encajaba cabezas de pedernal, afiladas hasta convertirse en puntas letales. Mis obreros y yo preparábamos un escudo para Ícaro.

—Tengo que rendirme —dijo Thea—. Es a mí a quien quieren, más que a ti o a Ícaro. Fui yo quien irritó a Ajax: lastimé su orgullo. Si me entrego a él ahora, podría olvidar la invasión.

—Es un guerrero —dije— al que le gusta la batalla. Cualquier batalla. Su orgullo herido es simplemente una excusa para que se lance a una nueva aventura. Los aqueos siempre están exhibiendo su orgullo herido como pretexto para la guerra. Cubren sus cabezas con una sombrilla y hacen sonar sus espadas cuando caen las primeras gotas de lluvia. Nos atacará aunque te entregues a él. Además de nuestro oro, valemos una fortuna como esclavos. Ha pasado mucho tiempo desde que los panisci actuaron en la corte de Egipto.

—Y un minotauro —dijo Ícaro—. Probablemente te envíen para complacer a la reina. Cuento con que traigas dos fortunas. Mucho más que mi hermana.

—Y —continué hablando rápidamente a Thea—, aunque pudieras detener la guerra, no podría dejarte ir con él. No quiero dejarte salir del bosque nuevamente.

—No quiero dejarlo —por fin tocó mi mano—. ¿Cuáles son nuestras posibilidades, Eunostos? He visto a los horripilantes aqueos. Su único interés es combatir. Son brutalmente fuertes y estúpidamente valientes, y se protegen tanto con armaduras (canilleras, corazas, cascos) que su carne es casi inalcanzable.

—Los centauros también son guerreros fuertes —dije—. El trabajo en el campo los mantiene en forma. Al ser a la vez montura y jinete, superan a la mejor caballería. Pueden cargar como el viento, combatir con sus manos y dar coces.

—Pero los números están en nuestra contra, creo. ¿Cuántos son los centauros?

—Cuarenta machos.

—Debe haber un centenar de aqueos con Ajax, y todos armados hasta los dientes. Los centauros sólo tienen sus garrotes y sus arcos y flechas.

—No olvides a los panisci, y no cometas el error de tomarlos por niños. Algunos son de mediana edad y muy astutos. Debe haber cincuenta de ellos. —(Están siempre furtivos como para dar un número exacto).

—¿Y cuántos son las trías?

—Cincuenta, pero algunos son zánganos y no cuentan mucho. Las reinas, sospecho, guiarán a los aqueos y les mostrarán nuestros secretos en el bosque. No tendremos oportunidad de preparar una emboscada, salvo en las áreas del bosque profundo donde no pueden volar las trías.

—Pero te tenemos a ti —dijo Ícaro orgulloso—. Vales por un ejército de aqueos. Voy a combatir a tu lado.

—Lo harás cuando llegue tu tiempo —dije—. En su momento peharemos juntos como dos viejos camaradas. Por ahora, sin embargo, quiero que te quedes con Thea y los telquines para preparar suministros y cuidar la casa. Si los centauros y yo perdemos la primera batalla, necesitaré un lugar donde lamer mis heridas y, como tú sabes, este árbol es muy bueno como fortaleza.

Suspiró pesadamente pero no protestó ante la orden no deseada. En verdad, pensé, está aprendiendo a ser un guerrero.

—¡Ahora mira el escudo que mis obreros están haciendo para ti! —dije, afectado por su voto. Moldeado como la cifra ocho, con serpientes de la suerte en relieve inspiradas por Pérdix, era un escudo que un rey hubiera querido llevar en una batalla para convertir su nombre en leyenda. Aceptando el obsequio entregado por las dos piernas frontales de Bion, Ícaro lo sostuvo con el brazo extendido y sacudió su brazo libre como si sostuviera una espada.

—Jo —gritó—, jo —mientras daba un paso adelante y arremetía, defendiéndose y esquivando, haciendo como que me alcanzaba en el pecho. Entonces recordó agradecer al telquín. Palmeó su cabeza—. Es muy hermoso. —El telquín no estaba impresionado—. Es el escudo más mortal y amenazante que he visto —continuó—. Me ayudará a matar a docenas de guerreros, y a mezclar su sangre con sus serpientes

doradas. Le daré tu nombre. Se llamará Bion.

El telquín balanceó la cabeza con adoración silenciosa.

Fue Pandia quien llegó para decirnos que Chiron había soplado la concha para reunir a su ejército contra los aqueos.

Marchaban a través del campo en filas decididas pero desordenadas, sus botas de cuero aplastando las estrellas amarillas y quebrando las cañas de sauce de nuestro planeador caído. Se dirigían hacia los árboles como llamas andantes, con sus armaduras amarillas, su bronce encendido por la luz del sol; las barbas ambarinas bajo los cascos brillantes con sus penachos. Las reinas de las trías, Ámbar entre ellas, daban vueltas excitadas sobre los soldados. Los huraños obreros también estaban presentes, pero los zánganos apenas eran visibles en el lado más lejano del campo, más allá del alcance de las flechas pero lo suficientemente cerca como para que su parloteo nos llegara como el distante zumbido de las abejas.

Nos escondimos entre los árboles, y los toscos escudos de cuero de vaca, apresuradamente confeccionados por los centauros en los escasos días de gracia que tuvimos, yacían a nuestros pies como cinturones de animales. A una señal de Chiron, avanzamos entre los troncos, apuntando con precisión nada apresurada, y lanzamos una descarga de flechas. Las reinas de las trías señalaron hacia las flechas amenazantes. Sacudieron sus puños y sus voces dulces gorgotearon juramentos incongruentes; Ámbar, la más joven, era la que más fuerte señalaba a los ‘asquerosos’ caballos y al ‘minotauro en celo’. El centenar de aqueos se puso de rodillas en un anillo y levantó sus grandes escudos redondos sobre sus cabezas. Parecían una tortuga gigante, y nuestras flechas bien dirigidas cayeron ruidosa pero inofensivamente sobre el caparazón colectivo. Otra vez, el crujido de los arcos de tilo, el tañido de las flechas guiadas por las colas de plumas verdes de pájaro carpintero. Otra vez, el caparazón firme y resistente. Seis veces arrojamos nuestras flechas. Al menos algunas de ellas comenzaban a penetrar en las grietas entre los escudos, y uno de los escudos, luego dos, tres, colapsaron como si un pie gigante e invisible hubiera pisado la tortuga y quebrado una parte de su caparazón. Pero nuestros carcajes pronto estarían vacíos.

—Suficiente —dijo Chiron—. Dejemos que avancen. Combatiremos entre los árboles.

Una vez entre los árboles, tuvieron que avanzar en filas angostas, y las ramas sobre sus cabezas estaban tan cargadas de parras que las trías no podían guiarlos y señalarles nuestras formas ocultas. Pero las flechas eran inútiles en un terreno semejante y entre los árboles apretados los grandes centauros y el minotauro con su altura veían limitada su destreza. Aquí, los mejores combatientes eran los panisci, sigilosos y ágiles. Sus pequeños cuerpos peludos se fundían con la vegetación. Podían gatear por donde los centauros no podían caminar: retirarse, avanzar, rodear,

acosar con las hondas que producían magulladuras. Tiraban a las zonas que no protegían las armaduras; la cara, los brazos, los muslos. Sus piedras se movían con tanta rapidez que podían ser confundidas con insectos grandes y silenciosos; no eran menos dolorosas porque no pudieran matar.

La primera descarga fue recibida con gritos de asombro. Los hombres se palmearon la carne herida y apartaron las manos cuando vieron sus dedos manchados de sangre.

—Son niños —protestó Ajax (lo reconocí por la descripción de Thea)—. ¡Están enviando a sus niños contra nosotros!

—Niños, por Hades —gritó Xantus, el que había perdido sus orejas—. ¡Son cabras! —Fue golpeado por una pezuña voladora y recibió una herida en la mejilla—. ¡Y mira esas pezuñas!

Uno de los aqueos, acosado por las hondas, se apartó de la fila y se ocultó tras el tronco de un roble para recuperar aliento. El crujido débil de la madera lo alertó para examinar el follaje. ¿Los granujas de las hondas —niños, cabras, demonios, lo que fueran— estaban escondidos en los árboles? Una parra con forma de lazo se tensó en torno a su cuello y de un tirón lo levantó. Pateó y agitó los brazos; no podía gritar. Los compañeros que cortaron y lo bajaron encontraron un cadáver que se había mordido la lengua. Sobre sus cabezas, la risa de una mujer tintineó entre las ramas; su pelo verde era indistinguible entre las hojas.

Pero no se podía esperar que los tiradores furtivos y las valientes dríadas detuvieran el avance de los aqueos. Sólo de los centauros y de mí se podía esperar una victoria decisiva, y no entre los árboles sino en el primer claro. Los observamos mientras caminaban tambaleándose con camaradas heridos y muertos en busca del cielo abierto para imbuirse del coraje que ofrece generoso el sol. Contamos sus pérdidas: tres habíamos matado con las flechas; cuatro fueron desmayados por las hondas de los panisci; y tres habían sido colgados por las dríadas. Era mi momento y el de los centauros.

Mi elección no fue ser un guerrero, sino un orfebre de piedras preciosas y metales, a veces un jardinero, un rústico amante de la paz, y por último un poeta. Pero ¿quién puede comerciar o escribir un poema cuando guerreros con cascos están pisoteando la nación y amenazando con violar a las mujeres? El tiempo del combate no es el de la jardinería, y ninguna Bestia debería vacilar en cambiar su azada por una espada. Prefiero la azada. Pero no temo a la espada.

—Ladrones de mujeres —troné—. ¡Incendiaros, saqueadores, bandidos y norteños malditos por Zeus!

Los aqueos esperaron nuestra carga con estupefacción. Quedaron boquiabiertos como si se les hubieran fracturado las mandíbulas, y sus ojos azules se ensancharon hasta el completo vacío. Bueno, tal vez tenían buenas razones para palidecer. Cuarenta tronantes centauros podían hacer más estrépito que un centenar de carros tirados por caballos. Entonces comprendí que el motivo de su pavor no eran los

centauros. Era yo. El minotauro. *El Toro que Camina como un Hombre*. Se dispersaron ante mi avance como pollos sorprendidos por un lobo. Se arriesgaron a caer bajo los cascos múltiples de Moschus o Chiron para huir de un simple minotauro de dos brazos. En cuanto giré mi hacha descubrí que lo hacía en el aire vacío. Uno de ellos, dos, quedaron sobre el suelo con golpes bien dirigidos, pero los otros se mantuvieron fuera de mi alcance. Era suficiente, no intenté agotarme en una persecución inútil.

—Ajax —retumbé—. En nombre de la Princesa Thea ¡te desafío a un combate a muerte!

Ningún auténtico guerrero, y menos aún los aqueos, amantes de las batallas, pueden ignorar un desafío personal, y Ajax, a pesar de su ignorancia, lascividad y mugre, no era un cobarde. No perdió tiempo en responder a mi reto, aunque no pueda decir que él cargó sobre mí; más bien chilló:

—¡Minotauro, aquí estoy! —y se preparó para recibir mis golpes.

No muy convincentemente protegido por mi escudo de cuero de vaca, embestí sobre él con sólo mi hacha mortal de doble hoja, su hoja de bronce fundida y afilada en mi propia tienda. Mi hacha de combate era mucho menos manipulable que la espada de Ajax, pero mucho más mortal si alcanzaba a dar un buen golpe. Nunca golpees con un hacha como un pescador arponeando su presa: balancéala y barre en grandes círculos, de lado a lado o de la cabeza a los pies. Ajax tiró una estocada y se retiró: yo balancee el hacha, avanzando. Como su fuerte escudo desviaba mis golpes, descarté mi inútil resguardo de cuero y lo arrojé con tal despreocupación que él dejó caer su escudo y tomó la empuñadura de su espada con ambas manos. Los músculos de mis brazos, que alguna vez había admirado Thea, se tensaron bajo mi piel como las afiladas pinzas de un cangrejo. Sabes, soy torpe cuando camino por la casa. Tropiezo con las alfombras y en las escaleras. Vuelco cántaros de vino y derramo huesos sobre mi regazo. Pero un ritmo furioso me regía cuando embestía y esquivaba, embestía y esquivaba, avanzando un paso, manteniendo el terreno, avanzando, manteniendo, avanzando. El choque del metal se convirtió en música marcial que estimulaba mis pies, mis manos, mi torso, en una larga y estimulante danza guerrera. Ajax comenzó a cansarse. Se sacaba el sudor de sus ojos de cejas hirsutas; daba bocanadas de aire como un buceador peleando con un pulpo.

—Xantus —llamó al fin—. ¡Plutón, ayúdenme! —y dos de sus cohortes, que peleaban con un centauro herido, saltaron para defender a su jefe. ¡Dos, cuídate! Los tres hombres contra un minotauro. Giré mi hacha en un círculo veloz y mortal. Pero Xantus, el desorejado, utilizó su espada como una lanza y la arrojó a mis piernas. Se clavó sobre mi tobillo. Di un rugido tal que un silencio momentáneo se posó sobre el campo; los aqueos y los centauros hicieron una pausa en sus golpes y me miraron con ojos alegres o apenados; esperaban la caída de la Bestia que había caminado como un Hombre.

Mientras Xantus recobraba su espada, Ajax y Plutón volvían a su ataque.

Pensaron, sin dudas, que me encontraría cojo e indefenso. Pero mi bramido había expresado ira y no derrota. Un lado del hacha mordió el cuello de Plutón; en el mango sentí los espasmos de su cuerpo golpeado mortalmente. No tuve tiempo de recobrar mi hacha. Ajax venía a mí con la muerte en sus manos. Parecía una esfinge hambrienta. Su hedor me golpeó la cara.

—Ajax —lo reprendí—. Tienes que darte un baño. —Bajé mis cuernos y lo embestí.

Entonces escuché el grito de Chiron:

—¡Retirada, retirada al bosque!

¿Retirada? ¡Impensable! ¿No habían dicho mis antepasados: “Nunca huyas hasta que hayas perdido los cuernos”?

Pero entonces vi el motivo detrás de la orden. Un segundo ejército había ingresado en el campo.

FLECHAS Y MIEL

Un centenar de aqueos frescos había ingresado en el campo. Probablemente Ajax los había traído de la costa con promesas de oro y esclavos: los centauros tirarían de sus carrozas; los panisci se venderían en los mercados de Pilos. Nuestra retirada fue rápida pero no desorganizada. Dejamos detrás a cinco centauros muertos, sus extremidades retorcidas con la lúgubre torpeza de la muerte, y sin embargo sus ojos todavía estaban abiertos y aparentemente tan sensibles como cuando revisaban una nueva red de canales de irrigación o estudiaban los secretos de los Hombres Amarillos. Afortunadamente, los aqueos de refuerzo no nos siguieron al bosque; parecieron satisfechos con socorrer a sus camaradas en apuros, que habían perdido un quinto de su número por las coces y las hachas de batalla.

—Debemos defender el poblado —dijo Chiron cuando un bosque de algarrobos nos separó del odioso campo de batalla—. Eunostos ¿por qué no buscas a tus amigos y se nos unen? Tenemos suficiente alimento para resistir un asedio prolongado. ¿Recuerdas cómo repelimos a los lobos durante tres semanas enteras?

—Podrías traer algunos pellejos de cerveza —susurró Moschus, que me seguía de cerca.

—Si permanezco en mi casa —expliqué—, haremos que los aqueos dividan sus fuerzas. Así pequeña como es, puede resistir un asedio. —No podía admitir que dudaba de la resistencia de su poblado, a pesar de su foso lleno de lanzas.

—Como quieras —dijo Chiron, pero Moschus refunfuñó audiblemente—. Espero que tus pequeños amigos puedan manejar un arco.

—Ambos son buenos combatientes. Y, por supuesto, se culpan por la guerra. Thea ofreció entregarse a Ajax.

—No es mala idea —murmuró Moschus, pero Chiron lo hizo callar con una mirada.

—Diles que no los culpamos. Tarde o temprano, los Hombres estaban destinados a atacarnos. Somos demasiado distintos de ellos: en nuestros corazones tanto como en nuestros cuerpos. La naturaleza para nosotros es a veces irascible, otras impredecible, pero sin embargo es una amiga. Para ellos, a pesar de toda su monserga sobre la veneración a la Gran Madre, ella es una esclava o una ama. Le temen a menos que puedan encadenarla.

Fuimos a casa por el camino del poblado de Pandia. Sus viviendas eran indefendibles y queríamos ofrecerles asilo en mi tronco. No era realmente un poblado: una aldea, no más que eso, con una docena de troncos ahuecados dispuestos en anillo en torno a un terreno cuidadosamente cultivado con bayas: zarzamoras para

comer, gayubas para una bebida tónica y astringente. El terreno estaba cruzado con pequeños senderos, y estaba lleno de postes de madera con ganchos donde se podían colgar las cestas para bayas. Los extremos abiertos de los troncos daban de frente con el terreno cultivado y permitían a sus propietarios vigilar a los cuervos furtivos que llegaban con el ocaso.

Atravesé la tortuosa corriente que traía nieve de las montañas y lavaba la aldea con una brisa fría, perpetua. Nadie me saludó; nadie respondió a mi aproximación. Hice una pausa ante un cerco bajo con un borde lleno de espinas y alcé el pestillo de la puerta con tanto ruido como fue posible para anunciar mi llegada. Las partes traseras de los troncos, selladas con arcilla y teñidas de un marrón claro, me contemplaron con ojos sin párpados. Caminé entre dos de los troncos, asomando dentro del círculo, enfrentando las puertas delanteras. Cada tronco era lo suficientemente alto como para albergar a una muchacha osa de pie y lo suficientemente largo como para dos habitaciones, con sus paredes redondas cortadas y pulidas hasta alcanzar una delicada terminación. La primera habitación servía como despensa, en cuyos estantes abiertos abundaban los tarros de miel y los cuencos con bayas, y también las bandejas de pescado ahumado recientemente, un poco fétido para el olfato de un minotauro. La segunda habitación era visible detrás de una cortina de susanas de ojos negros secas y encordadas con hilos de seda. Sabía que era el cuarto para dormir, o, como lo llamaban las muchachas, el repositorium. Una de las muchachas caminaba somnolienta por el terreno de bayas, llenando un cubo que colgaba de su zarpa.

—¿Dónde está Pandia? —pregunté sin los educados preliminares.

Señaló hacia uno de los troncos.

—Durmiendo. Es el Descanso de la Tarde, ya sabes. Yo también estaba durmiendo hasta que soñé con comida.

Encorvándome hasta tener la mitad de mi altura, ingresé por el porche de la casa indicada, corriendo a un lado las cortinas de susanas de ojos negros, y encontré a Pandia durmiendo bajo una colcha de pieles de conejo, con un tarro de cola de oso cretense con sus flores amarillas y púrpuras sobre una mesa junto a su colcha.

—¿Pandia? —llamé—. PANDIA. —Ni siquiera se agitó.

—Osos —dije.

Apartó el cobertor y casi vuelca el jarro con flores.

—¿Osos?

—Osos humanos; aqueos. Han ganado la primera batalla y entrado en el bosque. ¿Querías venir a mi casa y quedarte con Ícaro y conmigo?

—Sí.

—¿Tus compañeras querrían ir con los centauros? Estarían mucho más seguros allí.

—No nos gustan los cerdos. Además —agregó—, puede que no nos molesten los aqueos. No hay nada aquí que puedan querer.

Arreglándose el pelo con un peine de caparazón de tortuga, se ató apresuradamente la faja de conejo en un lazo con extremos desiguales y me siguió fuera de la aldea sin echar una mirada hacia el terreno de las bayas.

—¿Sabes qué es la guerra? —suspiró—. Es abandonar las bayas para poder clavar espadas en la gente.

—Pero si no abandonamos las bayas, perderemos a Thea e Ícaro.

—Tienes razón —admitió—, e Ícaro vale una parcela entera. Él es como las bayas mismas, ya sabes. Bueno para tener en la mesa o en la cocina, dulce pero no empalagoso. Y no tiene carozo.

—Está aprendiendo y pronto lo va a tener. Debe hacerlo.

Trotamos a través del bosque con pies rápidos y silenciosos. Siempre bajaba mis cuernos cuando olfateaba peligro, una reacción instintiva, sin vacilación, para protegerme con mi parte más feroz. Cojo como estaba por un tobillo herido por una estocada, Pandia igualaba mi paso y a veces se lanzaba delante de mí en su impaciencia para unirse a Ícaro. La punta de su cola temblaba con miedo y excitación.

Sentí un enorme alivio cuando vi mi casa, sus amistosas empalizadas marrones levantando una isla en el atardecer. Entonces me detuve. ¡La casa estaba sitiada por las trías! Una docena de adustos obreros, visiblemente ausentes antes de la batalla, estaban rodeando el tronco con sus melosos gritos de ‘Ahogar Ícaro’ y ‘Quemar Thea’ (tal vez esperaras que tronaran como generales guerreros, pero incluso los obreros tenían voces empalagosas). Las flechas zumbaban desde el tronco como pájaros carpinteros verdes cuyas plumas guiaban los astiles. Uno de los trías se tensó en medio de un grito y cayó desde el aire como si se hubiera convertido en piedra. Bien. Thea e Ícaro estaban montados en el parapeto. Pero ¿cómo podría alcanzar la puerta con mi pierna cojeante?

—Pandia ¿quieres regresar a tu aldea? Puede que estés más segura allí.

—No mientras esas arpías estén detrás de Ícaro.

La alcé en mis brazos, inclinándome para proteger su cuerpo, y entré en terreno peligroso. Habíamos recorrido un tercio de la distancia hasta el tronco cuando nos vio un tría. Como gansos con forma de una cuña, levantaron vuelo para atacarnos con una lluvia de piedras, las que llevaban en alforjas a sus lados y arrojaban con hábiles movimientos. El sonido de sus alas era un trueno bajo y continuo. Las piedras eran pequeñas pero cortantes. Mi enorme espalda inclinada era un objetivo excelente, y también lo era la paja ardiente de mi cabeza. Por una vez me sentí feliz de mi pelo tupido que indudablemente me evitó una fractura de cráneo. La piedra que más me afectó golpeó la punta de uno de mis cuernos e hizo vibrar todo mi cuerpo como la campanilla de un carillón balanceándose. ¡Si hubieran astillado mi cuerno, juro, por Hippos, el dios de los caballos, que hubiera retorcido esos cuellos de escorbuto!

Entonces la puerta del tronco se abrió para vomitar a mis tres obreros. Dejé a Pandia en sus patas multitudinarias y pegué un salto tras ellos, golpeando el larguero

de la puerta y haciendo que la campanilla hiciera una reverberación frenética. Una vez atravesé la puerta, saludé a Ícaro y Thea sobre la pasarela bajo el parapeto. De pronto el dolor en mi tobillo explotó en mi cabeza. Tuve una breve conciencia de que caía al suelo y, al mismo tiempo, me quedaba dormido. La cálida hierba parecía una colcha de lino que me envolvía.

Desperté en los Campos Elíseos. Mi cabeza descansaba en la falda de Thea. Como siempre, ella estaba perfumada con mirra y mejorana, y su pequeña mano yacía fresca sobre mi frente. El fantasma de un sueño persistía en mi cerebro: antes de mi despertar, pareció, un fuego dulce e increíble había tocado mis labios (¿en verdad un sueño?). Cerré mis ojos para recobrar el fuego.

—Vi que parpadeaste, Eunostos. Abre tus ojos y dime cómo te sientes.

—Primero, dime qué sucedió aquí.

—Cuando llegaste con Pandia, esas horribles trías nos estaban atacando desde hacía una hora. Ahora se han ido, pero con sus piedras dejaron tu jardín hecho un desastre.

Mis parrales ensuciaban el suelo como serpientes muertas. La sombrilla estaba hecha andrajos, el horno de arcilla había perdido su puerta, y parecía como si las langostas hubiesen desnudado las ramas de la higuera. Parecía una cantera en lugar de un jardín.

Me senté y toqué mi horno estropeado por las piedras; estaba todo desconchando. Estiré mis hombros ensangrentados; Thea, descubrí, había aliviado el escozor con un paño humedecido en aceite de oliva. Palpé mi tobillo, que parecía poder sostener mi peso.

—Tenemos que esperar una invasión total —dije, y le conté sobre el segundo ejército—. Primero, debemos tener una defensa contra el fuego. ¿Qué te parece una pequeña lluvia?

Con la ayuda de una piedra suministrada por las trías, angosté la boca de mi fuente hasta que fue tan fina que se convirtió en un rociador que producía una neblina que cubría todo el tronco.

—La madera se empapará —expliqué—. Entonces no será fácil prenderle fuego, ni siquiera con flechas en llamas.

Pandia abrió sus brazos bajo la llovizna que caía.

—Pero no hay un arco iris —suspiró, e ingresó a la casa para dormir una siesta—. Es mejor que combatir —dijo desde las escaleras.

Thea, Ícaro y yo tomamos posición detrás del parapeto. Los obreros se dedicaron a hacer guardia en la puerta. Se agachaban en una posición de seis patas como si estuvieran anticipando los ataques de un ariete.

Fue Ícaro quien avistó al enemigo.

—Aqueos, unos pocos, creo. —Probablemente la mayoría había ido a atacar a los centauros—. Pero tienen un arma secreta.

El arma secreta avanzaba gigantesca a través del claro, un vehículo pesado con un

toldo que se movía de algún modo sin ruedas. Tras unos segundos de perplejidad, reconocí una harmamaxa, una enorme carreta inventada en Asia Menor, cubierta con unos toldos redondeados de lona: el botín aqueano, sin duda, de alguna de sus innumerables y remotas incursiones. En Babilonia, esos vehículos eran tirados por caballos, pero los animales eran vulnerables a las flechas y esta harmamaxa era movida por hombres que, habiendo sacado el suelo y las ruedas, la llevaban hacia nosotros sobre sus pies mientras sostenían la carreta sobre sus cabezas y la mayor parte de sus cuerpos. Así, salvo por sus pies, que llevaban gruesas botas de cuero, disfrutaban de una protección completa contra las flechas. En lugar de la tortuga inmóvil que habíamos enfrentado esta mañana, aquí había una tortuga en movimiento, lenta, pesada, pero casi inexpugnable a la distancia. A través de los alféizares en el parapeto, lanzamos un río de flechas hacia el techo redondeado. Golpeaban en la lona inofensivas como si fueran plumas, y la tortuga se convirtió en un puercoespín. Miré a Ícaro mientras ponía una flecha en su arco. Su pecho desnudo, bronceado por el sol sobre el taparrabos, se tensaba con músculos varoniles. Y, sin embargo, seguía siendo conmovedoramente un muchacho, lanzando sus flechas contra los gigantes bien protegidos de Ajax. Miré atentamente a Thea en una comunión sin palabras. Entre ambos, traté de decir, lo protegeremos, peharemos por él, moriremos por él. En cierto sentido, era el siempre inocente Ícaro el que parecía necesitar protección en lugar de Thea. Se dice que la inocencia es la armadura más fuerte; sin embargo, sólo es fuerte en compañía de los Hombres que temen a la diosa, y de las Bestias devotas; no para los aqueos.

—Tendrán que salir para atacar —dijo Ícaro, haciendo una mueca de fastidio ante su fracaso por hacer más lento el avance de la tortuga—. Entonces los mataremos uno por uno como los cerdos salvajes que son.

—Pero estarán en la empalizada —dije sombríamente.

—Eunostos —gritó sofocada Thea—. La puerta está abierta. ¡Tus obreros están saliendo!

Amado Zeus ¿significa eso que nos traicionaban? Tal vez inconscientemente había herido su orgullo.

—¡Bion! —llamé, pero escuché el zumbido frenético de su grito de guerra y eso quería decir que iban a defendernos y no a traicionarnos. Los aqueos se detuvieron. Su harmamaxa se balanceó hasta detenerse por completo.

¡Ataque!

Como perros enojados, revolotearon entre los pies desnudos de los aqueos y acuchillaron sus botas de cuero con feroces tenazas. Sus cueros duros los protegían de las patadas desganadas de los Hombres que estaban tratando de sostener un carro sobre sus cabezas, la mayoría de los cuales no podían ver la naturaleza de sus atacantes. El carro se balanceó y sacudió como si estuviera a los saltos por un camino pedregoso detrás de un par de sementales aterrorizados, y finalmente cayó hacia un lado. Veinticinco Hombres guiados por el pánico se tomaban las piernas y corrían en

todas direcciones para escapar a las tenazas.

De todos modos, una vez que se liberaron y quedaron cara a cara con sus atacantes, decididos pero de una altura no muy considerable, los aqueos recuperaron su valor. Escuché a su comandante reuniéndolos:

—¡Ataquen en las articulaciones, Hombres!

Desviando nuestras flechas con sus escudos, golpearon repetidamente en las extremidades frenéticas, con aspecto de raíces, y sus espadas afiladas comenzaron a cortar a través de las juntas. El resultado no sería menos lamentable pese a ser inevitable. Mis obreros pronto estuvieron cojeando sobre la hierba, completamente indefensos, mientras los guerreros golpeaban contra la membrana fuerte pero no impenetrable que unía las mitades de sus cuerpos, hasta que ambas partes quedaron tumbadas, retorciéndose en una agonía individual. Así murieron mis amigos valientes y amados, leales como perros y mucho más inteligentes; artistas de lo maravilloso y guerreros.

Ícaro se descompuso del estómago, y yo... bien, corrí escaleras abajo, sacudiendo mi arco y lanzando cada juramento que llegaba a mi boca: ‘¡Carniceros!’ ‘¡Amantes de lobos!’ ‘¡Norteños!’ Quería ir con mis amigos, indefensos como estaban, y vengar su desmembramiento.

Una flecha de clavó a mis pies y me detuvo.

—Eso es lo que quieren —gritó Thea, blandiendo su arco—. Atraerte hasta un claro y atacarte a hachazos hasta matarte. ¡Atranca la puerta y regresa al parapeto! — Hablaba con la brusca urgencia de una amazona, pero las lágrimas habían humedecido su túnica y parecía una niña que había perdido su muñeca. La rabia al contemplar a mis obreros se convirtió en ternura ante la valiente muchacha que, a pesar de su dolor, había actuado para salvar mi vida. Tranqué la puerta y regresé al parapeto para observar a los decididos aqueos enderezar su harmamaxa y reanudar su avance hacia la fortificación. Detrás de ellos, diez de sus camaradas habían caído por las flechas y por las tenazas de los telquines.

Ícaro protegió sus ojos del sol y señaló hacia el cielo occidental. Diminutas formas voladoras se materializaron en nueve pares de trías, cada uno sosteniendo una rama que, a la vez, sostenía un gran cubo. Cuando estuvieron sobre la casa, comenzaron a inclinar los cubos y verter sus contenidos sobre nuestras cabezas. Ámbar, marrón y amarilla por turnos, la sustancia era demasiado espesa para ser aceite; serpenteaba mientras caía como una pesada cuerda colgando sobre nuestras cabezas. Miel. Miel hirviendo que siseaba cuando tomaba contacto con el rocío de la fuente y, aún no enfriada, azotaba con serpentinas y salpicaduras nuestra piel como una horda de mosquitos terribles. Nos sacudimos las quemaduras y al mismo tiempo tratamos de alzar nuestros arcos, pero la niebla ondulante de la fuente deformaba nuestra puntería, y las trías vaciaron sus cubos y volaron fuera de nuestro alcance antes de que pudiéramos reducir sus filas.

Por entonces la harmamaxa había alcanzado la empalizada y se unía a la puerta

como un hongo enorme. Sentimos los golpes de hachas bajo nuestras sandalias. Sin dejar su tienda, los aqueos habían cortado las paredes de lienzo y ahora amenazaban romper el rectángulo de roble de la puerta. La pérdida de sus camaradas les había dado espacio para blandir sus hachas.

—Ícaro —dije—, ayúdame a poner el horno sobre el parapeto.

Sus ojos se iluminaron con expectativa.

—¡Lo dejaremos caer sobre sus cabezas!

Lo arrastramos, empujamos y luchamos para subirlo por la escalera; lo situamos, vacío pero pesado, sobre la harmamaxa.

—¡Ahora!

El techo de lona, que había detenido una veintena de flechas, se combó bajo el horno. Un ruido sordo. El gemido de cuerpos aplastados. Movimientos apresurados ocultos bajo el toldo parcialmente desinflado pero todavía sin rasgarse. Entonces, otra vez, el crujido mortal del hacha, que mordía la madera como una comadreja hambrienta, un poco más hambrienta con cada mordisco, que sólo se sentiría saciada cuando oscilara en el aire.

No había más hornos para dejar caer sobre sus cabezas. Consideré otras defensas. ¿Rociarlos con flechas cuando derribaran la puerta? ¿Cargar entre ellos con mi hacha de combate? El repentino regreso de las trías decidió la cuestión.

—Retirada —grité—. No podemos combatir con dos enemigos al mismo tiempo.

Bajamos gateando las escaleras, encogiéndonos cuando las gotas calientes comenzaron a golpear nuestras espaldas, y alcanzamos el frescor agradable de las escaleras. Último en descender, hice una pausa para observar a través de la niebla de la fuente el jardín en ruinas y la sombrilla hecha harapos, las parras y la higuera sin hojas. El amor de una Bestia por su jardín puede ser tan fuerte como el que siente por otra Bestia, dado que los jardines son seres vivos. ¿Quién puede decir si las amapolas sueñan con mariposas en nubes de amatistas, si las higueras temen la llegada de las abejas hambrientas para picar sus frutos, si las parras se sienten jubilosas a la luz del sol y, entibiándose, se adormecen bajo la sombra alargada de una sombrilla? Sueños, temores, júbilo y descanso... y amor, siempre amor. Hojas en lugar de extremidades, pero corazones y cerebros, identidad e individualidad. No es necesario caminar para poder amar.

El sabor de la pérdida era una uva amarga en mi boca.

Al pie de las escaleras, empujé la palanca que liberaba un panel oculto y obstruía el hueco de la escalera con tierra. Los faraones de Egipto utilizan el mismo principio en sus tumbas para resguardar a sus momias y sus catafalcos con forma de barcos. (¿Dónde crees que aprendieron su secreto los egipcios? De mis ancestros).

—Puede que lo descubran —dije—, pero dudo que traigan palas. Los aqueos son combatientes, no fontaneros.

—¿Y si lo intentan?

—Saldremos por la puerta trasera.

—¿Puerta trasera? —gritaron Thea e Ícaro al unísono.

—Sí —dije, haciendo una pausa para dejar que crecieran sus expectativas. Siempre es placentero divulgar un secreto bajo circunstancias dramáticas—. ¿No creerán que vivo en una casa con una sola puerta, verdad? ¿Recuerdan mi cueva? Dos puertas, a pesar de su aparente rusticidad. Aquí es igual. Permítanme mostrarles.

Entre las raíces, en la pared más alejada del dormitorio, una piedra enorme, del ancho de mi espalda, descansaba en su gris anonimato. Le di una coz seca y la piedra giró sobre un pivote para descubrir un pasaje angosto no más alto que un minotauro en cuatro patas.

—Pasa justo bajo el campo y sale en el bosque. Mañana o pasado mañana, puedo fisgonear por la casa y hacer un reconocimiento para ver si los aqueos han abandonado el tronco. No van a quedarse aquí permanentemente. Hay abundantes riquezas para robar en otras partes de Creta. Cuando regrese, golpearé seis veces y entonces podrán abrir la puerta.

—Es tiempo de cenar —dijo Pandia, levantándose de su siesta en el musgo, o más bien, levantándose con el musgo y pareciendo un matorral ambulante—. ¿Ya vencieron al enemigo?

Le conté sobre nuestra retirada.

—Habrán traído provisiones, supongo.

—Adecuadas pero no muy elaboradas.

—Tendremos que ponernos a dieta.

Subimos por la escala para preparar una cena frugal. A la luz de una sola lámpara, las parras usualmente amigables parecían sombrías, amenazaban estrangularnos, como si pudieran caer sobre nuestras cabezas, ajustando sus zarcillos correosos en torno a nuestras gargantas. Entre nosotros había platos de queso y un tipo de pan llamado gouros (masa mezclada con lentejas), un pellejo de cerveza y una taza de agua para Pandia. Cuando Pandia preguntó por los dulces, Ícaro le trajo un tarro de poleo de la tienda. Pero la visión de la fragua y las mesas sin sus fieles obreros le quitó el apetito.

—Eunostos —dijo— ¿crees que podríamos decir algo en memoria de Bion y los demás?

—Trataré —dije, y compuse un poema breve, tosco y sin pulir pero al menos afectuoso:

Elegía a un telquín
¿Quién defenderá los nidos,
irá a juntar setas,
ordeñará sus crías de áfidos?
Suavemente déjenlos descansar.

Hubo un largo silencio y luego tratamos de hablar. Toqué la mano de Thea.

—Estamos muy seguros aquí abajo. No pueden alcanzarnos sin excavar un largo rato, y los escucharíamos con tiempo suficiente como para salir por la puerta trasera.

Incluso si cierran la fuente, secan el tronco y le prenden fuego, estamos aislados por las raíces.

Ella forzó una sonrisa.

—Las raíces, dices. Parecen... bien, como si se hubieran vuelto venenosas y estuvieran comenzando a observarnos.

—Nada que viva bajo la tierra te va a lastimar. No aquí, al menos. Sólo pueden hacerlo las cosas que están en la superficie.

—Los aqueos —dijo ella—, y esas brujas de las trías. Fue todo mi culpa, Eunostos. Si hubiera aceptado las proposiciones de Ajax, nada de esto hubiese sucedido. Me hubiera llevado de regreso a Micenas con él y su concubina (los aqueos, dicen, son sorprendentemente corteses con sus mujeres en su propio país), y criado a Ícaro como a su hijo.

—Pero no habrías venido al bosque. No habrías sabido de tu madre.

—O de ti. No rechazo al bosque, Eunostos. Rechazo lo que traje conmigo del mundo de los Hombres. Abrí una puerta.

—Un bosque es como una serpiente —dijo—. Ocasionalmente necesita cambiar de piel, sólo por el cambio mismo. A veces muda con las estaciones. Ahora, está mudando en una forma diferente, más difícil pero sin embargo necesaria. Cambia la seguridad cuando amenaza en convertirse en estancamiento. Sin embargo, puedes estar segura de que su nueva piel será más fuerte y más hermosa.

—Eres muy generoso —dijo ella—, pero no muy honesto.

Pandia parecía estar durmiéndose. Había cerrado los ojos y abierto la boca. El resto de nosotros trataba de hablar y evitar la aprensión que llega con el silencio.

—Espero —dijo Ícaro— que los aqueos quieran tu tienda tanto como nosotros. Me refiero al oro.

—Sí —dijo—. Para fundirlo en su propio país. Sabes, son excelentes orfebres, sino te molestan sus motivos morbosos. Deberías ver sus máscaras de la muerte.

—Máscaras de la muerte —dijo Thea pensativa—. Y parrales muertos sobre nuestras cabezas. Las serpientes antes amistosas han muerto. O algo las ha matado.

—Tonterías. Es por la forma en que arde la lámpara. Hace que todo parezca muerto. Como Pandia allí. Creo que es tiempo de acostarse.

Thea e Ícaro se pusieron de pie.

—Llévense la lámpara —sugerí—. Prenderé otra para mí.

Pandia no se movió.

—Pandia, despierta y vamos a acostarnos —dijo Thea—. Estarás más cómoda sobre el musgo. —Sostuvo la lámpara ante el rostro de la muchacha. Los ojos redondos estaban cerrados como puños; la boca vívida se había secado en una palidez mortal.

La razón estaba en su nuca, una protuberancia pequeña y oscura. La aplasté con mis dedos: sus pequeños huesos se rompieron con facilidad; sus plumas rezumaron sangre, la sangre de Pandia. Arrojé la pulpa al suelo con el espasmo de un escalofrío

incontrolable. Una éstrige, el búho vampiro. Pandia levantó su cabeza y luchó por abrir los ojos. Se frotó la nuca.

—Soñé con osos. Estaban persiguiéndome hasta que me sentí muy cansada. No podía ponerme de pie. Sentía su aliento caliente sobre mi nuca.

Señalé el cuerpo aplastado.

Ella se sobresaltó y se aferró a Ícaro.

—¿Una éstrige?

—Sí, pero la encontramos a tiempo. Te sentirás bien por la mañana. Debe haber bajado volando por las escaleras mientras combatíamos a las trías en el jardín. Sin dudas, las mandaron para maldecirnos. Ratas, polillas, todas las criaturas voladoras de la noche son sus amigos. Puede haber más.

Buscamos por la casa, revisamos el musgo del suelo del dormitorio, miramos bajo las mesas de la tienda, nos paramos sobre bancos con una lámpara para revisar el techo del refugio y encontramos una segunda éstrige, enroscada entre las raíces y aparentemente dormida. Suave, marrón, cubierta de plumas, parecía tan indefensa como una cría de conejo, pero vivía de la sangre, que succionaba tan discretamente que la víctima podía morir sin descubrir su presencia. Si encuentras un animal muerto en el bosque sin razón aparente, examina su nuca en busca de marcas de dos pequeños colmillos.

Thea estaba visiblemente perturbada. Puso un brazo protector en torno al hombro de Pandia y le susurró:

—Querida, todo está bien ahora. No sucederá otra vez.

—Sí —dije—, todo está bien, pero creo que nos sentiremos más seguros si dormimos juntos en el dormitorio.

Descansamos uno cerca del otro, Ícaro, Thea, Pandia y yo, y compartimos el calor de la esperanza en una de esas horas sombrías y aparentemente interminables que siempre concluyen, como los banquetes, los juegos y el amor. Pandia aferró mi mano hasta que se quedó dormida, y luego sostuve sus dedos, su casi zarpa, con ternura (y sin embargo deseando, tengo que confesar, que ella fuera Thea). Estaba cansado y triste, había perdido a mis obreros, y mi tobillo herido me latía como si los tentáculos de un pulpo apretaran y aflojaran, apretaran y aflojaran alternativamente la carne partida. El musgo habitualmente suave agravaba las magulladuras y quemaduras de mi espalda.

Desperté en medio de la noche, cuando la llama delgada y parpadeante anunció el próximo agotamiento de su aceite. Thea se había ido. Pensé: fue a entregarse a los aqueos.

MATALOBOS

—Voy a hacerla regresar —dije cuando Ícaro y Pandia despertaron por mis sacudidas urgentes, parpadeando ante la luz de la lámpara agonizante—. Voy a traerla de regreso y a matar a ese asesino de Ajax. Es un Hombre malvado, sus Hombres son lobos, y no saldrán del bosque con Thea. —Me sentía como el lecho rocoso de un arroyo en verano, seco, sediento y rociado por un fino polvo proveniente de Libia. Me sentía... vacío.

—Yo también voy —dijo Ícaro.

Negué con la cabeza y le expliqué impaciente el motivo por el cual él y Pandia tenían que quedarse en la casa, ella por protección, él para protegerla.

—Puedo llegar donde tú no —continuó, el soldado inusual que reconoce la poca frecuente oportunidad en que tiene que cuestionar a su comandante—. Pueden ver tu pelo rojo a una milla, incluso aunque andes encorvado pareces tan grande como un grifo. Pero yo puedo *escabullirme*. Soy muy bueno para eso. En Vathypetro aprendí a salir a escondidas del palacio cuando tenía seis años, y desde entonces he continuado practicando.

—Yo también voy —dijo Pandia—. No puedo escabullirme pero puedo morder. —Mostró sus dientes pequeños pero numerosos—. Están entrenados con cabezas de pescado y bayas.

—Alguien tiene que quedarse aquí —le expliqué—. Para permitirnos a Ícaro y a mí regresar a la casa. Estarás bastante segura. Si escuchas que alguien está haciendo un túnel, entonces y sólo entonces puedes alejarte por la puerta de atrás.

Pandia asintió con tan mal humor que vacilé en volverme y dejar mi cola al alcance de sus dientes. Afortunadamente, Ícaro la ablandó con un beso fraternal sobre su cabeza. Vestidos con taparrabos y armados con puñales, nos agachamos para ingresar en el túnel. En un espacio tan limitado no queríamos vernos incordiados con arcos y flechas.

El túnel no era lo suficientemente alto como para estar de pie, y sólo a veces era lo bastante alto como para avanzar gateando; en ocasiones teníamos que reptar sobre nuestros vientres, raspándonos piernas y brazos con piedras y raíces, y recordé que mis obreros habían construido el pasadizo para sus propias peregrinaciones y no para la evasión de un minotauro de más de dos metros y del hijo de una dríada de un metro y medio.

—Ícaro —lo llamé detrás de mí; mi voz retumbó en el estrecho corredor de tierra como el iracundo Dios-Toro antes de enviarnos un terremoto—. Vamos a salir a un curso de agua que nos va a sacar del túnel. Iré primero. Si todo está bien afuera,

regresaré nadando y te sacaré. Si no es así, espera unos minutos y regresa a la casa.

El agua subterránea estaba casi tan fría como la nieve derretida que alimentaba el curso en las montañas. Me zambullí, salvé un pasaje del tamaño de una puerta y me deslicé hacia la superficie en el mismo arroyo que pasaba por la aldea de Pandia. Traté de no hacer ondas en dirección a la orilla, donde una enorme rata acuática había fijado sus ojos en mí ante la boca de una madriguera que pertenecía a un paniscus, donde unas ramas verdes se balanceaban en la corriente como los mechones de pelo de las dríadas ahogadas. Regresé por Ícaro y, temblando violentamente, escalamos al banco y nos sacudimos para recuperar el calor.

—Eunostos —castañeteó—. ¿R-recuerdas cuando d-dijiste que un día seríamos viejos c-camaradas enfrentando juntos una batalla?

—Sí.

—Bueno —dijo—. Aquí estamos. No viejos, pero sí camaradas. Quiero que sepas que a cualquier lugar donde vayas, yo iré. Para luchar a tu lado y hacer guardia cuando duermas. Quiero que sepas que somos... amigos.

He conocido dos amores, pensé, uno por una muchacha que deseaba ser mi hermana y por lo tanto me cortaba como el coral quebrado; otro por un muchacho que deseaba ser mi hermano y por eso me consolaba como el musgo sobre el cual duermo. Si hubiera muerto antes de que llegaran al bosque, mi alma hubiera sido una serpiente, bondadosa pero fea y prosaica. Ahora será una mariposa, y ninguna barrera de viento me apartará de los peligrosos abismos de las nubes o de los campos leonados de girasoles.

Calientes por fin, nos arrastramos hasta el borde del campo donde estaba mi casa. Un espiral de humo se alzaba del jardín, como brotes de alubia escalando hacia el cielo, y el olor de carne de venado irritó nuestras narices.

—Los canallas —dijo Ícaro—. Se están atiborrando en tu casa.

—Sí —dije—, pero al menos no la han quemado.

—Piensa en la limpieza de la casa una vez que se hayan ido —suspiró—. Huesos en la fuente. Pellejos de uva en el banco. Y ya sabes... —bajó la voz—, no se molestarán en usar el baño.

Cuando nos alejamos de la casa para ir a cumplir nuestra misión, la serpiente Pérdix se enroscó a nuestros pies.

—Tío —dijo Ícaro, amortiguando su grito de alegría hasta convertirlo en un susurro. Sujetó a la serpiente en su mano y la dirigió hacia él con gran solemnidad, pronunciando cuidadosamente cada palabra con un énfasis distinto—. ¿Sabes que Thea ha sido hecha prisionera?

Pérdix abrió la boca, donde asomó su lengua bífida.

—Dice que comprende —explicó Ícaro—. Es la única forma en que puede comunicarse, dado que nunca aprendí a hablar en auténtico serpentino. En verdad comprende lo que yo digo. No todo, por supuesto. Los adjetivos son un problema. Pero si hablo lentamente, comprende los sustantivos y los verbos. La vez en que Ajax

estaba persiguiendo a Thea, justo antes de venir al bosque, fui yo quien mandó a Pérdix a la habitación para irritar a Ajax. Puede ayudarnos ahora, creo. —Puso a Pérdix en su lugar favorito en la bolsa del taparrabos. Yo todavía no estaba convencido de que la serpiente pudiera ayudar en nuestra misión, pero no me atrevía a subestimarla con esos colmillos.

Ícaro con su serpiente ya no era un niño con una mascota. Ícaro trataba a Pérdix como un guerrero trata a un aliado de fiar, un caballo o un perro de guerra, con confianza, afecto y dignidad. Los tres nos dirigimos hacia el pueblo de los centauros, el lugar obvio donde debería estar la principal cantidad de aqueos y también para la rendición de Thea.

Mientras recorríamos el camino, descubrimos que Ajax nos había antecedido en la aldea de Pandia. Ninguna casa había escapado al pillaje, y el tronco de Pandia había sido partido al medio con un hacha. La vajilla destrozada y algo de pescado ahumado, evidentemente no del gusto de los conquistadores, eran el único testimonio de lo que una vez había sido una despensa bien provista. Habían vaciado las jarras de cola de oso cretense, como si sospecharan que escondían monedas, y lo peor de todo, habían convertido el plantío comunal de bayas en un terreno destrozado con cuervos escandalosos, postes arrancados y parras arrasadas. Los osos mismos, si habían permanecido allí, debían haber sido capturados y llevados en su marcha.

Ícaro contempló a los cuervos y los dispersó con una vasija de miel bien dirigida.

—Me alegra que no viniera Pandia —dijo—. Hubiera roto su corazón.

—O revuelto su estómago —dije, y reanudamos nuestro viaje mientras los deseos de venganza y de rescate espoleaban mis patas.

Nos acercamos a las granjas de los centauros con gran sigilo, por si acaso el asediante Ajax hubiera puesto centinelas en la retaguardia. En el lugar donde el bosque se convertía en un viñedo, Ícaro subió a un árbol para localizar al enemigo. Yo no soy muy adepto a subir árboles (salvo los robles de las dríadas). Las ramas ceden bajo mi peso o atrapan mi cola. Pero Ícaro se movía en el follaje con un talento que honraba la raza de su madre; y tras el reconocimiento se liberó sin un crujido.

Una tela de araña cubría uno de sus ojos y le daba el aspecto de un pirata, y la ferocidad de los piratas crepitó en su voz cuando me contó lo que había visto.

—No están sitiando el pueblo —dijo—. ¡Ya lo han capturado! Estamos demasiado lejos para que lo vea claramente, pero pude distinguir grupos de Hombres con cascos deambulando por las calles, como si se hubieran apropiado del lugar. Tengo que acercarme más para poder apreciar la situación con claridad.

—Esperaremos hasta la noche. Entonces iremos juntos.

La oscuridad es algo que se va en lugar de llegar; una ausencia de luz más que la presencia de alas de murciélagos, telas de momias y cuervos, o cualquier otra figura extraña con la cual los poetas suelen describirla. Pero algo que se va puede ser tan bien acogido como algo que llega, y la luz del día, odiosa por lo que mostraba, se desvaneció como una lámpara que ha quemado todo su aceite de oliva y nos deja al

generoso resguardo de la noche. Cruzamos los viñedos, sus parras verdes invisibles bajo el cielo sin luna, y evitamos los establos para no excitar a los animales. Vimos, tras escucharlas primero, dos patrullas de aqueos. Habían estado festejando; todavía estaban bebidos. Cantaban o reían mientras hacían sus rondas, y hacían una pausa en cuanto se cruzaban para intercambiar festividades. Bajo sus cinturones llevaban pequeñas vasijas que intercambiaban y vertían en sus bocas con gestos de satisfacción. No fue difícil evitarlos. Si nos hubieran visto, nos hubiesen tomado por un par de palmeras con troncos anchos y sin follaje.

Salimos a un olivar que había visto antes junto al foso, y ninguno de los árboles parecía fuerte y discreto como para que me sintiera confiado para arriesgarme con mi peso en sus ramas. Vi que la mayoría de los aqueos se habían reunido en el teatro para un banquete. Habían hecho un fuego en el foso y, usando sus espadas como asadores, comenzaron a cocinar su cena. Thea, nuestra preciosa, entregada Thea, estaba sentada en una de las filas de asientos y contemplaba apática Hombres, fuego y comida. Xantus, el Hombre sin orejas, señaló hacia el fuego como si dijera ‘¿No quieres compartir nuestra fiesta?’. Ella negó con la cabeza. ‘Thea’, quise gritar, ‘acepta la invitación. Tu última cena fue un poco de queso y una rodaja de pan. Fuiste con los aqueos por propia voluntad y ahora debes comer su alimento para mantener tus fuerzas’. Entonces descubrí la razón de su abstinencia. Los Hombres no sólo se estaban comiendo a los cerdos domésticos de los centauros sino a algunos de los monos azules del bosque. Los cuerpos despellejados y asados eran claramente reconocibles a la luz del fuego mientras cocineros ansiosos se empujaban entre sí para ponerlos más cerca de las llamas y girarlos. Monos azules. Los monos de Thea. La risa del bosque, había dicho ella. Pensé en lo que debió sentir cuando se los ofrecieron en un plato o ensartados.

Los Hombres que no estaban cocinando bebían en abundancia de los cuernos o de los pellejos, cantaban canciones procaces sobre las mujeres de sus conquistas: israelitas huesudas que les clavaban un cuchillo por la espalda en cuanto cerrabas tus ojos; egipcias de piel olivácea que presumían de sus esfinges y pirámides y los hacían sentir como bárbaros insensibles; y cretenses de pechos desnudos que eran buenas amantes una vez que habían satisfecho su orgullo al hacer una demostración de resistencia. Un Hombre cantaba una balada sobre los famosos senos cretenses, los que invariablemente comparaba con hormigueros, piras funerarias y cascos, ninguna de las cuales me parecía una comparación feliz (por ser un poeta tal vez soy demasiado crítico). La risa, grosera y brutal, interrumpía las canciones, y Ajax, el presumido vencedor, se movía entre sus Hombres, bebía su vino y reclamaba que le ofrecieran trozos asados de sus espadas.

Hasta aquí, los conquistadores. Los conquistados yacían en las calles. Los cuerpos tristes, desgarrados de ese elegante pueblo de las granjas, los centauros, junto a sus casas astilladas, los faroles rotos y los tapices desgarrados, testimonios de una batalla feroz en el mismo corazón del poblado. Los centauros sobrevivientes, vi

entonces, habían sido encerrados en el establo con sus ovejas y bueyes y ahora eran custodiados por un pequeño contingente de soldados, la mayoría de los cuales permanecían en la puerta mientras dos de ellos patrullaban las empalizadas altas y virtualmente inescalables. Ninguno de los machos había sobrevivido a la batalla; los prisioneros comprendían un puñado de hembras y niños, junto con los desventurados osos de Artemisa y tres panisci. Me sentí igual que cuando mis obreros fueron descuartizados ante mis ojos; pero esto era peor, porque los centauros son seres superiores, no menos leales y mucho más bondadosos e inteligentes. Chiron, el rey irreprochable; Moschus, cargoso pero querible: sus rostros se me aparecieron, sus crines nobles y el trueno de su galope. Pero las lágrimas son un lujo que no se permite a los guerreros en el umbral de una batalla. Sofoqué mi pena alojándola en un lejano rincón de mi cerebro y dejé que mi ira llameara como los fuegos en la forja de Hefesto, el dios herrero, cuando hace funcionar sus fuelles: la ira que espolea el cuerpo hacia el valor y la mente hacia la destreza.

—Esos pobres centauros —dijo Ícaro cuando abandonamos los árboles y nos encontramos para susurrar planes—. Y los monos azules. ¿Cómo piensas que los consiguieron los aqueos? —Era el niño que se prolongaba en él el que lamentaba a los centauros y los monos con el mismo dolor.

—Son criaturas confiadas. Ajax puede haberlas atraído directamente hacia el poblado ofreciéndoles comida. O tal vez siguieron a Thea.

—Ojalá pudiéramos entrar en el pueblo tan fácilmente como los monos.

—Tal vez —especulé—, podamos enviar un arma aun cuando no podamos ir nosotros mismos.

—¿Un arma secreta? —El harmamaxa lo había fascinado. Pero el arma que yo tenía en mente era menos obvia y mucho más malvada.

—¿Recuerdas cuando te conté sobre nuestra guerra con los lobos y cómo Chiron pensó en alimentarlos con matalobos? Es una raíz de apariencia bastante inocua, parecida a una zanahoria oscura. Pero los monos aman las raíces de todo tipo. Si podemos hacerles comer matalobos y conducirlos hacia el pueblo antes de que mueran...

—Los aqueos se los comerían, pero Thea no podría. ¡Se envenenarían!

—Exactamente.

—¿El veneno siempre es fatal?

—Cuando es tomado en cantidades suficientes. En cantidades más pequeñas actúa como un sedante. De cualquier forma, el enemigo quedará sin conocimiento el suficiente tiempo como para que liberemos a los cautivos y tomemos el pueblo.

Pasamos la noche en mi cueva, sentados espalda contra espalda, compartiendo el calor del otro en el aire frío y húmedo: de amigo a amigo, recordando lo que habíamos perdido; de guerrero a guerrero, planeando la venganza de mañana y pensando en las esperanzas que teníamos de ganar.

Ícaro dijo, al fin:

—Eunostos, estoy helado por todos lados menos en mi espalda —entonces lo acuné en mis brazos hasta que se durmió. No deseaba pasar como un niño, pero le agradaba el momento de relajación de la postura de guerrero deslizándose hacia las viejas costumbres infantiles de necesidad y dependencia, también le agradaba que su amigo fuera paternal y lo protegiera. Una de las formas del amor es satisfacer la juventud, la pequeñez y la indefensión del ser amado.

Cuando el sol deslizó sus apéndices amarillos en la cueva fuimos a buscar matalobos. La planta nunca había prosperado en la templada Creta. Su hábitat favorito son las montañas frías al norte, tierra adentro, donde el sol a veces es un visitante en lugar de un rey.

—Pérdix nos ayudará —anunció Ícaro—. Una serpiente tiene que saber sobre raíces de todo tipo. Vive entre ellas. —Extrajo la serpiente de su bolsa y la manejó con ternura—. ¿No es cierto, Pérdix?

—¿Comprende la palabra ‘matalobos’?

—Se explica a sí misma ¿no? —A la serpiente le dijo, con énfasis—: MATALOBOS. RAÍCES PARA MATAR A UN LOBO.

La lengua tembló con lo que presumí era comprensión y tal vez un toque de petulancia porque Ícaro le hablaba como si él no tuviera lengua para atrapar las vibraciones del lenguaje humano. Ícaro se agachó para liberarla y, antes de que tocara el suelo, la serpiente escapó de entre sus dedos. Nos apresuramos a seguirla a través de la maleza.

—Creo que va detrás de una hembra —susurré cuando el sudor de la persecución había comenzado a enmarañar mi pelo.

—Está haciendo su trabajo por Thea. Después de todo, ella es su sobrina nieta. Sin embargo —admitió—, espero que me quiera más que a ella. Yo nunca le pisé la cola.

Al poseer mi propia cola (aunque la altura a la que está la preserva de pisotones), pude entender la preferencia de la serpiente.

En menos de una hora, nos condujo a un acantilado desparejo e imposible de escalar que forma el límite oriental del bosque. A la sombra del acantilado, debajo de un enorme algarrobo, encontramos un matorral de matalobos. Como su tocayo de cuatro patas, las plantas preferían las sombras a la luz del sol. Sabía que hacia fines del verano explotaban en flores llamativas pero de alguna forma siniestras, como viseras de cascos, de azul, amarillo, púrpura o blanco; ahora, de todos modos, las hojas parecían manos delgadas y estrellas. Las arrancamos tirando de sus tallos y sacudimos la tierra de sus gruesas raíces. No parecían apetecibles, pero tampoco lo parece una zanahoria, un pescado crudo o un pollo desplumado.

No fue difícil encontrar una manada de monos azules, los animales más felices y tal vez los más parlanchines. Se puede escuchar su parloteo a gran distancia, una multitud de gritos que funden sus aislados agudos en una música única. Alegres, confiados, afectuosos, nos reconocieron a Ícaro y a mí como caras familiares y, al

mismo tiempo, espiaban el cebo en nuestras manos. Uno de ellos saltó sobre mi hombro y, enroscando mi cuello con sus piernas, se inclinó para aferrar una raíz. Hice un ligero parloteo que suponía se aproximaba al de los monos e hice un gesto hacia el pueblo de los centauros, como si le dijera que lo alimentaría cuando lo alcanzáramos.

Miré a Ícaro y vi lágrimas en sus ojos.

—Estamos matándolos por Thea —le recordé—. Para salvarla de esos canallas.

—Lo sé —dijo—, pero una traición sigue siendo una traición. Sino ¿por qué estás llorando?

—Yo no estoy llorando —dije tan bruscamente que el mono saltó de mi hombro—. Estoy tratando de consolarte.

—Siempre estás tratando de consolar a alguien: a Thea, a Pandia, a mí, y lo haces muy bien. En verdad, eres la persona más consoladora que conozco. Pero a veces también tú necesitas consuelo. Creo que tendrías que casarte con Thea en cuanto la rescates.

Él no dudaba que tendríamos éxito o que, una vez rescatada, ella desearía casarse conmigo. Sentirme admirado por semejante muchacho... bien, me hizo sentir tan bien y adulado que mi corazón casi alcanzó mi altura.

Los monos nos siguieron en una multitud dispersa y vociferante, y esperé con preocupación que ningún aqueo estuviera vigilando desde los árboles para arruinar nuestro avance. Una vez, una dríada nos llamó desde su glorieta, su rostro suspendido entre las ramas como un nenúfar en un estanque verde. En el pasado siempre me había desdeñado, pero ahora me llamaba con un susurro ronco.

—Eunostos, cuídate. El bosque depende de ti.

En el borde del bosque, aún bajo las copas de los árboles, alimentamos a los monos. En un intento conmovedor pero no completamente exitoso de evitar que nos mordieran o arañaran, arrancaron las raíces de nuestras manos y se las comieron tan rápido que no tuvieron tiempo de notar su sabor amargo. Luego agitamos nuestros puñales y corrimos hacia las confiadas criaturas con una muestra de gran ferocidad. Al principio confundieron nuestras acciones con un juego y trataron de sacarnos los puñales de nuestras manos. Tuvimos que golpearlos de plano con las hojas para demostrar nuestra hostilidad. Nunca olvidaré sus gritos de asombro e incredulidad. Los contemplamos saltando a través de las pérgolas que sostenían los parrales, todavía en una manada y más entristecidos que asustados.

No pudimos seguirlos por el prado a la luz del día, pero Ícaro, subido a otro árbol, fue testigo del encuentro entre monos y aqueos, que escucharon su llegada y salieron a investigar. Los monos ya se estaban poniendo lentos por el veneno que golpeaba sin dolor, primero con un hormigueo y luego con un aletargamiento de todos los sentidos, y los hombres los mataron rápidamente con sus espadas y regresaron al recinto. Los aqueos, que no estaban familiarizados con el vigor habitual de los monos, no tuvieron ningún motivo para sospechar de su condición. Recibieron felicitaciones de sus compañeros por la buena caza; hicieron una pausa; parecieron deliberar, sin dudas

preguntándose si tenían que compartir sus presas con los del pueblo. La generosidad o el miedo a Ajax dieron la respuesta, y seleccionando los más gordos para mantenerlos en el recinto, ataron los cuerpos restantes con una cuerda y se dirigieron hacia el poblado.

Cuando la ausencia que es noche convirtió a nuestra presencia en razonablemente desapercibida, cruzamos los prados y, sin encontrar patrullas, volvimos a nuestros puntos de observación sobre los árboles junto al foso. Dos hogueras se retorcían en la oscuridad, como calamares anaranjados en las profundidades marinas privadas de luz: una en el teatro, la otra en el establo. El fuego multitentacular del teatro llamó mi atención.

Esa noche los aqueos no carecían de mujeres. Probablemente habían pasado la tarde cazando en el bosque y tres dríadas, ojerosas y demacradas, con su largo pelo desaliñado y, en ciertos lugares, aparentemente arrancado de raíz, eran sus presas. Me alegré de que Zoe no fuera una de ellas. Las cuatro reinas de las trías y varios de los zánganos también habían venido al banquete, pero como huéspedes en lugar de cautivos, y por supuesto sin sus obreros, que no estaban dotados para orgías. Las cuatro reinas se pavoneaban en torno al foso como si ellas hubiesen conquistado el bosque con su valiente accionar, y se escuchaba el sonido discordante de conjunto de brazaletes más cargado que lo usual: el botín, sin dudas, del saqueo de las casas de los centauros. Más tarde supe que las reinas además habían resultado ser serviciales traidoras al sorprender a los centauros en la puerta de la torre y bajar el puente para los Hombres de Ajax. Tuve la esperanza de que se pudieran olvidar de quiénes eran ellas en el alboroto de la victoria y que repartieran sus besos fatales entre sus aliados, pero prefirieron mantener su dignidad como reinas: sonreían y recibían cumplidos pero no cedían a la familiaridad del amor. Por otro lado, los zánganos reían tontamente como cortesanos entre los duros aqueos, que, junto con los cretenses, disfrutaban de considerable versatilidad en sus prácticas sexuales, y el hermano de Ámbar parecía estar juntando una pequeña fortuna en brazaletes, colgantes y anillos.

Los aqueos no discriminan en sus placeres. Pueden comer, beber y fornicar al mismo tiempo, y no perdieron tiempo en cocinar a los monos azules, junto con pescado, venado y el último de los cerdos de los centauros. Incluso mientras acariciaban un pellejo de vino, un zángano o una dríada, se llevaban a los labios el alimento mortal y lo comían con deleite. Ancas y muslos pasaron de mano en mano hasta que todos recibieron al menos una parte del tierno alimento, y suficiente veneno, confié, al menos para drogarlos si no los mataba. En la fila de asientos más alta del teatro, un sujeto sigiloso se ocultaba en las sombras para disfrutar de un mono sin compartirlo, pero tres de sus compañeros lo siguieron desde el foso, desmembraron el animal y sólo le dejaron la cabeza, la cual, de todos modos, comió sin protestar. Las vegetarianas trías no compartieron la comida, ni lo hicieron las dríadas, y cuando Ajax le ofreció una huesuda anca a Thea, ella se la arrojó en la cara. Él le dio una bofetada, arrojándola sobre las piedras, recuperó el anca y arrancó

la carne hasta el hueso con un mordisco.

—Bárbaro sangriento —murmuré—. Te clavaré ese hueso en medio de la garganta.

—Shhhh —advirtió Ícaro—. Estás comenzando a bramar. Una vez que rescatemos a Thea, podrás rugir todo lo que quieras.

Cuando los hombres hubieron bebido suficiente vino como para que flotara un birreme y comido suficiente carne como para hundir un barco, por lo habitual querían dormir, pero el sueño repentino que los abrumó les recordó los vapores de miasma que se elevan de las entrañas de Sicilia y postran a los viajeros cuando dejan sus palanquines para beber en las fuentes junto al camino. Comenzaron a desplomarse sobre las escaleras; se desparramaban en el foso con el sonido metálico de las espadas mientras las copas de vino caían de sus dedos flojos. Los que habían comido con austeridad sucumbían más lentamente; tuvieron tiempo de ver a sus compañeros con un atontado asombro antes de unírseles en la confusión.

Las trías no encontraban una explicación para el extraño sueño de sus huéspedes. ¿Intoxicados? ¿Drogados? ¿Agotados por las exigencias de la conquista? Revoloteaban sobre los cuerpos postrados, sus voces suaves cada vez más agudas; poco después gritaban, pinchando con sus dedos llenos de joyas, reclamando atención las reinas y caricias los zánganos. En silencio, las tres dríadas se acercaron a Thea y comenzaron a ayudarla a recoger los puñales aqueos.

Ámbar, arrodillada para pinchar un cuerpo recostado, levantó la cabeza para descubrir a Thea, armada y decidida, cuando aferraba la delicada membrana de su ala y le asestaba una bofetada que hizo girar su cabeza como si hubiera sido golpeada por la botavara de una vela. Para entonces los zánganos y las otras reinas se habían elevado en el aire, y la reina más anciana, la de la piel moteada y los ojos abultados, le arrojó brazaletes a Thea hasta que la muchacha relajó su mano sobre el ala de Ámbar. Con furia, Ámbar se unió a sus hermanas y le escupió a Thea:

—Querida, espero que una éstrige te chupe la sangre y que las moscas azules se queden con tus huesos.

Las trías comenzaron a congregarse sobre el foso, sacándose los brazaletes para usarlos como misiles; aunque una de las reinas era anciana, y los zánganos unos cobardes afeminados, Thea y tres dríadas extenuadas difícilmente podrían rechazar un ataque.

—¡Trías! —bramé—. ¡Voy a atraparlas con mi ejército! —Azoté el árbol como un torbellino y mi ejército de un miembro dio un rugido tal que sugirió varios minotauros.

Las trías se retiraron tan precipitadamente que dos de los zánganos chocaron y casi caen al suelo antes de poder extender sus alas y revolotear detrás de sus reinas. Se dice que las reinas, zánganos y obreros volaron a la tierra de los aqueos para vivir en el Monte Parnaso, entregar oráculos de dudosa autoridad y recibir el tributo acordado a las deidades. (Si este relato fuera un cuento en lugar de una crónica,

podrías tener por seguro que las hubiera hundido en el mar como el homónimo de Ícaro, el desafortunado hijo de Dédalo).

Thea y las dríadas volvieron a la tarea de desarmar a los aqueos. Algunos estaban muertos o agonizantes; otros estaban despiertos con dolores tremendos y sin armas. Ajax, arrodillado y atontado junto a su amigo Xantus, luchaba por mantenerse erguido y sostener su enorme espada entre él y la muchacha que había provocado su ruina.

—Mujer-loba —gimió—. ¡Voy a matarte! —Los hombres malvados atribuyen sus propios pecados, su condición de lobo, a sus oponentes.

Lenta, trabajosamente, elevó la espada sobre su cabeza, como si lo hiciera a través del agua. Ella no esperó a que descendiera, hundió su puñal en sus costillas. La espada cayó de la mano de Ajax y repicó sobre las piedras. Al principio, Ajax no cayó, sino que la enfrentó con un desafío que se desvanecía.

—Diosa —dijo, y se dobló cayendo al suelo, su barba amarilla sobre las sandalias de Thea.

Ella contempló el cuerpo con un estremecimiento de horror. Incluso a la distancia, vi la rigidez de sus brazos y la enormidad de sus ojos. Pero no lloró. Había matado a un Hombre y el acto la espantaba, pero los dioses habían forzado su mano. Se arrodilló para extraer su puñal.

Ícaro y yo descendimos de nuestro árbol. Primero entramos en el recinto y, luego de desarmar a los aqueos drogados o muertos, liberamos a los prisioneros. Ninguno habló; no había palabras apropiadas para agradecer una victoria que llegaba demasiado tarde y a un costo demasiado alto.

Finalmente dije:

—Iremos al pueblo y traeremos a los sobrevivientes al establo, donde podemos vigilarlos.

Salieron ordenadamente detrás de mí en una fila orgullosa y triste. Los panisci, furtivos y misteriosos, se desvanecieron en la noche para regresar a sus madrigueras en los bancos del arroyo. Pensé: alimentaré a los osos de Artemisa con las sobras de la fiesta aquea —pescado y venado— y les haremos camas debajo de las estrellas con los niños huérfanos de padre de los centauros.

—Thea —la llamé a través del foso—. ¿Bajarías el puente?

Se acercó a mí por el sendero que Chiron había recorrido en los tiempos anteriores a la invasión, una mujer que, a los dieciséis años, había dejado atrás a la muchacha que había sido seguida de cerca por las alas de búho de la madurez. Las dríadas la seguían con respeto y admiración. Al fin era por completo una de ellas, y la más fuerte.

—Thea —dije cuando ella salió caminando del corazón incandescente del fuego, fuera de la luz y hacia la oscuridad; salamandra, fénix, diosa, iluminando las grandes fortalezas de la noche y mi propio corazón.

LA MARCHA DE LAS BESTIAS

En total habían sobrevivido al veneno veintiún aqueos. Los del teatro se revolcaban con gemidos irregulares, girando sus cabezas como si quisieran arrancarse los demonios que poblaban sus sueños. No perdimos tiempo en llevarlos a unirse con sus compañeros en el establo.

—Una vez que me entregué se negaron a abandonar el bosque —explicó Thea cuando los guerreros somnolientos, tomándose los vientres o frotándose los ojos, estuvieron encerrados detrás de las empalizadas de espino—. De acuerdo a Ajax, yo le había provocado tantos problemas que tenía derecho a una reparación con todas las riquezas del bosque. Si le mostraba el pasaje subterráneo a tu taller, prometía liberarme. Por supuesto no le mostré nada.

—¿Qué pretendía hacer contigo? ¿Llevarte de regreso a Micenas?

—Creo que pretendía matarme. En cierta forma, parece que lo asustaba. Me llamaba la Princesa Bestia.

—Estaba en lo correcto, sabes.

A la mañana siguiente, mientras Ícaro ingresaba a mi casa a través del túnel para rescatar a Pandia, conduje a un grupo de panisci hasta el límite del prado y desafié a la guarnición que estaba en el tronco. Los panisci estaban armados con hondas, y con un hacha de batalla, y arrastrábamos a un Xantus de ojos enrojecidos con una soga para corroborar nuestra victoria. Los aqueos no tardaron en aparecer detrás del parapeto. Pude ver el destello de sus cascos a través de los resquicios.

—Hemos ganado la guerra —bramé— y matamos a su líder, Ajax. Sus compañeros supervivientes son ahora nuestros rehenes. Si desean salvarlos, y salvarse ustedes mismos, desháganse de sus armas y abandonen el bosque antes del atardecer.

Recibieron mis dichos con una risa burlona. Satisfechos en su refugio capturado, dándose un festín desde el momento en que comenzaban los cantos de los gallos hasta cuando se encendían las lámparas, tenían un buen motivo para desdeñar un ultimátum.

Arrastramos a nuestro prisionero fuera del bosque.

—Ajax está muerto de verdad y todos nosotros fuimos envenenados por su magia. —Se tomó el estómago para darle énfasis a sus palabras—. ¡Les pasará lo mismo a menos que hagan lo que dice!

Las risas mudaron en consultas, las voces excitadas en el gemido de las vigas

primitivas que sostenían la puerta. De pie en el umbral detrás de su escudo, un único guerrero se dirigió a nosotros. Su insolencia no pudo esconder su miedo.

—Envíennos a Xantus y dejen que lo interroguemos nosotros.

Podíamos soltar un rehén para demostrar nuestras afirmaciones. Un ansioso panisci lo aguijoneó con su honda, y Xantus, sin orejas, arrastrando su sogá y lanzando miradas asustadizas sobre sus hombros, se tambaleó hasta unirse con sus compañeros.

Liderados por Xantus, los aqueos dejaron mi casa por la tarde, y a la mañana siguiente enviamos a sus compañeros desde el establo para que se unieran a ellos más allá del bosque. Me había quedado con sus armas, armaduras y túnicas y, sabiendo que los aqueos consideraban a sus barbas como signos visibles de valor, los había forzado a afeitárselas con una navaja desafilada de bronce que les dejó las mejillas del color de un rábano. Reyes y conquistadores, habían llegado para humillarnos y nos habían dejado como una columna de esclavos que marcha hacia el infame mercado de Pilos.

Una vez más, el bosque pertenecía a las Bestias, pero para un pueblo cuyos héroes están muertos, cuyas aldeas están en ruinas y que debe aguardar otra invasión de un momento a otro, el sabor de la victoria puede ser tan amargo como la cicuta.

Dos semanas después de la partida de los aqueos, una patrulla de panisci atrapó a un cretense que acaba de ingresar en el bosque y lo condujo no muy cortésmente al pueblo de los centauros, donde Thea, Ícaro y yo ayudábamos a las hembras a reconstruir sus casas. De cabello negro y cintura delgada, flaco como los campesinos que viven en las chozas junto al Nilo, parpadeaba nerviosamente; parecía un Hombre que había regresado de una batalla larga y penosa, que no había ganado. Por supuesto, lo había enviado Éaco.

—Thea —llamé, deseando secretamente darle un topetazo y arrojarlo al foso—, ¿le traerías a tu huésped un poco de leche de coco? —Los aqueos se habían tomado nuestro vino y las uvas todavía no estaban maduras. Lo dejé con Thea e Ícaro en uno de los establos de bambú recientemente reconstruidos, cubierto con una de las pocas sedas que no habían sido ensuciadas por las botas de los conquistadores o usadas para limpiar sus armaduras.

Crucé el puente. Cada tarde, generalmente con Thea e Ícaro, regresaba a mi casa para trabajar y dormir. Las hembras centauro patrullaban el foso y cuidaban de los animales —dos vacas, un toro, varias ovejas— que permanecían en el recinto.

—¿Viene por tus amigos? —me preguntó una centauro cuyo nombre era Rhode, hija del noble Chiron. Antes de la guerra, llevaba un lirio blanco en su pelo. Se había cortado la crin el día en que murió su padre y los mechones cortos no podían sostener un tallo.

—Sí, Rhode.

—¿Thea e Ícaro volverán con los cretenses?

—No lo sé.

—Siempre habrá alguien que llegue para invadir nuestra paz. Nunca nos dejarán solos ¿no es cierto, Eunostos? ¿Llegó el momento de que dejemos el bosque? ¿De que regresemos a las Islas?

Se refería a las Islas Afortunadas. La tierra en el Mar Occidental de la cual proveníamos, en la era anterior a los Hombres: un lugar agradable y soleado, sin peligros... y también sin aventuras.

—Los dioses nos dirán cuándo —dije—. Creo que será pronto.

Esperé a Thea e Ícaro en mi jardín. Bajo la luz marfil de la luna, la fuente se balanceaba como una palmera empapada por la lluvia, tocando el suelo con su follaje. Había cavado una nueva escalera bajo el suelo, y por supuesto mi tienda y las otras habitaciones habían escapado a la rapacidad de la guerra. El jardín no. No había sombrilla, y mi higuera había sido arrancada de raíz y quemada su madera. Mis pérgolas estaban desnudas y las semillas nuevas que había plantado aún no habían brotado. Todavía era un jardín sin verdor.

—Cnosos todavía no ha caído —dijo Thea con excitación cuando llegó con Ícaro—. Nuestro padre aún combate. Supo por Xantus, que ahora es su prisionero, que Ícaro y yo estábamos aquí en el bosque. No pudo venir él mismo porque la ciudad está sitiada. Pero envió a su mensajero para que nos urgiera a permanecer donde estamos hasta que se gane la guerra. Eso es lo que dice mi padre, pero...

—Pero tú quieres ir con él. Creo que puedes ayudarlo.

La pasión murió en la voz de ella.

—No quiero ir —dijo ella monótonamente—. Quiero quedarme aquí contigo y con nuestros amigos. Pero él es mi padre, y los cretenses una vez fueron mi pueblo. A pesar de sus fallas, son mejores que los aqueos. Será un desastre para todos si cae Cnosos.

—¿Y qué pueden hacer Ícaro y tú para evitar la caída?

—Tú mismo nos has enseñado a pelear.

El silencio regresó al jardín; silencio, salvo por los sonidos como grillos de la fuente y la respiración agitada de Ícaro, que me miraba con la incuestionable adoración de un muchacho que espera la acción decidida, la orden infalible que solucionará su dilema.

—No quiero volver con mi padre —dijo—. Era como una sombra. Traía oscuridad por donde caminara.

—Tristeza —dijo Thea—. Oscuridad no.

—Lo que fuera, era frío. No podías tocarlo, sabes. Tenía una forma de echarse atrás como si tus dedos pudieran ensuciar su túnica. Es a ti a quien quiero, Eunostos. ¿No me he convertido en Bestia?

—Siempre lo fuiste —dijo Thea—. No tenías que venir hasta aquí, como yo, para descubrir la Bestia en tu interior. Tal vez debieras regresar para encontrar al Hombre. Al menos, un poco de él.

—Lo que quiere decir Thea —afirmé— es que tú y yo, Ícaro, tenemos corazones

como bosques. Tal vez necesitemos derribar algunos árboles y construir una ciudad.

—O salvar una ciudad —dijo ella—. Cnosos. ¿Vendrás conmigo, Ícaro? ¿Aunque sea por poco tiempo?

¿Por poco tiempo? Para siempre, pensé.

—¿Debo ir, Eunostos?

—Thea te necesitará —dije, arrancando las palabras como una flecha de mi corazón. Lo sostuve en mis brazos por última vez. Sostuve al bosque joven antes de que hubiera perdido el canto de sus pájaros más dulces y la altura de sus árboles más elevados; abracé a su cervatillo y su conejo, a su osezo y al paniscus rosa con sus pezuñas hendidas y la cola como los rizos de las parras, y al cálido pichón de pájaro carpintero, encerrado en su fortaleza de ramitas; todos seres pequeños, vulnerables y llenos de esperanza, todos seres que ambicionaban crecer. Pero yo no podía detener el paso de ese lagarto traicionero, el tiempo.

—Ícaro —dije. No fue ni un llanto ni un lamento, sino la pronunciación simple y final de un nombre que yo amaba. No lo miré cuando dejó el jardín.

Nos sentamos en medio de la fuente como si pudiéramos lavar nuestro dolor con la falta de sustancia de la luz de la luna. La tristeza de la luz de la luna es real pero un poco remota. Las estrellas lloran en soledad, y la luna, creo, es la más solitaria de las diosas. Sin embargo, están lejos, y la pérdida de la que hablan tiene la melancólica dulzura de un relato sobre la doncellez de la Gran Madre o una canción antigua que cantan las dríadas cuando giran sus molinillos y convierten la cebada en harina. Pero la tristeza de una casa y un jardín es diferente y muy cercana; tan cercana como el carbón caliente que quema tu mano o el murciélago atrapado que grita para liberarse en la maraña de tu pelo.

—Hubiera esperado —dijo ella— ver tus pérgolas con parras nuevas. —Tomó mi mano entre la frialdad de sus dedos—. Eunostos, es la tragedia de un Hombre, o de una Bestia, que dos amores te lleven en distintas direcciones. Al dejar a uno, estás destinado a abandonar al otro. Dejar, digo, no perder. Ningún amor se pierde jamás. Cambia su forma como el agua, del lago al río y luego a la nube, y cuando estamos en un desierto, cae del cielo como una lluvia bienvenida.

—No sé sobre la lluvia —dije—. Nunca fui un filósofo y ya no soy un poeta. Si tienes que irte, quiero ir contigo. Te protegeré hasta que te unas a tu padre y luego lucharé en su ejército. Sabes que puedo luchar. ¡Me has visto con mi arco!

—¿Cómo puedes dejar a tu pueblo? Sólo quedas tú para guiarlos. Mira, mi amado, tú también tienes dos amores. Aquellos que tienen un único amor ¡cuán pobres son! Ajax y la guerra, las trías y el oro. Nuestro es el tesoro de los faraones.

—No me siento como un faraón. Me siento como una palmera sin cocos.

—Tendrás que traerlas de vuelta. Y los monos azules jugarán en sus ramas. Voy a irme ahora. Tienes que cerrar los ojos. Miran y miran y piden lo que no puedo dar.

Sus sandalias dejando el jardín fueron tan silenciosas como las pezuñas de un fauno.

Éaco no olvidó a las Bestias que habían protegido a sus hijos. Envió un segundo mensajero, que bebió de un coco en la casa de un centauro, se aflojó el cinturón que oprimía su delgado talle, y me contó sobre la guerra. El ejército aqueo, parece, había peleado hasta las puertas del palacio, el cual, al carecer de los muros de las ciudadelas continentales como Micenas o Tirintos, había sido apuntalado frenéticamente con vigas, escombros e incluso las bañeras de piedra de la suite real. Éaco mismo quedó herido y próximo a morir cuando sus maltratados cretenses, entre ellos Ícaro, marcharon por debajo de los arcos corbelados de la puerta a lo que parecía ser su última y mortal derrota. Pero mientras los lamentos de las mujeres resonaban en los jardines y los patios de columnas, apareció la Princesa Thea sobre los muros y exhortó a sus guerreros a la victoria en nombre de la Gran Madre y el minotauro. Los asediados aqueos se quedaron sin aliento al ver su belleza: su falda carmesí punzante como un yelmo adornada con hormigas de un negro azabache; los pechos desnudos como la fertilidad desplegada en el mismo terreno de la guerra; las serpientes doradas enrolladas en torno a sus muñecas; las orejas en punta y el pelo que caía verdense dándole a sus rasgos cincelados una ferocidad salvaje y contagiosa.

Los aqueos olvidaron disparar sus flechas. Los espadachines cayeron de rodillas y elevaron sus espadas como talismanes sobre sus cabezas.

Un silencio y luego un clamor.

—¡Hechicera!

—¡Diosa!

—¡Princesa Bestia!

Entonces el muchacho Ícaro cargó con su escudo Bion. Vieron sus orejas en punta. Supieron que era su hermano. Habían venido para combatir a los débiles Hombres —marineros, mercaderes y perfumados cortesanos— y no a estos niños brillantes y vengadores del País de las Bestias.

—¡Princesa Bestia!

Contemplan; dejaron caer sus armas. Se tambalearon hacia el mar, pisoteando viñedos, desbandando cabras entre las lomas de amapolas rojas, huyendo, huyendo de los Hijos de las Bestias. A sus barcos de madera huyeron, treparon gateando por los cascotes como cangrejos desesperados, levantaron las velas negras hasta que embolsaron el viento y los llevaron lejos y más lejos de la playa llena de espadas y del muchacho que agitaba su escudo y les lanzaba la maldición del minotauro.

—Y ahora —concluyó el mensajero, satisfecho con el relato—, el humo de la hecatombe se ha convertido en un bosque del atardecer. ¡Ofrendas en llamas al dios de las batallas! ¡Sandáracas y mirra en las cuevas de la Gran Madre! Flores recogidas en los prados liberados: amapolas y rosas, violetas y azucenas para hacer una guirnalda para los vencedores. Thea, la Hermosa, e Ícaro, el Príncipe de los Guerreros. Éaco mismo fue cargado para que contemplara las guirnaldas. No ha olvidado tu generosidad con sus niños ni las pérdidas que sufriste combatiendo contra los aqueos. Es por eso que me ha enviado para ofrecerte el obsequio de dos barcos

para que regreses a la seguridad de tu tierra original, las Islas Afortunadas. Sus propios marineros los tripularán, y ninguna nación está más allá de su capacidad de navegación. Encontrarás ambas naves en el puerto de Faesto. Estarán aprovisionadas para tu llegada.

Llevé conmigo solamente la cesta de mimbre del día de campo con Thea e Ícaro, y en ella mi túnica verde, una vasija con cerveza, unos pocos pasteles de miel, un lápiz de caña y algunas tiras de papiro (como verás, había comenzado a escribir mi historia); y una azada sobre mi hombro. Siempre hay jardines.

Encontré a mis compañeros en el pueblo de los centauros. Pandia lideraba a los osos, que nunca habían regresado a vivir a su aldea con sus troncos saqueados y parras marchitas. A pesar de sus escasos años, ella se había hecho del prestigio de ser algo así como una amazona. Mostraba sus dientes orgullosa mientras las muchachas andaban en tropel detrás de ella y cruzaban el puente levadizo, la mayor de ellas no parecía tener más de doce años, y sostenía las manos de hijas y nietas que podrían haber sido sus hermanas.

—¿Estaría orgulloso Ícaro si me viera? —preguntó.

—Sí —dije—, y yo también lo estoy.

Siguieron los hijos de los centauros, algunos muy jóvenes, trataban de galopar en distintas direcciones a la vez, y, por último, las madres con sus escasas pertenencias atadas a sus lomos: una lámpara, una jaula de mimbre para grillos (vacía), una manta para las noches frías en el mar. En el límite del bosque, encontramos a las dríadas esperando en literas cubiertas construidas con sus árboles. Una vez que hubieron abordado los barcos, los cascos de madera las protegerían hasta que pudieran encontrar nuevos árboles en las Islas Afortunadas. Los panisci se habían ofrecido a portarlas. Nadie hubiera reconocido a los muchachos cabríos que una vez fueron traviosos cuando alzaban las literas sobre sus hombros peludos y las llevaban por el bosque sin tratar de asustar a sus pasajeras o competir con sus amigos. Tomé mi lugar a la cabeza de la compañía.

—Eunostos —llamó Zoe desde su litera—. ¿Caminarás a mi lado?

Había comenzado a representar sus trescientos setenta años. ¿Era esta seductora de gran corazón la que había bailado la Danza del Pitón y vaciado el pellejo de cerveza en unos pocos tragos? Ya no agitaba mi sangre, pero agitaba mi corazón con una ternura profunda y desolada.

Tomó mi mano.

—No eres el Eunostos que solía amar. Tú, cómo decirlo, has crecido.

—Eh, tal vez. No me he vuelto más sabio.

—Un auténtico sabio es demasiado modesto para reconocer su propia sabiduría. ¡Si no me hubiera vuelto vieja mientras tú crecías, podría haberte amado como al mejor de todos mis amantes!

Los árboles de las dríadas, que fueron despojados de sus ramas para construir las literas, habían dejado caer sus hojas en un otoño prematuro. La aldea de las muchachas osas había sido ocupada por completo por los cuervos, que habían limpiado los troncos y las bayas con la minuciosidad del fuego, y las madrigueras de los panisci habían caído en manos de ratas del agua que, con pequeñas ramas y barro, se mantenían ocupadas reduciendo las entradas a su propio tamaño. ¿Conoces la historia de que el Bosque fue una vez un dios, joven como el sol que sale del mar por la mañana? Él fue quien gobernó la tierra hasta la Llegada de la Gran Madre y luego se retiró voluntariamente al pie de las colinas con suficientes recuerdos como para estar satisfecho durante muchos siglos. Si la historia es verdadera, creo que ahora se ha cansado de recordar.

Nuestros barcos estaban fondeados exhibiendo la resistencia de los cipreses, su doble mástil, sus banderolas con forma de delfín colgando de la proa en punta y las lunas púrpuras pintadas a lo largo de los cascos. La última vasija de aceite de oliva, los últimos barriles de agua y vino, los últimos quesos y panes de corteza dura, pasas, dátiles e higos secos, serán transportados a bordo en las carretas tiradas por mulas enviadas por Éaco. Mañana, si los dioses envían vientos favorables, partiremos para las Islas Afortunadas, un viaje a mucha distancia y peligros, con monstruos con cabeza de perro con dientes tan largos como dagas y olas tan altas como palacios de tres plantas. Pero los barcos cretenses pueden nadar como delfines, jugar en las depresiones y montar las olas más altas. Han circunnavegado el gran continente de Libia; creo que encontrarán su camino a nuestras islas benditas.

Dejando mi nave a la caída de la tarde, llamando a Pandia mientras pintaba las letras Í-C-A-R-O bajo la proa, subí por última vez a la cueva que llamaba la Cámara de los Monos Azules, un santuario olvidado a la Gran Madre. He venido a terminar mi historia, escrita trabajosamente sobre papiro y atada en un rollo de pergamino como el famoso Libro Egipcio de los Muertos. Dejaré el rollo concluido en un cofre de cobre para los Hombres del futuro.

Una vez que hayamos partido para las islas, creo que la leyenda no será amable con nosotros. Los centauros tronarán a lo largo de muchas batallas como los bárbaros enemigos de los Hombres y sus ciudades bien ordenadas; y del Minotauro, el Toro que Camina Como un Hombre ¿qué dirán de él? Su cola se bifurcará, sus cuernos brotarán como la cornamenta de un ciervo, y la penumbra de sus cavernas sin luz aterrorizará a niños y vírgenes jóvenes. ‘Bestia’ se convertirá en sinónimo de ‘animal’, y ‘bestial’ será un epíteto aplicado a salvajes y asesinos. Hombres del futuro, abran esta cueva y encuentren mi rollo, leerán que no fuimos ni dioses ni demonios, ni completamente virtuosos ni por entero malvados, pero tuvimos almas como ustedes, y a veces de formas más amables; capaces del honor y el sacrificio... y el amor. Consideren si la bestialidad no es, después de todo, inherente a la

humanidad. Lean y comprendánnos, perdónennos porque una vez los derrotamos, y disculpen al autor si ha permitido que sus propias pérdidas oscurecieran su historia.

Yo, Eunostos, Minotauro, concluyo mi historia, la Marcha de las Bestias,

EUNOSTOS,
MINOTAURO

En cuanto hube escrito las letras negras y extensas de mi nombre, una mano tocó mi hombro.

—Querido Eunostos —dijo ella—. No te pediré que leas lo que has escrito. Si es verdad, no habrás hecho un agradable retrato de mí. —Una nube de luz que llegaba de la boca de la cueva iluminaba su falda escarlata con forma de campana y las serpientes doradas en torno a sus muñecas.

Su cercanía me paralizó como un trago de matalobos. Al fin dije:

—¿Van bien las cosas en Cnosos? ¿Los aqueos no han regresado?

—Todavía no. Un día, creo, nos conquistarán. Pero no pronto. Deberíamos tener un poco más de tiempo.

—¿Ícaro está bien?

—Es un gran héroe. Todas las muchachas de Cnosos están enamoradas de él.

—¿Y él de ellas?

—De ninguna de ellas.

—Y has venido a decirme adiós. Es amable de tu parte, Thea.

—¿A decirte adiós? Mi pobre, insensato minotauro, he venido para irme contigo ¡y no por generosidad!

—Pero el mar es traicionero —grité—. ¿Conoces los peligros que hay más allá de las grandes columnas? Los monstruos con cabeza de perro, los remolinos, las piedras contra las cuales uno puede estrellarse...

—Fui yo quién eligió tus barcos. Lo mejor de la flota de mi padre... al menos, de lo que queda de su flota.

—¿Dejarás a tu padre?

—Siempre lo amaré. Pero llegué tarde para amar a mi madre. Ahora su pueblo me ha llamado.

Aferré su mano y la llevé reverentemente a mis labios.

—¡Seré tu amigo por toda la eternidad!

—¡Amigo, dices! Iré como tu esposa o tu mujer, pero no como tu amiga. ¿Cómo nos conoceremos excepto a través de la carne? El alma debe ver a través de los ojos del cuerpo y sentir a través de sus dedos, o además será ciego e insensible.

—Dices que nuestros cuerpos deben encontrarse. Pero tú eres bella... y yo soy una Bestia.

—¡Sí, una Bestia como mi propia madre, y más noble que ningún Hombre que haya conocido! ¿Sabes por qué traté de eclipsarte con ropas? Porque despertabas en mí sensaciones que no tenían lugar en mi ordenado jardín de azafranes.

Se sacó el anillo con el sello que yo le había dado en el bosque y lo dejó con cariño y con una clara finalidad junto a mi pergamino.

—Ésta, mi posesión más amada, quedará para la Diosa y en recuerdo de mis amigos, los monos azules. Habiendo encontrado a mi minotauro, puedo partir sin su anillo.

Con sencilla solemnidad, se arrodilló a mis pies.

—El amor ha sido una ascensión para mí, Eunostos. Ahora he escalado hasta que puedo arrodillarme ante ti.

—No, no —rogué—. ¡No debes arrodillarte! —La alcé del suelo y la sostuve entre mis brazos, y ella me besó con tal dulzura y pasión que podría haber sido una de las atrevidas dríadas que han estudiado los secretos del amor a lo largo de trescientos años. La sostuve con una ternura feroz y sin vergüenza, sabiendo que el amor no es, como dicen algunos poetas, un fuego que barre furioso, sino un hogar que arde y que quema, es verdad, pero para templar las frías cuevas marinas del corazón e iluminar sus estanques con anémonas de radiación.

—¡Sí sólo —grité—, si sólo también pudiera venir Ícaro!

Y por supuesto lo hizo, con Pérdix.

THOMAS BURNETT SWANN

BREVE BIOGRAFÍA CRÍTICA

Robert A. Collins^[*]

1

“Yo no pienso en mi mismo como alguien huyendo hacia un pasado de faunos, tritones y muchachos hormiga”, escribió Thomas Burnett Swann a su amigo Jerry Page, “sino más bien como alguien que trae esas criaturas y sus bosques al presente. Tengo la abrumadora sensación de haber conocido a esos seres... imágenes e incluso personajes parpadean en mi mente como si la memoria racial estuviera hablando a través de mí”^[1].

La sensación peculiarmente vívida de ‘estar en el mundo’ que Swann produce, según sus lectores, se ha convertido en la marca de su estilo. “Swann no busca justificación a sus extravagantes prehumanos”, escribió Barry Eysman. “Ni los convierte en símbolos moralizantes... No, ellos parecen reales, y yo deseo sinceramente que lo sean, y en cierto sentido, en una dimensión oculta, lo son”^[2].

Contadas desde el punto de vista de las mismas ‘Bestias’, las crónicas de centauros, minotauros, faunos y dríadas sumergen al lector en una cultura alegre en el cénit de su poder, consciente de su desaparición aplazada pero que, aún así, disfruta del día a día. La impresión dominante de lo mejor de su obra es algo así como una nostalgia agridulce, sensual e inmediata. A diferencia de la Tierra Media de Tolkien, que está tan cuidadosamente velada por arcaísmos, a la que nos aproximamos a través de un sentido de la distancia casi de anticuario, el mundo de Swann es indudablemente el nuestro: sus ciudades y sus bosques, sus figuras legendarias, humanas y prehumanas, son extraídas de la tradición de nuestra propia civilización, lejana y cercana a la vez.

Nada sorprendente es, entonces, que Swann no se sintiera atraído por Tolkien. “Sólo leí *El hobbit*”, le dijo a un entrevistador, “obra que admiro pero no adulo”^[3]. Encontró más atractiva la obra de Mary Renault: “me enseñó mucho sobre las recreaciones históricas”, dijo, “pero ella siente que debe dejar lo sobrenatural fuera de la mitología... por ejemplo, cuando explica a los centauros como hombres hirsutos sobre caballos”^[4]. La mayoría de los autores modernos, advierte, son “fracasos monumentales cuando tratan los mitos antiguos”^[5], ya sea porque racionalizan a los seres legendarios, o porque superponen patrones míticos sobre personajes modernos.

“Desde la infancia hasta el presente”, dijo al entrevistador, su principal interés ha sido la “mitología clásica, aunque no algún escritor específico por encima de los otros — Homero no, por ejemplo, salvo cuando determina la dirección de toda la mitología griega— salvo Meleagro, el antiguo poeta griego, y Cátulo entre los romanos... podría seguir y seguir”^[6]. Los escenarios históricos o arqueológicos de Swann, si bien fueron creados con laboriosidad, siempre permanecen en segundo plano: están al servicio de la vitalidad de sus personajes, no la dominan.

2

Nacido en Tampa, Florida, el 12 de octubre de 1928, Swann fue el segundo hijo (su hermana, Margaret, era tres años mayor) de Thomas Burnett y Margaret Swann, de Knoxville, Tennessee, y Winter Haven, Florida. La familia era propietaria de grandes extensiones de campos, con plantaciones de naranjos. El joven Tommy era tímido e introvertido, y sentía que la riqueza y la posición de su familia tendían a aislarlo de sus compañeros de escuela. Parcialmente para complacer a su padre, se dedicó al tenis y fue la figura principal del equipo en la escuela secundaria, pero la parte más reconfortante de su vida la encontró en los libros.

“Mi primera influencia, y la mayor”, dijo más tarde, “fue *Winnie The Pooh* de A. A. Milne, que me leyó mi madre cuando tenía unos seis años. Ese libro, y un encuentro afortunado con un oso de verdad en una región salvaje de Canadá cuando tenía doce años, dejaron su marca en mí, se puede reconocer por el hecho de que siempre traté de incluir un oso en mis historias”^[7]. En la escuela secundaria descubrió a Edgar Rice Burroughs: “leí *Una princesa de Marte* y todo libro de Pellucidar, Marte o Venus que pude encontrar. Por entonces aquellos libros estaban agotados y era muy difícil hallarlos, pero me los arreglaba... Ni siquiera entonces pensaba que Burroughs fuera un buen estilista o un creador de personajes diversificados, pero me atrajeron su fuerza narrativa y sus escenarios”^[8].

En la Duke University entre 1947 y 1950, Swann se ganó su llave Phi Beta Kappa en su año final, mientras tanto devoraba a Saki, Leigh Brackett, Robert Nathan y Ray Bradbury, cuyas *Crónicas marcianas* le recordaban a Burroughs. Se graduó justo a tiempo para la Guerra de Corea, Swann pasó los siguientes cuatro años en la Armada sintiéndose ‘bastante inútil’: “Accidentalmente, me habían enviado a la Escuela de Personal en lugar de a la Escuela de Periodismo, y terminé haciendo trabajo de escritorio, tarea para la cual todos los exámenes habían demostrado que era sumamente incapaz”. Pasó parte de su tiempo manteniendo una correspondencia de aficionado con Bradbury y más aun escribiendo cuentos y poemas (un pequeño volumen de su poesía fue editado en forma privada cuando todavía estaba en el ejército, en 1952).

Como muchos otros veteranos, Swann volvió a estudiar una vez que fue dado de baja, obteniendo una licenciatura en Artes en la University of Tennessee en 1955. Mientras tanto, comenzaba a publicar poemas en *Wings, A Quarterly of Verse*, entre otras revistas, y un pequeño volumen de sus versos ligeros y maravillosos (*Wombats and Moondust*) era publicado por Wings Press en 1956. Animado, se dedicó a escribir a tiempo completo, ubicando poemas en una amplia variedad de medios (entre ellos *The New York Times*, *The Wall Street Journal* y *The Ladies Home Journal*), y vendió su primer cuento de ciencia-ficción, “Winged Victory”, a *Fantastic Universe*. Sin embargo, no era un ‘éxito’. Con una carpeta de cuentos todavía sin vender, Swann se inscribió en la University of Florida para obtener un doctorado y prepararse para la enseñanza. Su regreso al ambiente académico fue un patrón que repitió a lo largo de la década siguiente: alternaba períodos de vida universitaria —investigación, lectura y enseñanza— con otros de reclusión en los cuales ‘enfrentaba a la Musa’. “Es cierto, no leí mucha ciencia-ficción”, admitió. “Soy un lector lento y cuando escribo una novela leo muy poco además del material para sustentar la historia”^[9].

Hacia 1960 tenía su doctorado, publicó un libro de crítica (*Wonder and Whimsy: The Fantastic World of Christina Rossetti*) y encontró un mercado que apreciaba su narrativa en *Science Fantasy*, una revista inglesa publicada por E. J. Carnell. Junto a Brian Aldiss, Michael Moorcock y John Brunner, cuya narrativa también era publicada allí, el de Swann se convirtió en un nombre ‘regular’ en *Science Fantasy* con nueve relatos en un período de cinco años, entre ellos “¿Dónde está el pájaro de fuego?”, “The Blue Monkeys” y “The Weirwoods”.

Mientras tanto, enseñó un año en el Florida Southern College y luego renunció para pasar los siguientes tres viajando por el mundo ‘antiguo’. Para alimentar su fascinación por el mito clásico, visitó los lugares y coleccionó artefactos de las primeras culturas mediterráneas, reuniendo suficiente material como para proveer de un trasfondo auténtico a sus escenarios más característicos. Para satisfacer otro interés, más personal, recopiló material en Inglaterra para una biografía de Charles Sorley, un poeta de la guerra cuya temprana muerte en las trincheras, sentía Swann, le había negado el reconocimiento que merecía. Como una tarea encarada por su interés personal, Swann prefería con mucho su biografía de Sorley a su estudio doctoral del poeta ‘H. D.’ (publicado por University of Nebraska Press en 1962). “Por favor, no leas *The Classical World of H. D.*”, le dijo a un amigo. “Toda la vitalidad de ese trabajo fue arrancada por mi comité doctoral. El libro que me gusta más entre mis obras no narrativas es *The Ungirt Runner: Charles Sorey, Poet of World War I*. El poeta fue el modelo para Charlie en *Goat Without Horns...* “Mi Charlie ficticio tiene una apariencia distinta del poeta verdadero, pero comparte el mismo idealismo y la misma afición por las mujeres mayores literariamente muy cultas que citan poesía y parecen angustiadas.”^[10] (¡Por cierto, una debilidad que Swann compartía!).

En 1965, después de haber agregado un volumen en la Twayne English Authors Series (Ernest Dowson) a sus antecedentes, regresó una vez más a la enseñanza, esta

vez en el Wesleylan College en Macon, Georgia. Bien conocido como escritor de fantasía en Inglaterra —su “¿Dónde está el pájaro de fuego?” (1962) recibió “más elogios que ningún otro relato reciente”, según Carnell, el director de la publicación —, Swann todavía no se había ganado ese reconocimiento en su país de origen. En 1963, Avram Davidson, entonces director de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, había manifestado interés por “The Murex”, pero quería abreviarlo de 17 000 a 12 000 palabras. Esta historia sobre una amazona presenta un cambio de carácter gradual —Swann quería que la heroína “se viera dura al principio, pero que se ablandara de a poco en su feminidad”^[11]—, y dado que sentía que los cortes destruirían la caracterización, se la vendió a Carnell. Gerald Page reconoció en este incidente “la medida de la integridad de Swann cuando estaban involucrados sus escritos... el contrato que había declinado no sólo le haría perder la oportunidad de alcanzar una audiencia más grande, sino también bastante dinero”^[12].

En cierto sentido, al menos algunos de los problemas de Swann pueden ser atribuidos a E. J. Carnell, su primer editor inglés. Después de dejar el cargo de director editorial de *Science Fantasy* en manos de Kyril Bonfiglioli en 1964, Carnell abrió una agencia literaria, y Swann estuvo entre sus clientes. “Para mí, fue un buen director literario pero un agente mediocre”, escribió Tom. “Le sugerí probar con las editoriales Ace y Ballantine, pero me dijo que ya lo había intentado”. Después de abandonar a Carnell como agente, Swann le escribió a Donald Wollheim (entonces director literario de Ace), que le respondió inmediatamente que le enviara las dos novelas que había publicado en *Science Fantasy*. *The Weirwoods* y *El día del minotauro*. “Wollheim aceptó la segunda en menos de tres semanas”, informó Swann. “Dos semanas después de la publicación de la novela, también aceptaba la otra. Más tarde supe por la señora Ballantine que Carnell nunca se había acercado a ella con mis obras, ni tampoco a Wollheim... Creo que estaba tan ocupado que se había olvidado a quién le había escrito y a quién no. Lo conocí personalmente una vez en Londres y me pareció una persona encantadora, a pesar de que siempre estaba apurado, tratando de no perder un ómnibus y cosas por el estilo”^[13].

Liberado por fin de la atadura inglesa, Swann disfrutó de un gran año en 1966. *El día del minotauro* recibió críticas muy favorables y le dio a su autor una nominación al premio Hugo como ‘mejor novela’ mientras que “La mansión de las rosas”, un relato medieval sobre una mandrágora, quebró por fin la barrera contra su obra en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, ahora dirigida por Ed Ferman. Este último también obtuvo una nominación al Hugo y el lugar de Swann en el fandom estadounidense pareció quedar asegurado^[14]. Ese otoño Swann fue contratado para una cátedra en la Florida Atlantic University, un curso superior de dos años donde podría enseñar en clases de pocos alumnos los temas que más amaba: escritura creativa, poesía y literaturas romántica y Victoriana^[15]. Fue un nombramiento que retuvo durante varios años.

Durante su permanencia en la FAU, Swann publicó una colección de cuentos (*The*

Delphin and the Deep, 1967), una novela ambientada en la Jericó bíblica (*Moondust*, 1968), sirvió como asesor para la revista literaria de los estudiantes y para el Club de Inglés, y ganó un grupo de seguidores fieles entre los estudiantes. Pero hacia 1968 sintió una vez más que debía ‘recluirse’ para escribir. Citando la ‘atracción de la musa’ como única razón, Swann envió su *renuncia*, pero una vacante sorpresiva provocada por la partida de otro miembro de la facultad, tanto como su compromiso con la profesora Ann Peyton, una colega, le convencieron de aceptar otro nombramiento. Sin embargo, no estaba destinado a regresar a las clases. Hospitalizado por una infección del tracto urinario que había confundido a su médico durante más de un año, Swann terminó en una operación que le dejó dañadas algunas terminales nerviosas y dolor crónico. “Ann puede contarte algunas cosas”, le escribió al jefe del departamento, William Coyle, en 1969, “que harán que te mantengas lejos de los hospitales de las ciudades chicas”^[16]. A pesar de un viaje a la Clínica Mayo, en la cual tenía muchas esperanzas, no había ninguna cura a la vista, y a comienzos de 1970 rompió su compromiso y también todos los lazos con la universidad.

“He decidido retirarme de la enseñanza, mudarme a Knoxville, Tennessee, y dedicar mi vida a la escritura”, escribió a Coyle. “En la clínica Mayo señalaron que mi sistema urinario, si bien ya no está en peligro, puede complicarse de tanto en tanto a lo largo de un período de años... ¡si fuera algo exótico y glamoroso —la enfermedad del sueño, tal vez, contraída en un safari—, en lugar de algo tan poco elegante! La mayoría de los poetas que admiro se las arreglaron mucho mejor: Keats con su tisis, Browning con su misteriosa enfermedad... Y ahí estaba Byron con su disfunción glandular que lo hacía engordar. Supongo que él se sentía como yo con su enfermedad”^[17].

En los seis años que le quedaban, Swann raramente estuvo libre de dolor, aunque era reacio y tenaz en negarse a discutir sobre su salud. En 1972 se le diagnosticó un cáncer y, si bien al principio pareció haber sido detectado a tiempo, recurrió en 1975. Tras meses de tratamientos de cobalto y quimioterapia, el 5 de mayo de 1976, a no más de diez años de su primer éxito en Norteamérica, Swann murió en la casa de sus padres en Winter Haven, Florida.

3

Los años restantes, si bien escasos, fueron maravillosamente productivos. Swann trabajó de forma constante, deteniéndose únicamente para visitar a sus padres por períodos breves o, a instancias de su amigo Bob Roehm, para asistir a una convención de ciencia-ficción donde podría conocer a sus lectores. Para cuando se retiró de la enseñanza, había sólo cuatro volúmenes impresos de su narrativa, uno de ellos una colección de cuentos. Para el año de su muerte había producido catorce

más. Roehm, con quien la correspondencia fue más intensa en aquellos años, comentó: “Yo no creía que hubiera gente que *tuviera* que escribir, pero Tom me hizo cambiar de idea. Realmente no se sentía feliz cuando estaba entre dos libros y, por lo general, tenía al menos uno en mente mientras terminaba de pulir el anterior”^[18].

Ahora Swann tenía tiempo para cartografiar con más detalle los territorios míticos que reclamaba como propios. En su primer éxito inglés, “¿Dónde está el pájaro de fuego?”, reconstruyó la historia de Rómulo y Remo y la fundación de Roma. Siguiendo el relato hacia atrás en el tiempo de Virgilio (una pauta de composición para la mayoría de las series de libros de Swann), recreó los primeros desembarcos exploratorios de Eneas en Lazio contra la resistencia del hostil pueblo del bosque, produciendo una historia conmovedora (*El fénix verde*) sobre una dríada que da a luz un hijo de Eneas, a medias romano, y es castigada por sus hermanas. Similarmente, en lo que en el fandom llaman una ‘precuela’, cuenta sobre la juventud de Eunostos, su minotauro héroe, en *The Forest of Forever*. Tal vez para divertirse, se volvió hacia la sátira amable de la novela gótica inglesa en *Goat Without Horns*, un relato ‘Victoriano’ ambientado en una remota isla caribeña habitada por hombres-tiburón, y a una biografía de su favorito de la infancia, *A. A. Milne* (Twayne’s English Authors Series, 1972).

Pero el clásico tema del *carpe diem*, si bien implícito en muchas de sus obras, recibió un tratamiento definitivo en las manos de Swann. Para presentarlo, elige a Safo, favorita de toda su vida, como una de las protagonistas, y ambienta su novela *Wolfwinter* en la isla de Lesbos y en los bosques cercanos a Sybaris, un antiguo asentamiento griego en el arco de la bota de Italia. Para subrayar la agri dulce temporalidad del amor, centra la novela en las vidas de los faunos, cuya pasión varonil no tiene parangón, aunque cruelmente comprimida dentro de una vida promedio de quince años. La fidelidad de la heroína humana a un fauno anciano, padre de su hijo, la frustración de su amante más joven, y los poemas exquisitos (en parte de Safo y en parte de Swann) intercalados en el relato, lo convierten en uno de los más inolvidables del canon del autor. Publicado por Ballantine en 1972, *Wolfwinter* se llevó el premio Phoenix de fantasía al año siguiente.

Pero fue con *How Are the Mighty Fallen*, escrita durante la primera lucha de Swann contra el cáncer, que alcanzó el pico de su talento. Es probablemente su libro más profundamente personal, aunque su autor lo viera con frecuencia como un exorcismo de miedos y deseos. Comentando sobre dos figuras del mal en *Wolfwinter*, Swann dijo a Roehm: “Exorcicé dos fantasmas de la infancia que solían aparecer en mis sueños, una araña gigante y un lobo blanco. Solía soñar con ellos una y otra vez, incluso en mi madurez, y despertaba gritando. Pero al fin se fueron a descansar”^[19]. Explicando el motivo por el cual sus protagonistas “tan a menudo están buscando la figura de un hermano o una hermana”, cuenta la historia del ‘hermanito’ que le habían prometido cuando era niño, pero que “nunca apareció. Vivíamos en el campo —allí no hay niños vecinos—, y me sentí estafado en la forma irracional pero muy

real en que se puede sentir un niño. Así que mi carrera literaria ha sido contar una y otra vez que Rómulo tiene a Remo... Gloomer encuentra a Charlie... Stephen a una hermana... etc. Así, la escritura aleja la soledad, pero la soledad es positiva y productiva”^[20]. Y en comentarios defensivos sobre sus retratos de mujeres jóvenes siempre antipáticas, dijo que nunca conoció a una niña agradable a esa edad: “Mi hermana era mucho mayor, y las mayores influencias sobre mí fueron mi madre y su hermana, para quienes la madurez parecía un esplendor, y la vejez (por mi madre... mi tía ya ha muerto) una transfiguración. De ahí mis Lady Mary y mis Ahinoam”^[21].

Swann consideró *How Are the Mighty Fallen* “mi libro más duro pero también, en definitiva, el más feliz”^[22]. Basando su historia en el relato de David y Jonatán en Samuel I y II, va más allá en la historia occidental para lanzar un ataque sobre la tradición judeocristiana, llamando al libro “una fantasía bíblica que trata a los filisteos como más atractivos que los israelitas, y exalta a Ashtoreth por sobre Yahvé”^[23]. Ahinoam, la ‘reina sin edad’ de Saúl, es representada como una sirena alada de Creta cuyo hijo, Jonatán, Saúl adoptó como propio. Pero el Rey Saúl ahora es viejo y está medio loco por los tormentos del ‘pecado y la desesperación’ que son reforzados constantemente por el profeta Samuel, un anciano amargo y envidioso. El Rey ha dejado a Ahinoam por Rizpah, una concubina poco presentable pero cómoda. Jonatán es un guerrero talentoso, el héroe de todo Israel, pero sin embargo está aislado de la cultura en la cual vive; no puede relacionarse con los israelíes ni con su dios parroquial, celoso y vengativo. Envalentonado por su madre, adora a Ashtoreth, la sensual diosa del amor y la belleza que, sin embargo, vive una existencia aislada y célibe. David, el arpista poeta que canta para aliviar la desesperación de Saúl, pronto comienza a adorar a esta princesa poderosa y extrañamente hermosa. Reflejando las conclusiones de ‘los mejores estudios bíblicos’, Swann desarrolla esta amistad hacia un amor lírico. David incluso mata a un Goliat de una sola mano para salvar al desvalido Jonatán. Pero Rizpah, descubriendo su afecto, ha hecho que Saúl destierre a David por el ‘pecado de Sodoma’. Jonatán se queda atrás para honrar su juramento de lealtad y proteger a su madre y a sus hermanas de la cólera de Saúl, pero es masacrado con Saúl y los demás en una desastrosa batalla contra los filisteos. En el desenlace, David y Ahinoam recuperan el cuerpo de Jonatán del campo enemigo, y David acepta al único hijo de Jonatán (engendrado con la Adivina de Endor) como propio.

Aunque se convertiría en su mayor éxito entre la crítica, Swann tuvo problemas para vender el libro. Ballantine, que había publicado *Wolfwinter*, estaba metida en una lucha corporativa con Intext, que buscaba expulsar a la familia Ballantine del control de la empresa. Otras editoriales temieron que el tema pudiera ofender a sus lectores regulares. Incluso una vez que Wollheim aceptó el libro, Swann tuvo que defenderlo de un editor menor que quería cortar toda evidencia de homosexualidad^[24]. DAW finalmente lo lanzó en marzo de 1974, tal como había sido escrito, pero lo disfrazó con una ‘tapa de monstruo’ que Swann odiaba. Consiguió

acaloradas reseñas de los lectores, mayormente favorables, pero lo más importante fue que recibió elogios tanto en *The Village Voice* como en *The New York Times*, incluyendo un cumplido ahora famoso de Theodore Sturgeon:

How Are the Mighty Fallen... es el último trabajo de un escritor notable llamado Thomas Burnett Swann. Escribe con felicidad y belleza más allá de las tendencias y las modas; escribe su sustancia dorada a su propia manera... Hoy se puede apreciar que sus obras atrapan a los jóvenes como la belleza atemporal de William Morris me fascinó hace demasiados años. Su libro más reciente es, a pesar de la modestia de su autor, un tratamiento más exquisito que el de Gladys Schmitt de la historia de David y Jonatán^[25].

Lo que quedaba de sus energías Swann lo dedicó mayormente a atar cabos sueltos en el mundo mítico que había creado, con incursiones ocasionales en el burlesco literario (*Will-o-the-Wispy El mundo inexistente*). En *The Minikins of Yam* llevó su tratamiento de las figuras míticas al antiguo Egipto, presentando enanos, rocs y súcubos, mientras que en *The Gods Abide* los trajo hacia nuestro tiempo, detallando la fuga de las criaturas míticas hacia Inglaterra para escapar de la hostilidad brutal de la iglesia cristiana. Para salvar del olvido su historia sobre Rómulo y Remo, la expandió hasta convertirla en *The Lady of the Bees*, y para salvar “La mansión de las rosas”, la combinó con otro relato medieval y los publicó como novela con ese mismo título. Sus últimos dos proyectos fueron *Cry Silver Bells*, originalmente ‘para niños’ pero que se convirtió en el primer volumen de la ‘Trilogía del Minotauro’, donde se cuentan las circunstancias del nacimiento e infancia de Eunostos, y *Queen Walk in the Dusk*, la tragedia de Dido y Eneas que forma el primer libro de una trilogía basada en la *Eneida* de Virgilio (con *El fénix verde* y *Lady of the Bees*). Continuó trabajando en su homenaje a la inmortal Reina Dido casi hasta el momento de su muerte; nunca acabó un libro proyectado sobre la bíblica Ruth.

4

En un obituario sobre su amigo, Bob Roehm describió el placer que encontraba en su correspondencia. “Sus cartas siempre eran entretenidas... y lo mejor de todo, estaban llenas de comentarios sobre lo que estaba escribiendo. A veces señalaba que se sentía inquieto por destinar una carta entera a hablar sobre sí mismo, pero era obvio que disfrutaba escribiendo sobre sus personajes... Una de mis líneas favoritas fue una referencia a *The Minikins of Yam*, sobre la que dijo: ‘La novela obviamente tendrá un final feliz, salvo para las dos personas con las que tendré que alimentar a los cocodrilos.’”^[26]

El humor de Swann, siempre ingenioso y discreto, a veces fue malinterpretado o pasado por alto por sus lectores, probablemente porque en gran medida es un burlesco literario y está dirigido por lo usual contra sus autores favoritos, los Victorianos. Engañados por tapas escabrosas, solapas mal informadas y por la naturaleza especializada de la creciente reputación de Swann, sus lectores no supieron cómo reaccionar con un libro como *The Goat Without Horns*. Aunque Swann raramente se quejaba del tratamiento que le daban lectores y críticos, contó en una revista de aficionados en 1974 (que claramente subestimaba su caso):

The Goat Without Horns tuvo algunas reseñas terribles en los fanzines, pero todavía les tengo aprecio en un sentido sereno. Creo que Ballantine lo lanzó de un modo equivocado. Me refiero a que es una fantasía gótica que se divierte sin estridencias con las convenciones góticas al darles pequeños retruécanos. Por ejemplo, el narrador es un delfín en lugar de una doncella aterrorizada. La persona aterrorizada —es decir, la víctima en la casa antigua— es un joven y no una doncella, y tiene una relación con la dueña de la casa, en lugar de una doncella teniendo una relación con el dueño de la casa. No traté de hacer una historia de monstruos, como sugiere la ilustración de tapa, o ciencia-ficción, como señaló Ed Ferman cuando publicó la novela en partes. Hay todo tipo de alusiones veladas a la tradición gótica, a góticos satíricos como *Northanger Abbey*, alusiones que la señora Ballantine, al ser inglesa, pescó enseguida, pero la mayoría de los lectores norteamericanos no lo hicieron^[27].

Por supuesto, los que compran ediciones en rústica en los Estados Unidos en general no poseen un conocimiento profundo de la literatura inglesa, pero Swann no pudo resistirse a intentarlo con otro burlesco en 1975, *El mundo inexistente*. A pesar del tono consistentemente irónico y el ingenioso prólogo que relaciona a Elizabeth y Robert Browning con sus héroe y heroína, y más incongruentemente con Bogart y Hepburn en *La reina africana*, a la mayoría de los lectores se les escapó la cuestión. Genial como siempre, Swann respondió a la crítica de un aficionado con un consuelo. “Está en lo correcto en que no le guste *El mundo inexistente* tanto como *How Are the Mighty Fallen*, ni siquiera se le acerca”. Barbara Bannon, una crítica bastante obtusa de *Publisher’s Weekly*, señaló que el libro promovía “la figura trágica del joven poeta Thomas Chatterton hasta el nivel de Bambi”^[28]. Esto a pesar de la obvia aclaración de que su ‘espíritu tutelar’ es ese “muchacho genio... que escribió poemas precoces sobre las Edades Medias pero, careciendo de una audiencia contemporánea y por esa misma cuestión, bebió arsénico a los diecisiete años”^[29]. De todos modos, para una audiencia con una buena formación literaria el libro es desopilante, lleno de chascarrillos breves y deliciosas ironías e inversiones. Los notables Browning se

convierten en Dyal y Deirdre, quienes entran apresuradamente en un bosque celta en un globo de hidrógeno llevando a la obesa tía Adeline con ellos. Swann convierte a los Drusii (vampiros) en lujuriosos deseos inconscientes, deja caer a la montañosa tía Adeline ante un poste escandalosamente fálico que es adorado por enanos desnudos, convierte a su reina bruja en la Duessa de Spenser, e incluso se burla de la famosa escena en la cual ata desnuda a su competidora. Una ‘recopilación’ adecuada de las citas probablemente sería más larga que el libro.

Igualmente irónica pero no escandalosa es *Will-o-the-Wisp*, que apoya a Robert Herrick contra los Puritanos de su parroquia de Devon y revela que el *origen* del Puritanismo es una reacción protectora excesivamente entusiasta de parte de grupos de sobrevivientes de prehumanos alados. Temiendo que pudieran ser quemados como les sucedió a las brujas si los descubriesen, y considerando el “si no puedes contra ellos, úneteles”, crean una religión grotescamente retorcida basada en el rechazo de la carne y la quema de los herejes, utilizando los pesados atuendos del ascetismo para esconder sus ‘deformidades’. Particularmente divertido es el desenlace en el cual los parroquianos de Herrick deciden que el poeta debería mantener su ‘bruja buena’ pero insisten en que viva felizmente en adulterio y no casándose con ella.

Así como son atípicos, los burlescos literarios de Swann revelan un lado de su inspiración que no debe ser ignorado. Los momentos de humor, siempre delicados, a veces insípidos, animan incluso los segmentos solemnes de su narrativa. El efecto es intencional... Swann buscaba vitalidad y equilibrio. Con respecto a una escena en *The Gods Abide* señaló:

Reescribí el fragmento sobre un rito de fertilidad unas diez veces, tratando de no sonar remilgado o lujurioso, o divertido en el sentido equivocado. Debe ser una ocasión sagrada, pero también alegre y desenfrenada, especialmente cuando toman parte los espíritus de la fertilidad, siendo Stella la más fértil^[30].

De todos modos, clasificar a Swann como un escritor de ‘fantasía’ lo priva de una audiencia preparada para apreciar las sutilezas de sus conocimientos, de su estilo y de su ingenio. Al estar controlada su narrativa por una industria editorial obsesionada por la teoría de las mercancías —que entiende a la narrativa sólo como algo a ser clasificado, rotulado y empaquetado para consumo rápido—, un malentendido entre autor y lector era inevitable. “Una vez Tom provocó sofocones de asombro en un panel de autores en una convención cuando dijo que siempre revisaba sus relatos al menos seis veces”, informa Roehm^[31]. Por supuesto, la atención meticulosa al detalle no es común en el campo. Un escritor de este tipo merece una lectura más atenta; sin embargo, como su género ha sido despectivamente relegado a los estantes dedicados a las ediciones baratas, puede que Swann nunca encuentre la audiencia erudita y sofisticada que merece.

Por cierto, esa audiencia no es grande dentro de la ‘comuna’ organizada en la que participan la mayoría de los escritores de fantasía de hoy: el moderno fandom de la ciencia ficción. “Siempre me fastidia”, escribió Swann a Jerry Page, “cuando la gente habla de la fantasía como si se tratara de la hermana bastarda de la ciencia-ficción”.

“La fantasía”, insiste, “pertenece a esa gran corriente de la escritura que incluye... *La odisea*, *El fauno de mármol* y *El viento en los sauces*, y la ciencia-ficción es simplemente una variante moderna adaptada al gusto de una era mecanizada”^[32].

Ése no era un punto de vista popular en el fandom, donde el mérito literario a menudo es servil a la ‘extrapolación científica’, y las ideas son más importantes que la técnica. Aparentemente Swann disfrutó de las convenciones una vez que lograron convencerlo de ir, siempre rodeado de un apreciable grupo de admiradores, pero la alianza nunca fue fácil.

Respondiendo a un reclamo de un aficionado sobre el título del libro, *El fénix verde*, Swann confesó que las palabras pertenecían a sus editores. “El que yo en realidad quería era *Always*, *Aeneas*, pero parece ser que la gente ya no lee a Virgilio”.

“La gente no sólo ya no lee a Virgilio”, resopló el editor, “tampoco leen sobre él... No me puedo imaginar a un comprador casual adquiriendo algo titulado *Always*, *Aeneas*. Le queda mejor a tu libro pero ¿qué tan bueno es un libro que nadie compra?”^[33].

Sin embargo, a pesar de esa unión mal avenida, Swann era popular entre los aficionados, un tributo a esa ‘suerte de ansiosa falta de elegancia’ que Jerry Page describe en sus memorias:

Era un hombre alto con frente amplia y anteojos detrás de los cuales estaba el par de ojos más anchos que he visto alguna vez. Era como si él estuviera ansioso no sólo por escuchar lo que decías, sino por ver las palabras mismas mientras parpadeaban en el aire delante de ti... En cualquier lugar donde se sentara en una convención, pronto se convertía en el foco de una reunión. Era un conversador natural y tenía lo que frecuentemente denominan *interés de un escritor en la gente*, algo que en realidad tienen pocos escritores y que la mayoría de la gente que conoce a muchos escritores piensa que debe ser algo mitológico. Tenía una voz ronca que le daba a su discurso una cualidad sorda y sería casi hipnótica^[34].

Hombre *refinado*, Swann estaba “casi solo explorando este aspecto del comportamiento humano”, al menos entre los escritores que se volvieron importantes en los '50 y '60^[35]. La ternura genuina de las emociones de sus protagonistas fue malinterpretada a menudo. Lin Carter, haciéndose eco de Barbara Bannon, se quejó de una ‘dulzura empalagosa’ y de una ‘Disneyficación’ de algunos de sus personajes^[36], ignorando las ocasiones en las cuales los mismos personajes actúan con una determinación estoica, incluso sombría. En una era de violencia organizada y del Movimiento de Libertad de Expresión, la ternura no estaba a la moda, pero fueron los lectores los que lo comprendieron mejor: “Para mí es difícil dejar las obras de Swann”, escribió Barry Eysman.

Encuentro en la compasión de sus criaturas un consuelo bienvenido, algo difícil de hallar en nuestra sociedad... Por encima de todo está la lealtad: la lealtad de Jonatán con David, de Zoe con Eunostos, de Charlie con Skimmer... Es una lealtad de seres creativos y queribles, seres que se aman... Se respira fuego y horror y están basados en... la bondad^[37].

El tratamiento del sexo es otro aspecto de la obra de Swann que no se encuentra de moda. En una era de pornografía legal y orgasmos casi obligatorios, los personajes de Swann generalmente se comportan con gracia y moderación. Y, sin embargo, el sexo es importante, una motivación fundamental en cada novela, a veces la suprema. Extrañamente, la libertad de seguir los deseos de uno, sin considerar las restricciones de las instituciones sociales y legales, es un tema fundamental en todas ellas. Lo que engaña es la saludable *simplicidad* con la cual los personajes de Swann, humanos y prehumanos, persiguen sus deseos. El tratamiento del sexo expresa una libertad ideal y universal para amar, sin pruritos. Como señaló un lector (refiriéndose a *The Minikins of Yam*, en la cual la heroína es una cortesana): “Swann es la única persona que conozco que puede escribir un libro sobre una puta adecuado para los doce años”^[38]. Y, no obstante, el truco es bastante simple: elimina la culpa, basada en la convicción de que el sexo es sucio, y el resultado es natural e inocente. Los temas de Swann, los sátiros, las ninfas, las cortesanas, las diosas de la fertilidad, fácilmente pueden conducir a la pornografía; unos de los triunfos de su estilo es que nunca lo hacen.

Tampoco está ausente el humor relacionado con el sexo. La generosa Zoe, la dríada, hace bromas tiernas sobre sus amantes centauros: son todas patas y es imposible dormir con ellos. Hora, la cortesana egipcia, bromea irónicamente sobre el estatus de su amante solitario en el País de las Bestias, donde el sexo es libre. Immortelle, una cortesana profesional minikin, se burla de Harkhuf acerca de cómo protege al joven Faraón de ‘las cosas de la vida’.

—Qué niño adorable tu Pepy. ¡Qué malvado Henna al querer asesinarlo antes de que hubiera probado los frutos del amor! ¿O ya lo hizo? En Sappharine, los muchachos de doce años ya han probado las granadas más raras.

—¿En serio? —murmuró Harkhuf—. Yo habría llevado la edad a los ocho. Por lo menos para las muchachas. Y, por supuesto, las frutas no serían granadas sino bananas^[39].

7

El traductor al francés de Swann dijo de él: “En lugar del macrocosmos elige el microcosmos: a un planeta alienígena, un bosque desierto; a un oso salvaje, un oso de peluche”^[40]. Considerándolos ‘un libro a la vez’, esta valoración de las novelas de Swann suena acertada. Como señaló Roehm en su obituario para *Locus*: “El suyo fue un mundo amable habitado por minotauros, dríadas, faunos y otros prehumanos que a menudo se descubrían reticentes en un conflicto con una civilización usurpadora. No se plantean preguntas como ¿con quién está la simpatía del autor?”^[41]. Pero la aproximación microcómica a partes de una visión del mundo no puede implicar una ‘estrechez de perspectiva’ o falta de ‘grandeza cósmica o conflicto épico’, como dijo Lin Carter (y otros)^[42]. Las fuerzas épicas que combaten en la mente del autor y se derraman sobre el mundo fantástico de su creación, son casi inherentes a lo que Carter describe como ‘punto de vista único’ de la mayoría de las obras de Swann, un punto de vista que presenta a través de ‘varias razas de pueblos de bestias’ una raza humana ‘voraz y bárbara’, “intrusos en un mundo antiguo de bosques impresionantes cuya forma de vida, extraña y simple... ahora está casi en su ocaso”^[43].

Sin embargo, la visión épica de Swann surge lentamente, y las circunstancias, tanto de composición como de publicación, nos confunden. Mientras trabajaba en lo que sería *The Gods Abide* (en 1974), Swann señaló: “Escribí quince fantasías (cinco todavía están por publicarse) y me imagino que con alrededor de veinticinco puedo enlazar todos o la mayoría de los libros para hacer un circuito del Mediterráneo antiguo y abarcar hasta Bretaña”^[44]. Este circuito hace un paralelo aproximado del ‘progreso’ de la civilización occidental tal como es presentado en nuestros libros de historia. Y si consideramos las novelas cronológicamente, no en el orden en que fueron publicadas (ni siquiera cómo surgieron en la mente del autor) sino como descripción de civilizaciones del mundo antiguo, podemos reconocer en el ‘macrocosmos’ resultante un patrón convincente: la crónica de Swann revierte la visión tradicional de la civilización occidental, presentándola no como el desfile altanero y adulador del progreso humano que todos absorbimos en la escuela, sino más bien como una extensa tragedia, una épica de pérdida y fracaso, la pérdida del ‘principio madre’ de la gracia y la libertad, intuitiva y natural, y el fracaso de esa

simpleza pagana, con sus poderes y majestades, los que otorgaron a La Edad Dorada sus prodigios y placeres.

Para convencerse de que esto es verdad, basta con considerar las novelas de acuerdo a la ‘línea temporal’ de sus escenarios (ver ilustración). En el más antiguo, *The Minikins of Yam* (ambientada en Egipto en el 2269 a. C.), Swann presenta y desarrolla la naturaleza de sus fuerzas opuestas: metafórica y metafísicamente son el Sol versus la Luna, Ra (razón) versus Isis (magia), el principio masculino versus el femenino, el patriarcado versus el matriarcado. Estas asociaciones paralelas resultarán familiares a cualquier conocedor de los estudios clásicos o, también, medievales. De todos modos, a pesar de la grandeza de los conceptos metafísicos, el punto focal del conflicto dramático en Swann es típicamente microcósmico: está en la mente del joven Faraón, Pepy II, cuyo padre (Pepy I), ha exorcizado la magia del Nilo inferior, incluso al costo de destruir a su hermosa esposa, la madre de Pepy (un súcubo desinteresado y adorador). Sus excesos para el lado de la razón y el control terminan con la temprana muerte del patriarca y generan un desequilibrio en las fuerzas de la naturaleza. La ‘sombra’ apenada de la reina rechazada (“No-me-olvídes”) teje una ‘melancolía verde’ a lo largo del Nilo superior, provocando que el antiguo Nilus embalse sus aguas y amenace con secarlo. Para salvar al reino (y mejorar su propio estatus), la hermana ‘profética’ de Pepy, que ha aprendido la magia malvada de Set, planea sacrificar al emperador adolescente para aplacar a los dioses: pero Pepy huye, sigue el Nilo hasta sus fuentes, enfrenta la imagen de su madre en un loto verde enorme, y descubre, a pesar del respeto reverencial por su padre, que la decisión de Pepy I de prohibir la magia fue un error, y que representa una flaqueza masculina cuyo desprecio por el principio madre, aparentemente pasivo e irracional, destruye la armonía de la naturaleza.

La epifanía de Pepy también es la de Swann. “El poder del pensamiento positivo no funciona para mí”, dijo Swann, “pero la inevitabilidad del equilibrio sí lo hace”^[45]. Como Nietzsche y muchos otros místicos modernos, Swann vio la aproximación del ‘pensamiento positivo’ como *machista* y occidental, un intento de forzar lo que en definitiva no puede ser forzado. La virtud

LA CRONOLOGÍA DEL MUNDO DE SWANN

COMPILADA POR BOB ROEHM

A.C.	D.C.
2500	0
2269 <i>The Minikins of Yam</i>	80 “The Sudden Wings”
2000	100
1800	200
1500	300

1495 <i>Cry Silver Bells</i>	315 <i>The Gods Abide</i>
1490 <i>The Forest of Forever</i>	400
1475 <i>El día del minotauro</i>	419 "Bear"
1400	500
1395 <i>The Murex</i>	600
1300	700
1250 <i>Moondust</i>	800
1230 <i>Queens Walk in the Dusk</i>	900
1224 <i>Fénix verde</i>	1000
1200	1100
1100	1200
1013 <i>How are the Mighty Fallen</i>	1213 <i>La mansión de las rosas</i>
1000	1300
900	1400
800	1460 "The Painter"
771-753 <i>Lady of the Bees</i>	1500
700	1600
600 <i>Wolfwinter</i>	1620 <i>Will-o-the-Wisp</i>
534-510 <i>The Dolphin and the Deep</i>	1700
509 <i>The Weirwoods</i>	1775 <i>El mundo inexistente</i>
500	1800
483 "Vashti"	1875 <i>The Goat Without Horns</i>
400	1900
300	
200	
100	
0	Los cuentos "Viewpoint", "Night of the Unicorn" y "The Dryad Tree" tienen escenarios contemporáneos y no están fechados.

femenina de 'saber cómo esperar' es igualmente importante. Sus figuras míticas son representaciones del equilibrio, y su tragedia es ser dejadas de lado por la 'larga enfermedad' del 'progreso' occidental dominado por el macho.

De Egipto, el paisaje metafórico cambia, casi un milenio más tarde, a Creta, donde la geografía —las ciudades costeras y los remotos bosques del interior— ofrecen una barrera natural entre el hombre 'civilizado' y las Bestias legendarias: faunos, dríadas, centauros y minotauros, que se han refugiado en los bosques. (De una forma u otra, este patrón se repite en la mayoría de las novelas mediterráneas). Aquí las fuerzas opuestas son externalizadas de otra manera, cambiando la dicotomía

de un conflicto interior entre las fuerzas de la razón y la magia macho/hembra a un manifiesto contraste entre los hombres occidentales y las 'bestias'; sin embargo, las metáforas son paralelas. Las Bestias de Swann son modelos de una armonía antigua que Pepy II trató de restaurar en Egipto: son valientes pero también amables, morales y tolerantes. Habitualmente son identificadas como 'prehumanos', sin embargo son decididamente extrañas, no son ni dioses ni hombres. Colectivamente, a pesar de sus distintas naturalezas, representan el ideal de una conducta sensible, la capacidad para apreciar y disfrutar sensualmente los placeres de la existencia física, tanto con inteligencia como con gracia. Por contraste, los humanos, agresivos, competitivos y a menudo brutales, están obsesionados, desequilibrados y estrechamente dedicados a un objetivo o a un credo, y por lo tanto son una amenaza para el equilibrio de la naturaleza.

Para hacer más obvia la relación, Swann presenta a los protagonistas humanos de la más temprana de sus tres novelas cretenses, *Cry Silver Bells* (que fue la última en escribir), como refugiados de un Egipto ahora cruel y decadente. Hora y Lordon son muchachos de sabiduría callejera, una puta y un ladrón; exiliados de Egipto (son aqueos), naufragan frente a la costa de Pseira. Su avance por el País de las Bestias se convierte en una suerte de rito de purificación en el cual se ven regenerados como Marguerite y Oryx, una flor y un pájaro, emblemas de la naturaleza. De todos modos, el refugio de las fuerzas naturales está constantemente amenazado por la descuidada e indolente crueldad de los cretenses, para quienes un minotauro es sencillamente la víctima de un entretenimiento para los 'Juegos', y por los espíritus oscuros que tan desastrosamente cultiva Henna, la hermana de Pepy: las fuerzas de Set, aquí encarnadas en una Esfinge asesina. Incluso la mejor de las Bestias (el minotauro, Campanas Plateadas) no puede encajar con el odio mañosamente disfrazado como amor. Alyssum, la Esfinge/Lamia, finalmente tiene éxito en destruir al padre de su hijo (Eunostos, el último de los minotauros) para colonizar un viejo feudo.

En la novela intermedia, *The Forest of Forever*, un príncipe cretense, Éaco, se enamora de una dríada, Kora, con quien tiene dos niños. Aunque ya ha quebrado el Pacto una vez al ingresar en el bosque, las Bestias le permiten quedarse con la promesa de que no regresará a Cnossos. Pero el príncipe no puede olvidar que sus hijos pertenecen a la familia real y algún día serán coronados entre los hombres. Eunostos, que ama a Kora y ha aceptado generosamente su elección de esposo, adora a sus hijos. Y Éaco se vuelve cada vez más celoso del afecto de los niños por el Hombre Toro y finalmente regresa a Cnossos con su descendencia, abandonando a Kora a la desesperación y el suicidio. Aquí el contraste Éaco/Eunostos es un microcosmos de la dicotomía Hombre/Bestia.

Pero como auténtico hijo de la naturaleza, Eunostos sabe esperar. En la novela final recupera a los niños de Kora, y las Bestias llevan adelante una resistencia final contra los invasores aqueos, una raza sedienta de sangre obsesionada con la guerra y la conquista. Las Bestias vencen pero abandonan la guerra, porque han comprendido

que la civilización humana inevitablemente las destruirá, así que se retiran a las Islas Afortunadas.

Las novelas siguientes, en un resumen muy amplio, siguen este esquema. Eneas sacrifica a Dido por su destino, a pesar de sus pacientes esfuerzos en busca de la paz; el paraíso boscoso de Mellonia al final será destruido por la dominación de Rómulo sobre Remo. Yahweh, el vengativo patriarca, a pesar de la apostasía trascendente de Jonatán, borra el recuerdo de Ashtoreth, primero rechazando y luego pervirtiendo su testimonio de Jesús, y finalmente fomentan una religión para guerreros que violan y saquean la cuna de la civilización en su nombre (cruzados). En su mayor novela de ‘relación’, *The Gods Abide*, escrita casi al final de su vida, Swann traza el vuelo de su tierno folclore del bosque del Mediterráneo de San Agustín al santuario celta de Bretaña, sólo para descubrir que el mismo fanatismo cruel e intolerable del que han estado huyendo de alguna forma se les ha adelantado. En el desenlace, la diosa madre, Stella, quien conduce a sus criaturas a un cielo desierto, ofrece una elocuente declaración sobre el tema:

He tenido mi tiempo. Vine con la Edad Dorada. La Era del Estaño pertenece al Rey del Desierto. Pero lo soportaré. El Rey del Desierto es despiadado porque conoce mi poder. Ha asesinado a mis hijos y tapado sus propias orejas ante sus gritos... Sus seguidores creen que los Espíritus son demonios, y él ha invocado sus propias hordas demoníacas —los ángeles convocados, dorados y hermosos, sin embargo son despiadados con sus lanzas y espadas— para liberar la tierra de mis hijos...

Una vez me amó a su manera, ese dios altanero e insolente. (Entonces los hombres me llamaban Ashtoreth.)... Sentí compasión por él, pero no iría a su sofá. Porque él era severo. Jericó, Sodoma, Gomorra... su pueblo no era ni mejor ni peor que los romanos, los celtas o los sajones. Pero los barrió con rayos cuando lo pusieron por debajo de mí.

Debía tener una prometida; sino era una diosa, sería una muchacha mortal llamada María, una virgen de Belén.

“Ella me dio un hijo para construir mi reino terrenal”, dijo. Pero el niño Cristo se volvió un hombre y me escuchó, y su padre desvió su rostro de un golpe y permitió que una turba ignorante se hiciera con él y lo crucificara. Y Cristo sollozó en la cruz: “Padre mío ¿por qué me has abandonado?” Y el amor que había enseñado fue convertido en Ley por Pablo, con ese odio por las mujeres y por su ternura, y aquellos que reverenciaron a Cristo olvidaron al hombre... Muy pronto gobernarán la Tierra —la conquistarán, no se harán amigos de ella— y perderán una parte de sí mismos, porque ellos nacieron de la tierra y de mí, la Madre^[46].

Como Perséfone, entonces la Madre desciende a las entrañas de la Tierra para

pasar el invierno allí con el Señor Oscuro. “Los hombres lo llamarán Satanás”, dice ella, “y lo honrarán en la noche, aunque malinterpretarán su corazón”^[47].

Mientras tanto la era de edénica productividad, dulzura, y de calidez maternal queda circunscripta al ‘no-mundo’ del sueño celta. Sin embargo, la Madre permanece. Incluso en las novelas más ‘modernas’ de Swann, ya fueran burlescos como *The Goat Without Horns* o novelas de pathos como *La mansión de las rosas*, abundan las imágenes paralelas: la calidez de la ‘madre unicornio’ contrastada con la brutalidad de los caballeros medievales, por ejemplo, o la recompensa suave de Elizabeth contra el resplandor cruel y metálico de su hombre-tiburón consorte. El principio Madre, sabio y paciente, ofrece una lección a aquellos cuya ‘habilidad negativa’ es suficientemente sensible como para recibirlo.

La epifanía de Pepy, entonces, es la de Eunostos, de David, de Dido y Eneas, de Zoe y Erinna y Dylan e incluso la de Robert Herrick. Y la de Thomas Burnett Swann. Mirar la luna, la magia, la Madre: la llamada de los bosques de arcianos. Ra y Razón han mantenido un vaivén brutal por demasiado tiempo. Restaura el equilibrio.

“¿Pero quién puede ver el plan definitivo? Ni siquiera el Rey del Desierto es omnisciente”^[48].

BIBLIOGRAFÍA DE THOMAS BURNETT SWANN

LIBROS

- 1952 —*Driftwood* (poesías)
- 1956 —*Wombats and Moondust* (poesías)
- 1960 —*Wonder and Whimsy: the Fantastic World of Christina Rossetti* (ensayo biográfico literario)
- 1961 —*I Like Bears* (poesías)
—*The Classical World of H. D.* (ensayo biográfico literario)
- 1964 —*Alas, in Lilliput* (poesía)
—*Ernest Dowson* (ensayo biográfico literario)
- 1965 —*The Ungirt Runner: Charles Sorley, Poet of World War I* (ensayo biográfico literario)
—*The Day of the Minotaur* (reimpresión en formato de libro de la novela seriada “The Blue Monkeys”, publicada en *Science Fantasy* en tres partes en 1964)
- 1966 —*El día del minotauro*. Buenos Aires: Cuásar, 2008. 160 p.
- 1967 —*The Weirwoods* (reimpresión en formato de libro de la novela seriada homónima, publicada en *Science Fantasy* en 1965)
- 1968 —*The Dolphin and the Deep* (colección de relatos)
—*Moondust* (novela)
- 1970 —*Where is the Bird of Fire?* (colección de relatos)
- 1971 —*The Goat Without Horns* (reimpresión en formato de libro de la novela seriada homónima, publicada en *The Magazine of Fantasy and Science Fantasy* en 1970)
—*The Forest of Forever* (novela, precuela de *El día del minotauro*)
- 1972 —*Green Phoenix* (novela, precuela del relato “Where is the Bird of Fire?”)
—*El Fénix verde*. Barcelona: EDAF, 1990. 167 p. (Ícaro fantasía, 6)
—*Wolfwinter* (novela)
- 1974 —*Are the Mighty Fallen* (novela)
- 1975 —*The Not-World* (novela)
El mundo inexistente. Madrid: EDAF, 1990. 169 p. (Ícaro fantasía, 4)
—*The Minikins of Yam* (novela)
—*Lady of the Bees* (reescritura en novela de “Where is the Bird of Fire?”)
—*The Tournament of Thorns* (novela escrita a partir de los relatos “The Stalking Trees” y “The Manor of Roses”)
—*La mansión de las rosas*. Barcelona: Bruguera, 1981. 216 p. (Libro amigo, 1502/748)

- The Gods Abide* (novela)
- Poems* (poesías)
- 1977 —*Cry Silver Bells* (novela, según la cronología interna la primera en la serie del Minotauro)
- Will-the-Wisp* (reimpresión en formato de libro de la novela seriada homónima, publicada en *Fantastic Stories* en 1974) —*Queens Walk in the Dusk* (novela)

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS (ÚNICAMENTE DE FANTASÍA O CIENCIA-FICCION)

- 1958 —“Winged Victory” (en *Fantastic Universe*, July)
- 1959 —“Viewpoint” (en *Nébula*, May)
- 1960 —“The Dryad Tree” (en *Science Fantasy*, August)
- “The Painter” (en *Science Fantasy*, December)
- 1962 —“Where is the Bird of Fire?” (en *Science Fiction*, April)
- “¿Dónde está el pájaro de fuego?” (en *El Péndulo 15*, Buenos Aires, mayo 1987)
- “The Sudden Wings” (en *Science Fantasy*, October)
- 1963 —“The Dolphin and the Deep” (en *Science Fantasy*, August)
- 1964 —“The Murex” (en *Science Fantasy*, February)
- 1965 —“Vashti” (en *Science Fantasy*, May)
- 1966 —“The Manor of the Roses” (en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, November)
- “La mansión de las rosas” (en *Ciencia ficción: selección 2*. Barcelona: Bruguera, 1971. Libro amigo, 187)
- 1970 —“Bear” (en *Where is the Bird of Fire?*)
- 1972 —“Love is a Dragonfly” (en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, March)
- “El amor es una libélula” (en *Ciencia ficción: selección 32*. Barcelona: Bruguera, 1977. Libro amigo, 540)
- 1973 —“The Stalking Trees” (en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, January)
- 1975 —“The Night of the Unicorn” (en: Page, Gerald W., comp. *Nameless Places*)
- 1976 —“The Dog Days” (en *Moondust*, February)
- 1978 —“A Problem of Adjustment” (en *Beyond the Fields We Know*, Autumn)



THOMAS BURNETT SWANN (1928-1976), reconocido poeta, crítico y narrador, es recordado especialmente por sus relatos ambientados en mundos de la mitología clásica griega, egipcia, británica, donde el hombre amenaza con destruir los mundos preindustriales que habitan centauros, sátiros y minotauros. Narradas siempre de un modo ameno y vivaz, en sus historias siempre subyace un erotismo sin culpas y la tragedia de la pérdida.

Entre sus obras destaca la Trilogía del Minotauro, tres novelas que pueden leerse de manera independiente incluso fueron publicadas en orden inverso a la cronología interna, compuesta por *El día del minotauro* (1966), *The Forest of Forever* (1971) y *Cry Silver Bells* (1977). También sobresalen *The Weirwoods* (1967), *The Goat Without Horns* (1971) y *The Minikins of Yam* (1976), y el cuento *Where is the Bird of Fire?* (*¿Dónde está el pájaro de fuego?*, 1966).

Notas

[*] Robert A. Collins fue el fundador y primer director de la International Conference on the Fantastic in the Arts, encuentro académico que se realiza anualmente. Es autor, además, de numerosos ensayos y dirigió y editó la revista *Fantasy Review*. <<

[1] Jerry Page. 'Thomas Burnett Swann'. *Lore* 1-4 (feb 1966), 37. <<

[2] Barry Eysman. "Of the Wanderwoods and the Wonder". *Photron* 12 (oct 1974), 7.

<<

[3] Ken Amos. “An Interview with Thomas Burnett Swann”. *The Tyrrean Chronicles* 44 (June 13,1974), 10. <<

[4] Page. <<

[5] Id. <<

[6] Amos, 11. <<

[7] Amos, p. 10 <<

[8] Ídem. <<

[9] Carta a BR, 13 de julio de 1973. <<

[10] Carta a BR, 7 de octubre de 1970. Dado que su tipógrafo prefirió ‘Sorley’ a ‘Marston’, el sustituto que había elegido Swann, apareció el verdadero nombre del poeta en la novela. “Sorley tiene todavía un hermano y una hermana vivos, y no estoy seguro de cómo se sentirían si supieran que su hermano muerto fue resucitado en una fantasía sobre hombres-tiburón”. <<

[11] Carta a BR, 23 de octubre de 1969. <<

[12] Page. “Remembering Tom Swann”, un recuerdo agregado a la edición de *Queens Walk in the Dusk*. Georgia: Heritage Press, 1977, p. 130. <<

[13] Carta a BR, 13 de julio de 1973. <<

[14] Las obras fantásticas raramente ganan un Hugo, pero editores de fanzines como Bob Roehm continuaron promoviendo las nominaciones de sus novelas, como *The Weirwoods* y las que le siguieron. <<

[15] “A pesar de todos aquellos años de enseñanza, nunca había eliminado el miedo escénico de enfrentar una clase multitudinaria (amaba las pequeñas)”, le escribió posteriormente Swann a la profesora Ann Peyton, el 9 de junio de 1975. De voz siempre suave, Tom había contraído polio en la Armada, enfermedad que había afectado sus cuerdas vocales, por lo que hacerse escuchar ante una multitud o una gran audiencia lo tensionaba mucho. <<

[16] Carta a Coyle, 12 de octubre de 1969. <<

[17] Carta a Coyle, sin fecha (febrero de 1970) <<

[18] *Locus* 189 (30 de mayo de 1976) <<

[19] Carta a BR, 29 de diciembre de 1972. <<

[20] Carta a BR, 10 de febrero de 1974. <<

[21] Carta a BR, 13 de diciembre de 1973 <<

[22] Carta a BR, 29 de diciembre de 1972. <<

[23] Ídem. <<

[24] Ídem. <<

[25] *New York Times Book Reviews*, 50 (8 de septiembre de 1974), p. 39. <<

[26] *Locus*, id. <<

[27] Amos, p. 11 <<

[28] *Publisher's Weekly* 207 (January 6,1975), 59. <<

[29] Swann. *The Not-World*. Nueva York: DAW, 1975, p. 159-160. <<

[30] Carta a BR, 13 de septiembre de 1974. <<

[31] *Locus*, pág. 3. <<

[32] Page. *Lore. Loc. cit.* <<

[33] Robert S. Coulson. *Yandro* 218 (diciembre 1972), p. 32 <<

[34] Page. *Memoir*, p. 132-133. <<

[35] Ibid., p. 135 <<

[36] Lin Carter. *Imaginary Worlds*. Nueva York: Ballantine, 1973. p. 169 <<

[37] Eysman, p. 8 <<

[38] Irvin Koch. *Maybe* 46 (April 1976), p. 14. <<

[39] Swann. *The Minikins of Yam*. New York: DAW, 1976. p. 80. <<

[40] Michael Deusch. *La Foret de l'Eternité et Au Temps du Minotaur*. Paris: Opta, 1973. p. 7 <<

[41] Loc. Cit. p. 2 <<

[42] Carter. Loc cit. <<

[43] Carter, p. 168-169. <<

[44] Carta a BR, 25 de abril de 1974. <<

[45] Carta a BR, 10 de febrero de 1974. <<

[46] Swann. *The Gods Abide*. New York: DAW, 1976. p. 154-156. <<

[47] Ídem, p. 157. <<

[48] Ídem, p. 155. <<